CRISTINA CEREZALES LAFORET

Por tierras del Silencio

Encuentros en el Camino de Santiago

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. De Frómista a Amusco
2. Marianela - Victoria
3. Marianela - Simón
4. Marianela
5. La experiencia de Victoria
6. Encina - Itziar
7. Encina
8. Encina. Camino interior
9. Carrión de los Condes. Vera - Joaquín
10. Simón. Hacia Sahagún
11. Encina. El Burgo Ranero
12. Simón. Mansilla de las Mulas - Eugénie
13. Relato de Vera
14. Simón. Encuentro en León
15. Vera - Encina
16. Simón. Sor Eufemia
17. Sierra Pambley
18. Hacia Astorga
19. Simón. Astorga
20. Rabanal del Camino
21. Simón. Bárbara - Javier
22. Simón. Hacia la Cruz de Hierro
23. Simón. Por tierras del Silencio
24. Simón. Compludo
25. Simón. Fructuoso
26. Simón. Montes de Valdueza - Valerio

27. Simón. Santiago de Peñalba - Genadio
28. Encina en El Bierzo
29. Hacia Ponferrada
30. Ponferrada - Anselmo
31. Simón y Encina - Trabadelo
32. O Cebreiro - El Santo Grial
Agradecimientos
Créditos






You
Tube


Sinopsis

Simón retoma el Camino de Santiago que había abandonado en Amusco, pueblo palentino donde vive su amiga Marianela. Simón, sociólogo y estudioso de los comportamientos colectivos, está investigando las circunstancias que motivaron el desplazamiento de miles de personas al Valle del Silencio en siglos diferentes en busca de espiritualidad.

La novela recoge un peregrinaje a través del paisaje y del tiempo: presente y pasado se alternan en las distintas narraciones, contadas a través de diversas voces. El Camino se convierte en un recorrido de encuentros de diferentes personalidades y nacionalidades, recogiendo historias de todos los tiempos. El pasado surge para dar vida al presente, muy vivo en este relato y sazonado de amistad, amor, encuentros y desencuentros.

Por tierras del Silencio

Cristina Cerezales Laforet

Ediciones Destino

1

De Frómista a Amusco

Un perrillo ha surgido de alguna parte y viene a frotarse a sus tobillos. Simón vuelve la cabeza y percibe a poca distancia a un hombre con pinta de cazador avanzando hacia él. El cazador silba y el perro regresa corriendo a su lado. No le vendría mal charlar con ese hombre, piensa Simón, para aplazar la toma de decisiones y apartar los recuerdos inoportunos. Afloja el paso. El hombre le da alcance. Lleva un pitillo en la comisura de los labios. El humo del cigarrillo se confunde con el vaho de la respiración de Simón. Se saludan. Fresca la mañana. Sí, fresca, incluso fría. Ahora vendría bien un cocido maragato, dice el hombre frotándose las manos. ¿A estas horas? ¡Ya le digo!, sobre todo para quien, como yo, lleva buen rato trajinando y ya le rebulle el estómago. ¡No ponga usted esa cara!, si no es en el almuerzo de la mañana, tómese al mediodía un buen cocido, quizá lo tengan en la Sinagoga, ¿ha oído hablar de la Sinagoga de Amusco? Sí, ya lo creo, la conozco. No le da tiempo a hilar las imágenes que desfilan por su recuerdo: Antoine tocando la gaita, Kira bailando descalza, Daniel con el tambor… No es momento de recordar, el cazador sigue hablando. ¿Conoce la particularidad del cocido maragato? Sí, ya me contaron lo de servir las carnes primero… Y le habrán dado la explicación de que fueron los soldados de Napoleón los que establecieron esa costumbre por si los llamaban a combate y se quedaban sólo con la sopa en el cuerpo, ¿no? Sí, eso me dijeron. Pues eso son pamplinas, yo le diré la razón. El cazador, que a lo mejor no es cazador, le dirige una mirada de suficiencia antes de seguir. Los maragatos, que de ellos se trata, recorrían España vendiendo sus productos

artesanales, ¿me sigue? Hasta ahora, sí. Pues en estos desplazamientos llevaban una fiambrera de madera en la que conservaban carne de cerdo cocida durante varios días, y en los mesones donde paraban comían primero esta carne que llevaban en la fiambrera y, como era alimento frío, pedían después una sopa caliente para entonar el estómago, ¿qué me dice? Él prefiere la otra versión, pero calla y levanta los hombros como indicando que podría ser. Imagino que irá usted al albergue de la hija de Gonzalo. Sí. Él recuerda que el padre de Marianela se llamaba Gonzalo, y alguna historia que ella le contó sobre él, incluso piensa que lo conoció durante unos instantes porque apareció en la Sinagoga el día de la celebración. El hombre retira la colilla de los labios, la tira al suelo y apaga con el zapato. La chica salió lista, pero hay quien dice que anda un poco trastornada. ¿Trastornada Marianela? ¿Por qué dicen eso? Se cuenta que la mujer finge que vive con alguien y, según parece, ese alguien no existe, incluso un perro, ¿usted me entiende? No, no le entiendo. Más claro no se lo puedo decir, a buen entendedor sobran palabras. Aquí me despido, peregrino. ¿Ve ese camino que sale a la izquierda? Sí, lo veo. Pues conduce a donde mi majada. ¿Es usted pastor? Anda, claro. Como lleva escopeta, creí que sería cazador. Lo uno no anda reñido con lo otro, éste también tiene dos oficios. Señala al perro que mueve el rabo contento. Simón sigue con la mirada al pastor mientras se aleja por el camino de la izquierda. Lo ve pararse unos instantes para encender otro pitillo y despedirse después con un gesto de la mano. La conversación con el hombre ha creado en Simón cierto desasosiego. Reconoce que no es buen entendedor, le faltan datos concretos. Decide borrar la extraña información que el pastor acaba de brindarle. No se fía de las habladurías de los pueblos, piensa que pueden contener muchas fabulaciones, y no quiere entrar en ellas.

Aparece Amusco en el horizonte. Las llanuras engañan, no debe de estar tan cerca como parece. La visión le aumenta las ganas de llegar y aligera el paso. No se comería un cocido maragato, pero sí un buen desayuno. Se imagina sentado en una cafetería frente a un café humeante y una buena tostada. La vida

del caminante tiene esos placeres básicos que borran toda preocupación.

El día empieza a clarear, el sol naciente todavía no calienta, aunque reconforta. Para desentumecerse da unas palmadas al aire, como cuando de niño se entretenía cazando moscas para utilizarlas de cebo con los lagartos. ¿Fue él un niño feliz? Prefiere no entrar ahora en esas averiguaciones. Mira de nuevo hacia atrás, como para medir la distancia que ha recorrido. Imagina su coche solitario, allá en Frómista, donde lo dejó aparcado cuando llegó de noche y dio una propina al chaval del hostal para que lo vigilara hasta su regreso. ¿Cuándo piensa usted regresar?, preguntó con lógica el chico. Le contestó que no sabía, y que según el tiempo que estuviera ausente le aumentaría la propina, con la condición de que tuviera el coche bien vigilado. El chico pareció satisfecho y le anunció que limpiaría el polvo de la carrocería de vez en cuando para que no pareciera un coche abandonado. ¿Va a llegar hasta Santiago?, inquirió. Le contestó que no estaba seguro. No pudo darle una respuesta concreta porque la explicación habría sido larga. Los motivos de su incertidumbre se remontan a diez años atrás, cuando un grupo de peregrinos, del que él formaba parte, decidió desviar su andadura hacia Amusco, donde Marianela los invitaba a pasar la noche en el viejo caserón de su madre. Ocurrieron cosas que ahora no viene a cuento recordar, pero ésa es la razón por la que él se ha encaprichado con la idea de llegar a Amusco a pie, como la vez anterior, para desde allí reanudar el camino donde lo dejó.

Le hace ilusión volver a ver a Marianela, con la que ha estado en contacto todos estos años a través del correo electrónico. Le ha sorprendido la historia que le ha contado el pastor. No sabe lo que significa, y, por el momento, prefiere no indagar en ello. En los mensajes se animaban el uno al otro a reanudar juntos el Camino algún día, ya que fueron los únicos que por motivos distintos lo abandonaron en Amusco y no siguieron hasta Santiago. Ha decidido presentarse por sorpresa, sin anunciar su llegada, y eso lo mantiene inquieto. Últimamente sus decisiones le parecen más bien indecisiones. Busca apoyo en la distracción que le ofrece el

entorno. Grandes nubes cubren el cielo empujadas por un viento que ha aparecido repentinamente. Los pájaros despiertan y sacuden las alas para ahuyentar el frío. No los ve, los siente, oye sus primeros trinos y quiere imaginar que cantan para él, para alegrarle el día. De pronto, el camino le brinda otra imagen de la infancia. Está en Coímbra, y el tío João le enseña a disparar con una escopeta de perdigones. Se entrenan los dos apuntando a los pájaros. El tío João le felicita por su puntería y él se siente orgulloso, sin pizca de pena o arrepentimiento por los pájaros muertos. La sensibilidad hacia la vida de los animales le llegó más tarde, seguramente influido por otros. Puede que fuera Tania quien le inculcara esos sentimientos, aunque no está seguro, a lo mejor ya se había despertado en él esa sensibilidad cuando la conoció. Ahora echa de menos poder discutir el tema con ella, a pesar de que decidió salir al Camino sin compañía precisamente para poder pensar sin ser rebatido, para reconstruir una imagen de sí mismo sin referencias de otros. Eligió comenzar en Amusco con la intención de encontrarse con Marianela y animarla a caminar con él, pero resulta que tampoco está seguro de desear su compañía. Por eso no ha anunciado su llegada, para alejar la posibilidad de que ella esté disponible, y, al mismo tiempo, no descartar del todo esa posibilidad.

Desde que lo abandonó Tania, le cuesta tomar decisiones. Con ella era diferente, discutían, sopesaban las distintas opciones y finalmente llegaban a un acuerdo. A él siempre le quedaba la impresión de perderse la mejor opción, aunque eran acuerdos blindados que facilitaban el siguiente paso. Se trataba de conseguir que lo elegido se convirtiera en maravilla, y a veces funcionaba. La risa de Tania, su entusiasmo, aportaban la magia. Todo eso se esfumó. Primero Tania se llevó la risa a otra parte, y la emoción. Lo privó de su encanto. Era como estar con Tania y sin ella. Y más tarde se retiró del todo, dejándolo solo. Tania.

Pisa el asfalto de la calle principal del pueblo. Huele a pan recién horneado. El primer café que encuentra está cerrado. En el segundo, un camarero está colocando las mesas. Vuelva usted dentro de un rato, la cafetera no está encendida. Pasea por Amusco

y casi sin darse cuenta llega frente al Albergue de las Grullas.

Tal como le contó Marianela por correo, la casa de su madre ha sido transformada. El gran portalón de madera ya no existe, en su lugar hay dos puertas contiguas. La de la izquierda luce el cartel de posada y la de la derecha es el albergue de peregrinos. Empuja la puerta de la derecha, que da a una entrada con mostrador y estanterías para depositar las botas. No hay nadie. Se descalza y deja las botas junto a otras en una estantería. Abre la puerta siguiente y penetra en una estancia amplia: cocina abierta a un comedor con chimenea. Un hombre está sentado a una de las mesas hojeando un periódico. Simón tiene la impresión de que simula estar leyendo, pero que está pendiente de su entrada. Se acerca a él y le pregunta por Marianela. No parece muy amigable. No está, responde. ¿Sabe dónde puedo encontrarla? Yo no sé nada, si quiere más información entre en la posada, le atenderán Mercedes o su hija.

El nombre de Mercedes despierta en él recuerdos del pasado. Conoció a una Mercedes que cuidaba a la madre de Marianela, era vecina de la casa; seguramente se trate de ella. Vuelve a calzarse las botas para entrar por la puerta de la posada. La chica que está en la recepción no es Mercedes, debe de ser su hija. Le confirma que lo es, se llama Isabel, y le informa de que Marianela no regresará hasta la hora de la cena. Mercedes, su madre, tampoco está, pero ella sabe de qué habitación le habla el peregrino, la que ocupó hace años cuando llegaron él y sus compañeros invitados por Marianela. Sólo hay una con esas características, le dice, sólo una da a los campos de trigo, lo acompaño si quiere. Es la misma ventana, el mismo paisaje; el resto ha cambiado. Trata de recordar: había un armario grande de dos cuerpos, de madera oscura, que ya no está. Lo han sustituido por armarios empotrados con puertas blancas laqueadas. También han eliminado la cómoda, seguramente ya innecesaria al existir cajones en el armario. Le gustan estos cambios, la habitación parece más amplia y luminosa. Isabel le informa que no dan desayunos, hay una cafetería cercana, que ya ha abierto, donde tienen una bollería estupenda, lo traen todo precocido y congelado y acaban de cocerlo en el horno.

¿Tienen también pan? Sí, claro, la tahona está al lado. Isabel se despide. Al quedarse solo en la habitación se desprende de la mochila y la coloca sobre una silla. El día que empieza a afrontar es distinto al que él había programado. Le gusta que se haya aplazado el encuentro con Marianela, le espera un día de soledad que empleará descansando y preparando los apuntes para su trabajo. Se quita el polar y lo suelta sobre la cama; la temperatura ha subido bastante y también ayuda el calor generado por la marcha. Empieza a trazar los planes para este día de tregua inesperado. El único mueble antiguo que ha conservado Marianela es una mesa de roble junto a la ventana. La habitación parece diseñada especialmente para él. Piensa acercarse al mediodía a la Sinagoga y preguntará si tienen cocido maragato. En los ratos libres, tanto de la mañana como de la tarde, trabajará en la habitación. Al atardecer espera encontrarse con Marianela y cenar con ella. Saca el libro electrónico de la mochila y también el cuaderno de apuntes. Lo deja preparado para cuando regrese del desayuno. El día se anuncia totalmente propicio a su estado de ánimo.

2

Marianela - Victoria

Marianela y Victoria entran en el albergue envueltas en chaquetas que cierran con las manos sobre el pecho.

—¡Vaya un otoño nos ha caído!, creo que es el más frío que recuerdo.

—No exageres —contesta Victoria animosa—, es el relente de la noche. El día no ha estado mal, sobre todo en los ratos de sol.

Al abrir la puerta, Marianela se lleva una decepción.

—Me sorprende que no esté encendida la chimenea, Benito siempre la enciende cuando yo no estoy.

—¿Quién es Benito?

—Es un hombre del pueblo que tuvo un accidente hace un par de años con la segadora, estuvo en coma varios días por un golpe que recibió en la cabeza, y además quedó impedido para ciertos trabajos por las heridas que le produjeron las cuchillas.

—¡Pobre!

—Ahora cobra una pensión, pero, acostumbrado a andar todo el día trabajando en el campo, no sabía qué hacer con su cuerpo hasta que descubrió el albergue. Desde entonces pasa aquí las horas muertas y se hace útil cuando puede.

—¿Es mayor?

—No, ¡qué va! No es que sea un jovencito, cuarenta y tantos debe de tener, porque yo recuerdo haber jugado alguna vez con él en vacaciones cuando éramos críos y tenemos más o menos la misma edad. Luego lo perdí de vista porque ya mis padres no me dejaban salir a jugar a la calle.

—¡Cómo nos han condicionado nuestros padres! Para mí el

Camino fue una liberación. Nunca había salido de mi casa sola hasta entonces, porque yo he sido siempre muy tímida, no así de salir. No creas que inicié el Camino yo sola por afición a la soledad, fue porque no encontré a nadie que me acompañara. Me costó mucho dar ese paso porque tenía miedo, y me tachaba de cobarde hasta que de pronto sentí una fuerza dentro de mí que me empujó.

—A mí me ocurrió lo mismo, tardé en animarme a salir sola, y también sentí un impulso que me dio el empujón

—¡Qué curioso! Está claro que teníamos que encontrarnos, ¿cómo fue lo tuyo?

Marianela reflexiona, intentando poner en palabras su experiencia.

—Soñé con un pájaro que hendía un tronco y liberaba algo... En realidad, era la metáfora de lo que me estaba ocurriendo..., en eso no entro porque es largo y difícil de explicar, pero sí, yo también sentí esa fuerza que despejó mis dudas y mis miedos. Luego, una vez en el Camino, perdí el temor a la soledad porque los peregrinos con los que fui coincidiendo se convirtieron en hermanos-protectores-amigos...

—Es verdad, eso ocurre.

—Pero al mismo tiempo cada cual conservaba su independencia, porque éramos todos unos independientes de la hostia. Y perdona por lo de «hostia». —Marianela se sonroja frente al hábito de novicia de Victoria.

—No te preocupes.

—Es que yo antes era muy modosita y educada, pero ahora me he vuelto así de malhablada.

—Es esa rebeldía que surge de pronto, no le des importancia, son palabras que han perdido su sentido. ¿Quieres que te ayude?

—Gracias, estoy recogiendo estos palos para encender la chimenea y que la habitación se vaya caldeando, porque la calefacción sola no consigue calentar bien un espacio tan grande. Y luego, si te parece, preparamos una sopa de verduras que nos entonará. ¡Mira!, ese que entra es Benito, quizá pueda echarnos una mano.

—¡Deja! —gruñe Benito sin contestar al saludo que ha iniciado Marianela y haciendo un gesto para que suelte las maderas—, de eso me ocupo yo.

Marianela está acostumbrada a la rudeza del hombre e indica a Victoria que se acerque con ella al rincón de la cocina. Mientras lavan y cortan las verduras para la cena siguen conversando.

—Fue una suerte que nos encontráramos el otro día en el coro y que me invitaras a visitarte, porque yo a veces me siento muy sola con todo lo que llevo dentro, algo que me es muy difícil de comunicar. Sin embargo, el otro día contigo fue como si te conociera de toda la vida.

—Yo creo que será por haber hecho ambas el Camino, entre peregrinos todo fluye.

—Ya lo creo, hay algo que nos une, y podemos hablar entre nosotros de cosas que no nos atreveríamos a hablar con otra gente, aunque en muchos casos seamos diferentes.

Marianela coloca un cestillo de judías verdes entre ellas dos y tiende uno de los dos cuchillos a Victoria.

—Ese tipo de conversaciones íntimas se dan también aquí, en el albergue.

—Tienes razón, la experiencia en los albergues es preciosa. Yo estuve siete años de hospitalera en Tardajos, creo que ya te lo dije, y viví feliz con esa ocupación. ¿Cómo lo llevas tú?

—En mi caso es diferente, yo no tengo esa vocación. Se jubiló Petronila, la persona que estaba a cargo de esto. Ya era muy mayor y decidió irse a vivir a una residencia con una amiga, creo que la única amiga que tuvo en su vida. Yo trabajaba en Francia y acababa de quedarme sin empleo, regresé y no tuve más remedio que tomar las riendas. Pero no me quejo, lo estoy combinando con otras aficiones, y por ahora la cosa va bien.

—La vocación es algo que llega, y en tu caso lo tendrás que descubrir, depende de lo que busques. Yo, con mi labor de hospitalera, no necesitaba más. Con el dinero de las aportaciones, que era muy poco, tenía suficiente para mantener el albergue y comer. Aquellos años supusieron para mí un tiempo de recapacitación, de espera a que se manifestase el paso siguiente.

Desde que viví aquella experiencia de la que te hablé...

—Y que todavía no me has contado.

—No te preocupes, te la contaré, espero saber hacerlo. Desde que viví aquello, me sentí como desubicada, esperando a que el Espíritu me comunicara cuál iba a ser el paso siguiente y, mientras tanto, en Tardajos vivía tranquila y conectada con mi espiritualidad. Muchas tardes salía al Camino para hacer unos cuantos kilómetros en dirección contraria y regresaba con los peregrinos que me encontraba. La sensación de tener el Camino por delante y encontrarme con esas personas me cargaba de energía. Si has estado muy apartada quizá no lo sientas todavía, pero lo recuperarás si vuelves a la vida peregrina, porque ahí empieza la purificación, la transformación, que te llega de pronto, sin intervención por tu parte.

Mientras coloca la leña, Benito presta atención a la conversación de la cocina. Él busca algo en las palabras de los peregrinos, algo que le ayude a comprender lo que le sucedió a él. Pero la mayor parte de las veces, cuando está a punto de pescar el sentido de lo que hablan, parece como si se escurriera lejos de su entendimiento. Le recuerda a cuando iba al río con su padre y perseguía las truchas con la mano. Muchas veces llegaba a tocarlas, incluso a acariciarles la tripa como su padre le indicaba, pero al cerrar la mano se le escapaban. El padre le daba un pescozón por inútil. Pues ahora, con el pensamiento, le ocurre lo mismo que con las truchas. Lo que está hablando esa mujer, Victoria, él sabe que tiene un sentido porque le traslada a la confusión que vivió al regresar del estado de coma profundo. Alguna vez ha intentado hablar de ello con Marianela, que presta atención a lo que él cuenta, pero no puede. Vivió algo tan distinto que se le escapa hasta el recuerdo. Marianela tiene paciencia, y con ella, a lo mejor él logra algún día atrapar esa trucha. Por ahora sólo ha podido comunicarle que durante aquel tiempo él vivió fuera de aquí, como en otro lugar, y eso es algo que únicamente ha podido hablarlo con ella. Presta atención porque Victoria sigue hablando.

—El Camino de Santiago me transformó. Volví una segunda vez, y al terminar el recorrido y regresar a casa de mis padres me

di cuenta de que ya no me era posible vivir allí. Madrid había dejado de ser mi lugar porque yo ya no era la misma, porque algo se había abierto dentro de mí, sentía como una puerta abierta de par en par.

«¡Toma!, ni yo he vuelto a ser el mismo.» Benito se lleva las manos a la cabeza como tratando de atrapar algo. Marianela le ha visto hacer ese gesto de vez en cuando, y siempre se interesa por lo que le ocurre. Seguramente hoy no le preguntará nada porque está con esa amiga monja que, según ha oído, va a quedarse un par de días. Lo que ha contado de una puerta le ha gustado, porque quizá él salió por esa puerta, y luego, no sabe cómo, volvió a la vida. Y el regreso no es fácil. Pero él ha cambiado algo y aquí, en el albergue, escucha las conversaciones y a veces entiende cosas. Antes, él no lograba entender las razones que conducían a esos peregrinos a desfilar por el camino que atravesaba los campos que él araba con el tractor. ¿A santo de qué se lanzaba esa gente a los caminos? Él sabía que nadie ni nada los obligaba. Y muchos andaban heridos, arrastrando los pies con ampollas o rozaduras. Le vale que algunos lo hicieran por motivos religiosos, en eso él no se mete porque no entiende, pero otros ni siquiera lo hacían por ese motivo, sino por pura afición. «Están *chalaos*», pensaba él entonces, aunque ahora escucha y aprende que hay muchas formas de estar en el mundo.

Marianela y Victoria vienen a sentarse junto al hogar mientras en la cocina se cuecen las verduras.

—Anda, Victoria, háblame de esa experiencia que te cambió la vida. Estoy deseando que me cuentes.

—Pues verás, fue algo tremendo. Yo no sé si te habrá pasado a ti, pero yo comprendí que el Camino es la llamada de Dios a cada uno de nosotros.

—¿La llamada de Dios? ¿De qué Dios?

Victoria no atiende a la segunda parte de la pregunta de Marianela.

—Es una llamada muy particular. No es que te diga «Que yo soy Dios, que te estoy llamando, que soy tu padre, que quiero que estés cerca de mí para darte todo» —se ríe—, sino que te hace sentir que Él está en la creación, en las personas, en todos los

acontecimientos. En todo. Y comprendes que eso es el proceso, el camino de nuestra vida. Yo sentí que el ser humano ha venido a la vida para retornar al punto de partida. O sea, hemos salido de Dios, de su obra, para volver a ella.

Marianela interrumpe el discurso de Victoria con un gesto.

—Espera un momento, no lo entiendo... Voy a buscar la sopa, que me parece que ya está.

Victoria aspira el aire.

—Es verdad, huele de maravilla. Benito, ¿quiere usted sentarse a cenar con nosotras?

—No, gracias. Ceno en casa de mi hermana. Ya me voy.

Marianela retoma la conversación cuando Benito cierra la puerta.

—Nunca he conseguido que comparta una cena conmigo ni con los peregrinos de paso. Ahora esto está vacío porque estamos fuera de temporada, pero hay veces que tanto un lado como el otro se llenan de gente, y entonces él recorre con disimulo los grupos y se queda donde hay una conversación que le interesa. A veces no le interesa ninguna y se retira. Cuando se queda cerca, hace ver como que está entretenido en otra cosa, habitualmente el periódico o el fuego, aunque nunca consiente en participar de las conversaciones.

—Debe de ser muy tímido —apunta Victoria—, yo antes también lo era y lo pasaba fatal si me hacían hablar. ¡Sin embargo ahora!...

—Dime, ¿qué significado tiene eso que decías de que hemos salido de la obra de Dios para volver a ella?

Victoria ríe.

—¡Eso, ya!, yo no te sé decir. Hay cosas que yo también estoy descubriendo, poco a poco.

—Es que me resulta raro eso de salir para volver, ¿no? Si tenemos que volver, ¿por qué salimos?

—No sabemos por qué salimos, igual es el designio de Dios.

—¿Será para purificar algo? —Marianela no se rinde, quiere llegar al fondo de la cuestión.

—Pues a lo mejor, no lo sé. Es como cuando de niña yo escuchaba en la catequesis y no entendía nada. Y es que no se

puede explicar ese misterio. Pero luego, cuando te adentras en otra dimensión, lo vives aquí, en el interior, que es donde está Dios. Está fuera porque ahí está su creación, ahí está todo, pero eso es sólo una parte, porque él está permanentemente dentro de ti. De alguna manera es como que se está manifestando, y yo creo que lo sentimos cuando estamos preparadas, no antes.

Ha entrado un peregrino barbudo y ha permanecido de pie, escuchando. Las mujeres no se han dado cuenta. Benito se ha cruzado con él en la calle y ha reconocido al peregrino que entró por la mañana preguntando por Marianela. El peregrino ha escuchado las últimas palabras de Victoria y se dirige a las mujeres:

—¿Puedo meter baza?

Las dos se giran a un tiempo. Marianela trata de reconocer al individuo porque le suena su cara, pero no cae.

—No me digas que no me reconoces.

—Pues sí y no. Me suenas, aunque no sé quién eres.

—Soy Simón, o Simão, como prefieras.

—¡Simón! ¡Es cierto! Disculpa, con esa barba que te tapa la cara es muy difícil reconocerte después de tantos años.

—Sin embargo, tú estás igual. Me refiero al principio de conocerte, porque al final de nuestro recorrido habías hecho un cambio espectacular.

—Eso fue un disfraz, lo necesitaba para salirme del papel en que me tenían aquí encasillada. De no haber sido por esa transformación radical me habría sido difícil tomar las decisiones que tomé.

—¿De qué transformación estáis hablando? —pregunta Victoria.

—¿Recuerdas que te dije que yo era muy bienhablada, muy modosita? Bueno, pues rompí el molde y me transformé en punk, con el pelo de punta y una media de cada color. No quiero ni acordarme, pero en ese momento me sirvió. He vuelto al redil de las ovejitas mansas, aunque me queda algo de aquello.

A Simón le gusta reencontrar a la Marianela de hace diez años, pese a que físicamente haya cambiado más de lo que le ha

indicado. Se nota en ella a una persona más madura, más hecha.

Marianela señala a Simón.

—Perdonad, no os he presentado. Éste es Simón, Victoria, uno de los peregrinos que formaba parte del grupo del que te hablé. Es portugués, o medio portugués, porque lleva media vida viviendo en España.

Victoria hace ademán de levantarse para saludar, pero Simón la interrumpe con un gesto y se acerca para besarla.

—Y yo soy Victoria, compañera de coro de Marianela.

—Encantado, Victoria. Me gustaría que siguierais con vuestra conversación, me estaba interesando y siento haberos interrumpido.

—¿Por dónde íbamos?

—A mí me interesó cuando Victoria hablaba de la Sustancia Divina Infinita.

—¿Qué dices? ¿De qué sustancia hablas?

Simón sonríe a Marianela, que le está mirando asombrada.

—Tienes razón, Marianela, no te he presentado a mi amigo Spinoza, al que llevo en la mochila.

—¿Spinoza el filósofo?

—Sí, es posible que te haya hablado de él cuando coincidimos en el Camino. Es para mí un buen compañero de ruta. Sustancia Divina Infinita es el nombre que él da a lo que acaba de expresar Victoria.

—¿Y qué sentido le da él?

—Spinoza habla de que cada cuerpo expresa en cierto modo la esencia de Dios, en cuanto se la considera como cosa extensa...

—Vale, eso dice Spinoza, y tú, Victoria, ¿qué es lo que decías?

—Esencialmente lo mismo, aunque expresado de forma diferente. Es algo único, no hay más, y Spinoza debió de experimentarlo. La presencia de Dios se extiende en toda su creación al tiempo que habita en cada cuerpo. Pero hay que estar preparado para sentirlo. El conocimiento de Dios viene por el espíritu, te das cuenta de que el espíritu es en realidad la conexión de Dios con el hombre. El Espíritu nos da el conocimiento, nos abre la mente, nos abre el corazón.

—¿Spinoza también piensa que salimos de Dios para volver a él?

—No —contesta Simón—, para Spinoza no existe un «para», no hay un objetivo. La vida no tiene un fin concreto. Dios es la naturaleza que conforma todo, pero no existe objetivo alguno.

Marianela echa unas astillas al rescoldo que se enciende y aprovecha la llama para añadir una rama de encina.

—Quizá no me explico bien —continúa Victoria—, pero necesito hablar de ello. Después de mi experiencia como hospitalera, llevo unos años de novicia con las monjas Carbajalas, y allí no puedo hablar de nada de esto. Y es como si tuviera dentro de mí un río contenido.

—Me considero muy afortunado por haber llegado a tiempo de recoger ese caudal.

—Para mí también es una suerte que me escuchéis, porque ¡es tanto lo que llevo dentro! ¡En mi vida están pasando tantas cosas! Me he sentido arrancada de un lado y transportada a otro; en el nuevo sitio echo raíces y, sin saber por qué, siento de nuevo el final de la etapa, y de nuevo de acá para allá; subes y bajas; bajas y subes. —Victoria ríe—. Yo a veces digo: ¡Dios mío, basta! ¿Hasta cuándo...? Y, cuando parece que te vas a caer a lo hondo, de repente sientes que te dice «¡Aquí estoy yo, te mantengo, te sostengo!», y te comunica que te ama y que te quiere.

Simón empieza a perderse porque ya no logra encajar sus lecturas con las experiencias de Victoria, y Marianela le lanza una mirada cómplice y se dirige a él cambiando de conversación.

—¿Te apetece probar nuestra sopa de verduras?

—Me apetece muchísimo, había pensado comer en la Sinagoga, pero al final se me ha pasado el tiempo trabajando y durmiendo, así que un poco de esa sopa caliente me viene de maravilla. A cambio tenéis que aceptar queso y jamón que he comprado esta tarde en el pueblo.

—Aceptado, nosotras aportamos el pan.

Marianela se levanta para servir la sopa mientras Victoria sigue contando.

—Hay momentos muy difíciles, ¡pero que muy difíciles! A

pesar de ello, sigues a esa lucecita que es la esperanza, y que yo creo que no me abandona por esa vivencia tan fuerte que experimenté en el Camino.

Marianela interviene desde la cocina.

—Estoy esperando que me cuentes eso, Victoria.

—Pero no ahora, porque creo que es preferible que terminéis de cenar tranquilamente los dos. Yo con la sopa tengo suficiente, no soy de mucho comer por la noche. Prefiero salir a caminar un rato y mañana seguimos hablando; me gusta pasear antes de que cierre totalmente la noche, es mi momento de oración, de comunicación con Dios, y creo que vosotros tenéis cosas que contaros y tampoco quiero estar en medio.

Victoria lleva su plato a la cocina. Tiene una figura simpática, rellenita, risueña.

—Como prefieras —le dice Marianela, que también tiene ganas de charlar con Simón a solas—, pero no te escapes mañana sin contarnos tu experiencia. Recuerda que te has comprometido.

—¡Claro que lo haré! ¿No ves que estoy deseando contarlo? A la hora del desayuno, ¿os parece bien?

3

Marianela - Simón

Al quedarse a solas con Simón, Marianela se siente de pronto un poco cohibida, arrepentida de haber contado a ese tío de las barbas tantos sentimientos y confidencias en sus correos electrónicos. Simón, sin embargo, parece divertido y satisfecho de cómo se está desarrollando su primer día de encuentros. Es él quien rompe el hielo.

—Lo primero que quiero explicarte es la razón de esta visita no anunciada. Quería darte una sorpresa.

—¡Me la has dado! Mi madre siempre decía que no le gustaban las sorpresas, prefería saberlas de antemano para disfrutar el tiempo de espera.

—Es que no estaba seguro de que mi llegada fuera un acontecimiento tan bueno.

—En ese caso, mi madre también prefería estar prevenida. El único anuncio que no quería tener es el de la muerte. En eso estaba de acuerdo con mi padre.

—¿Qué ha sido de tu padre? —se interesa Simón.

—No sé mucho de él, por ahí anda. Sigamos con lo tuyo, ibas a darme una explicación de por qué estás aquí.

—Estoy preparando un trabajo de investigación sobre el Valle del Silencio, en El Bierzo. Pensé hacer unos días de Camino hasta el desvío que conduce al valle porque me quedé con ganas de continuarlo desde que tú y yo lo interrumpimos aquí.

—Creo que fuimos los únicos del grupo que no seguimos hasta Santiago.

—Por eso me apetecía retomarlo donde lo dejamos hace años.

Ya lo habíamos comentado, ¿recuerdas? También quería ver los arreglos que habíais hecho en la casa y de los que me hablabas en los correos, y además proponerte que me acompañaras en algún tramo del Camino.

—No sé si podré. Tengo que organizarme. Si me hubieras avisado con tiempo...

—Lo sé, pero te aseguro que hasta el último momento no tenía nada claro lo que quería hacer. Voy decidiendo sobre la marcha. Desde que terminó mi historia con Tania me siento un poco a la deriva, desenraizado, y voy improvisando paso a paso. Ya llevo más de un año solo, aunque hasta ahora no he sentido ninguna llamada que me indique cómo debo seguir..., esas cosas sólo le pasan a Victoria. Y además, con los correos me sentía muy cerca de ti, casi como si estuvieras a mi lado adivinando mis intenciones.

—¿Qué vas a investigar en el Valle del Silencio?

—Ya sabes que mi especialidad son los movimientos sociales.

—Sí, es cierto. Recuerdo cuando nos hablaste de la Revolución de los Claveles, captaste mi atención por completo, a pesar de que las explicaciones políticas suelen aburrirme. Pero me sorprende que busques algo así en el Valle del Silencio. No lo conozco, aunque el nombre parece indicar paz y tranquilidad.

—Allí se produjeron corrientes espirituales que atrajeron a mucha gente. Primero en el siglo IV con Prisciliano, y luego hubo varios rebrotes siguiendo a otros eremitas en diferentes siglos.

—¿Y exactamente qué quieres encontrar?

—Me interesa conocer las motivaciones, el origen de todo ello. Cuantos más estudiosos giran alrededor de un tema, más datos se descubren.

—¿Cuándo quieres salir?

—Mañana, por ejemplo, o dentro de un par de días.

—Desde luego, ni mañana ni al día siguiente puedo salir contigo, aunque quizá pueda unirme a tu camino más adelante; ahora con los móviles es más fácil encontrarse.

—Además quería disculparme —añade Simón, que ahora parece más inseguro—. Siento haberte dado tanta lata en los

correos con mis cuitas interminables.

—Eso no es verdad. Tus mensajes estaban llenos de humor, nos hemos reído..., quiero decir, que me he reído muchísimo con ellos. No me mires así, tú llevarías la procesión por dentro, pero a mí me lo contabas en clave de humor.

¡Increíble! Simón recuerda ese tiempo en que se dedicó a escribir a Marianela como días de color negro. Sin embargo, tal como ella ahora le está recordando, usó el humor como tabla de salvación.

—Me alegro de que por lo menos tú pudieras reírte con mis desventuras y de que yo fuera capaz de transmitirte ese humor.

—Detrás del humor también estaban tus sentimientos, y me sentí solidarizada contigo. Yo he vivido situaciones parecidas y es muy chungo. Al principio uno se siente desconcertado, pero después el tiempo ayuda.

—¿Qué me dices de ti? Me han dicho que vives con alguien.

Marianela se sonroja.

—Algún día te lo contaré.

Simón no insiste. Marianela es así, hay temas de los que prefiere no hablar. No le parece prudente forzar después de lo que le indicó el pastor-cazador.

—¿Sabes algo de nuestros compañeros de peregrinación? —le pregunta a cambio—. Me refiero a Marcel, Rosaura, Colino...

—No sé nada. Recibí noticias de Rosaura a los pocos días de separarnos. Decía que Colino iba mucho mejor. Y desde Santiago fui recibiendo postales a medida que los peregrinos alcanzaban la meta. Colino y Kira me mandaron una foto desde Finisterre. Después ya no he vuelto a saber de ellos. Con el único que he mantenido contacto ha sido contigo, Simón.

—Porque nos quedó la asignatura pendiente de acabar el Camino. Pero es extraño que los demás no hayan seguido comunicando. Fue muy fuerte lo que vivimos aquí.

—Ya, pero el Camino es eso: vives, intercambias y abandonas, la vivencia es lo que queda y lo que importa. Si quieres seguir la relación fuera del Camino ya se convierte en algo diferente. Incluso si ahora reemprendiéramos el Camino tú y yo, no podríamos

considerarlo como continuación de aquél, sino el inicio de uno nuevo.

—Entonces, ¿te animas a seguir?

—No lo sé, ¿cuáles son exactamente tus planes?

Simón repasa mentalmente la lista que ha preparado por la tarde en la habitación: peregrinar hasta el Acebo; desviarse allí hacia el Valle del Silencio pasando por Compludo y por San Pedro de Montes; llegar hasta Santiago de Peñalba recogiendo información sobre los eremitas que vivieron en la zona, y recorrer esos lugares. Después, no sabe hacia dónde le conducirá la información obtenida.

Marianela escucha con interés.

—Me gusta que me cuentes sobre locuras y santidades. Ya sabes cómo me interesan esos temas.

Él no recuerda haberlo sabido, pero le gusta conocer su interés. Marianela es en realidad una desconocida para él, a pesar de haber recibido las confidencias que parecían desvelar su alma. Recuerda cómo le sorprendió su voz cuando cantó en la sinagoga. Hasta entonces no la había oído cantar ni podía sospechar que anidara en ella esa asombrosa voz.

—Vente conmigo —le dice, abandonando toda prudencia.

—Avísame cuando vayas a adentrarte en ese valle, quizá me decida.

Lavan los platos en el fregadero de la cocina. Simón ayuda a Marianela a cerrar las persianas y a colocar una rejilla frente a las brasas encendidas.

—¿A qué hora te parece el desayuno de mañana? No quisiera perderme el relato de Victoria.

—No hemos quedado en nada concreto, pero las ocho me parece una buena hora.

4

Marianela

Simón era guapo cuando lo conocí. Ahora con barba me gusta menos, y tampoco me mola ese aire de profesor que ha adquirido. Entonces, cuando compartimos camino, llegué a pensar que debería haberme enamorado de él porque era el tipo de hombre que yo creía que me gustaba. Pero estaba equivocada. ¡Qué poco me conocía en ese aspecto!, y lo he pagado caro en más de una ocasión. Ni guapos ni inteligentes. A mí me gusta Arce, un hombre fornido y recio, de mirada penetrante e ideas metafísicas, precisamente las que yo rechazo con la razón. Me atrajo desde el primer momento. Acércate, me dijo, mirándome con ojos brillantes. Comprendí entonces que era la primera vez que me había enamorado de verdad, y un amor así nunca muere. Arce y su perro *Nug* me visitan ahora a menudo. Siempre había deseado tener un perro, aunque no me animaba a adoptar uno porque me daba pereza ocuparme de él. Con *Nug* es distinto, nos entendemos y no me da trabajo. Los momentos que comparto con Arce y con *Nug* me hacen feliz. Yo no he cambiado mi forma de pensar, sigo siendo una racional de la hostia, quizá por eso me llevo tan bien con Arce, porque somos opuestos y nos complementamos. En las noches de invierno, me acomodo junto al hogar y ellos vienen a hacerme compañía. Arce suele sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas; *Nug* se coloca a su lado. Cualquier día de éstos aparecerán, cuando yo tenga una buena historia para contarles. Todas las noches, al llegar a mi casa de Arrancavedijas, enciendo el fuego y me siento a leer en la silla de costura que perteneció a mi madre; después cierro el libro y repaso mentalmente las historias

que he recogido de un lado y de otro, y me recreo pensando en lo mucho que le van a gustar a Arce, y cómo las aderezará él con su conocimiento, completando los relatos, añadiéndoles misterio y pasión. Un día me dijo que escribiera esas historias y que las publicase. No me pareció mala idea, porque son buenos relatos y de interés general... Creo que eso lo dicen muchos escritores de su obra, y yo lo digo de la obra que estoy escribiendo bajo el dictado de Arce. Cuando me decida a publicar, lo haré con su nombre. A mí siempre me gustó escribir, pero nunca me había atrevido a mostrar mis relatos, y no me extraña. El otro día releí todo lo anterior a la aparición de Arce y lo rompí sin titubear porque me pareció de una sosería insufrible.

Mis dos vidas se entrelazan divinamente. Cuando hablo con los peregrinos, escucho con cortesía historias similares unas a otras hasta que aparece algún tema que puede despertar el interés de Arce. Entonces los peregrinos se recrean contando y agrandando lo que han vivido. Por la noche, corro a mi casa, enciendo el fuego y le espero. Cuando Arce se sienta frente a mí en el suelo, mi historia ya ha crecido considerablemente. Él escucha con atención, la recoge en su mente y va podando y añadiendo. Al final, ni yo misma reconozco el resultado. Muchas noches nos sorprende la madrugada conversando y escribiendo. Todas las historias acaban envueltas en una oscuridad que me fascina, pero las transformo un poco al escribirlas, porque me apiado de los personajes y suelo salvarlos salpicando los pasajes más desalentadores con gotas de humor que Arce siempre celebra. Entonces *Nug* mueve el rabo con alborozo y los tres nos retiramos a dormir satisfechos y felices.

Con la historia de Simón y Tania nos hemos divertido bastante porque Simón aderezaba con humor sus mensajes y yo añadía el resto. A mí me pareció claro desde el principio que Simón y Tania no podían funcionar. Ella es actriz de teatro. Nosotros la transformamos en *vedette* de cabaret y a Simón lo convertimos en un profesor mayor, siempre enfrascado en sus libros sin darse cuenta de la maravilla que tenía a su lado. Porque Tania es de los nuestros, y también lo es el hombre del que se enamoró y por el cual abandonó a Simón. Se parecía un poco a mi

padre, aunque en más joven y más guapo. Yo nunca le he visto ni Simón me ha hablado de él, pero Arce me contó cómo era. ¡Si Simón supiera las veladas que hemos pasado conformando al amante de Tania! Creo que a partir de mañana voy a repasar la escritura de esa historia que se ha reavivado al encontrarme con él. Y eso que le había transformado tanto con la imaginación que no le reconocí cuando apareció en el albergue..., y también por lo de la barba, porque nuestro personaje no la tiene. Es precioso transformar la realidad y escribir. No pienso volver a trabajar de secretaria de idiomas ni de jefa de departamento ni de presidenta de empresa, cargo este último que nunca he tenido. Pero en un tiempo me equivoqué creyendo que quería serlo. A partir de ahora me dedicaré exclusivamente a escribir lo que me dicte Arce y a ser su representante frente a las editoriales. Creo que tendrá el éxito asegurado. Otra historia que me apetece contar es la experiencia de Victoria, porque, en cierto modo, también parece pertenecer a otro mundo, y Arce sabrá interpretarla. Ninguno de los dos somos religiosos, en eso estamos de acuerdo, aunque sus creencias metafísicas se parecen bastante a las religiosas. Estoy impaciente por escuchar a Victoria. Arce me ha pedido que no pierda detalle porque algunos de ellos pueden tener mucho interés. *Nug* aprobó las palabras de Arce moviendo el rabo. Da gusto tener un perro así, que no incordia y siempre celebra nuestro ingenio. Me gustaba pasear con él, pero he dejado de hacerlo porque cuando le silbaba y hacía gestos para que me siguiera la gente me miraba como si estuviera loca. Ahora paseamos cada uno por nuestro lado sin coincidir y yo he vuelto para los demás a la normalidad.

Me resulta fácil mantener separadas las dos partes de mi vida. Por un lado, la invisibilidad de Arce y de *Nug* frente a los demás me condiciona, pero al mismo tiempo me da mucha libertad. Los convoco cuando quiero y se van cuando deseo estar sola o estoy con otras personas, porque no quiero compartir su compañía. El primer día aparecieron por sorpresa. Fue hace dos años, cuando volví de Francia desengañada de todo y me sentí fracasada regresando a este pueblo donde me visitaban los fantasmas del pasado. Era un día tormentoso y triste. Estaba contemplando un

panorama gris por la ventana cuando los vi llegar. Mi corazón dio un brinco, ¡no lo podía creer! Era Arce a quien tanto había buscado, no me cabía la menor duda, y detrás de él jadeaba su perrito *Nug*. Corrí a abrir la puerta y les urgí a que pasaran al interior. ¡Tuve tanto miedo a que se esfumaran frente a mi esperanza! Pero esta vez no pasaron de largo, venían decididos hacia mi casa y aceptaron mi invitación. Se sacudieron el agua de lluvia en el umbral y se acomodaron en el suelo junto al hogar. No hicieron falta explicaciones, no le ofrecí a Arce el sillón de orejas, sabía que él había elegido el mejor lugar. Me senté yo también en la alfombra frente a los dos. Poco a poco desapareció mi desaliento y sonreí. Arce respondió a mi sonrisa y me sentí completa. Era justo lo que necesitaba para desbancar el aburrimiento de mi vida. Además, intuí que su presencia me ayudaría a derrotar a los fantasmas del pasado que tanto me acosaban. Y así ha sido.

También me interesa lo que vivió Benito cuando estuvo tanto tiempo en coma. Por ahora tengo poco material, aunque Arce me ha sugerido que espere al invierno, cuando Benito y yo pasaremos muchos ratos solos. Tiene razón, cuando estamos a solas él hace un esfuerzo por explicarse. No he conseguido mucho todavía porque gran parte de su discurso no tiene sentido para mí, pero Arce me puede ayudar porque se ha introducido en la mente de Benito y está descubriendo los caminos que él transitó cuando estuvo apartado de este mundo.

5

La experiencia de Victoria

Simón encuentra a Victoria trajinando en la cocina del albergue. Tiene un aire fresco y lozano. Sin embargo, él ha amanecido cansado después de una noche inquieta. Puede que haya soñado con Tania, no lo recuerda, pero se ha despertado con una punzada de remordimiento en el estómago, una sensación de culpa amarga, como le ocurría al principio después de que ella lo dejara. Marianela asoma la cabeza por la ventana. ¡Buenos días, madrugadores! Su voz suena alegre, aunque no tiene la frescura de la de Victoria, que, según la apreciación de Simón, parece recién caída del cielo.

Victoria ríe cuando Simón se lo dice.

—He salido al amanecer —comenta alegremente—. Ver el nacimiento del sol siempre me infunde energía. He paseado por los alrededores y he traído pan recién hecho para compartir con vosotros.

Marianela entra en la estancia.

—¿Qué tal habéis dormido?

—Si te refieres a la comodidad de la cama, he descansado muy bien. Lo tienes todo muy organizado y limpio. Pero ¡en cuanto a dormir! —Victoria se lleva las manos a la cabeza—. Me quedé anoche recordando la experiencia que viví y no he pegado ojo.

—¿Y tú, Simón?

—Yo he dormido bien, aunque han venido a visitarme fantasmas del pasado. Lo que vivimos aquí hace años fue muy fuerte, ¿verdad, Marianela?

—No me lo recuerdes. Afortunadamente yo ya estoy liberada

de fantasmas.

Simón revive parte de su sueño, que poco a poco va surgiendo en su memoria. Aparecía Petronila, aquella mujer de carácter agrio que dominaba a Marianela. Pero en el sueño, Marianela era Tania. Petronila dominaba a Tania, de la que él todavía no se había separado. Ésta iba sintiéndose cada vez más insegura, y lo peor es que él no hacía nada por impedirlo. ¿Se corresponderá eso con alguna parte oculta de la realidad? Reflexionará sobre ello cuando esté a solas caminando por estos campos de Castilla.

—Además —añade Marianela—, ahora no toca hablar de esos recuerdos. Victoria nos anunció el relato de su experiencia.

—Lo prometí y lo quiero cumplir. He preparado el café. No tenéis más que sentaros a desayunar. En la nevera he encontrado mantequilla y mermeladas, ¿qué más podemos pedir?

—Pareces tú la hospitalera. Me doy cuenta de que yo soy un desastre.

De nuevo una punzada de remordimiento en Simón: Tania sufría respecto a las tareas de la casa la misma inseguridad que Marianela. Busca algo reconfortante para animarla, pero se le adelanta Victoria.

—Es que tú, hasta ahora, no lo has sido, ni sé si lo quieres ser. Has cumplido únicamente la función de supervisora. Vamos, por lo menos es la conclusión que he sacado al hablar contigo y con Mercedes,

—¿Has hablado hoy con Mercedes?

—Sí, me la he encontrado en la panadería y hemos venido juntas.

Simón sigue con ganas de proteger a Marianela.

—Yo creo que tenemos que empezar por el café para despejarnos tú y yo. Nos falta el paseo matutino.

—A mí no me falta. He venido a buen paso desde Arrancavedijas. ¡Hace un frío ahí fuera! Tú eres el que tiene que espabilar.

Las dos mujeres van llevando las cosas a la mesa y charlando entre ellas. Simón se une a su afán y, finalmente, se sientan y se relajan todos.

Simón se dirige a Victoria.

—Anoche le conté a Marianela que estoy investigando sobre la vida monástica en El Bierzo en el siglo VII.

—¡Uf! ¡En aquel tiempo hubo una intensidad allí!

—¿Sabes algo del tema?

—No, no sé prácticamente nada.

—Pues lo parecía. Lo has dicho como si...

—Como si nada, de verdad. Yo es que a veces hablo de una forma que confunde.

«¿De dónde habrá nacido mi sueño?», piensa Simón. Marianela no parece deprimida ni se parece en nada a Tania, que tampoco lo estaba.

—Venga —insiste Marianela—, cuéntanos, Victoria.

Ésta bebe un sorbo de café y se prepara.

—Como os decía, no he pegado ojo en toda la noche porque hay dos preguntas que yo me hacía entonces y me sigo haciendo ahora: «¿Qué quieres?» y «¿Qué hago?».

—Empieza por el principio —interrumpe Marianela—. ¿A quién le hacías esas preguntas?

—Tienes razón. ¿Conocéis Itero de la Vega?

Simón no lo conoce, pero sabe dónde está.

—Pues como a un kilómetro y medio de Itero de la Vega, en medio de la nada, hay una ermita: San Nicolás de Puente Fitero.

Simón presta atención. Esas ermitas aisladas le interesan, aunque no estén en El Bierzo.

—Eso está aquí al lado, en plena Tierra de Campos —interviene Marianela.

—Cierto —confirma Victoria—, yo viví aquello prácticamente donde vosotros dejasteis el Camino. Esa ermita que os digo, la de San Nicolás, es un sitio especial.

—La conozco. Está muy cerca de aquí. Se ocupan de ella unos italianos que lavan los pies a los peregrinos. Está junto al puente medieval sobre el río Pisuerga, el que une Burgos con Palencia.

Vitoria retoma la palabra:

—Exactamente, y la ermita está en el lado palentino. Aparece así de pronto, en medio de aquellos campos. Es como si toparas

con un pequeño oasis. En la Edad Media fue hospital de peregrinos, después pasó a ser una ermita y ahora lo han convertido en albergue. Los hospitaleros son italianos de la Orden de Malta, y ofrecen la cena porque la ermita está muy aislada. Yo iba con otros tres peregrinos: una pareja y un muchacho joven. Eran personas con las que yo iba coincidiendo con cierta frecuencia, aunque cada uno iba haciendo su propio camino. De eso sabéis vosotros tanto como yo porque habéis vivido lo mismo.

Simón y Marianela se miran y asienten.

—A veces nos encontrábamos en locales donde comer o dormir —sigue contando Victoria—, pero hasta allí cada cual llegaba por su lado y a su manera: el chico iba cantando y dando saltos de un lado a otro del camino porque iba recogiendo la basura que encontraba..., llegaba a recoger kilos y kilos y los iba depositando en los contenedores de los pueblos.

—Me agota sólo imaginarlo —interrumpe Marianela—, ¡como si no fuera ya bastante esfuerzo conseguir llegar al final de cada etapa con la propia mochila!

—A mí también me resultaba raro. Yo no veía la suciedad del camino. Yo veía las flores, las mariposas y cosas así. Caminaba contenta, desbordaba alegría, tenía ánimo para dar a medio mundo.

Simón sirve el café y Marianela corta el pan en rebanadas. Victoria unta mantequilla.

—Muchas gracias, cuando me pongo a hablar de este tema me olvido del mundo.

Oyen la voz de Mercedes antes de verla entrar cargada con una brazada de sarmientos.

—Menos palique —dice riendo—, que no os acordáis ni de prender la lumbre.

En un momento el fuego está ardiendo en la chimenea.

Marianela invita a Mercedes a sentarse a desayunar con ellos para escuchar el relato de Victoria.

—No, gracias. Yo me debo a mi trabajo. Además, ya he almorzado. Y también he hablado con Victoria. O sea, que tengo los deberes hechos.

Todos comen en silencio y Victoria sigue narrando.

—Lo que os quiero contar es difícil de explicar, pero voy a ceñirme a lo concreto. Llegamos a esa ermita de la que os he hablado, que aparecía entre unos árboles cerca de Puente Fitero. Eran las nueve de la noche y nosotros íbamos con la intención de llegar a Itero de la Vega, a un kilómetro y medio, confiados en que había un bar y que podríamos comprar un bocadillo. Pero nos dio curiosidad y entramos en la ermita. Salió a recibirnos el hospitalero, que es italiano y se llama Guido o Lino, ya no recuerdo, pero sí recuerdo que es de Perugia, de la asociación de allí de peregrinos. Más tarde, él mismo nos contó que suelen venir a ocuparse del albergue hospitaleros de Perugia y de la Cruz de Malta. Nos dio la bienvenida y nos dijo que estaban esperándonos para la cena. Nosotros nos habíamos propuesto llegar hasta Itero de la Vega y ¡cuando uno se propone algo en el Camino!... ¿Verdad?

—Es verdad —confirma Simón—, uno va programado y es difícil cambiar.

—¡Claro!, y le dijimos que no, que nosotros queríamos llegar a Itero de la Vega. Finalmente, él nos convenció de que nos quedáramos alegando que Itero estaba en fiestas y que todo estaba cerrado. Me gustó la ermita. Nada más entrar, pasamos por un arco y vimos una mesa alargada, y a la derecha había unas literas. Me impresionó entrar en ese recinto oscuro, porque en el exterior, a pesar de ser las nueve de la noche, había todavía mucha luz. La penumbra se veía iluminada por una lucecilla tenue que brillaba en un farolillo de *camping* gas y unas velas. Todo resultaba impresionante, y esa mesa grande con los platos preparados te sobrecogía un poco. Había cuatro peregrinos que andaban poniendo la mesa, y los veías trayendo el pan, un jarro con el vino, los platos, los cubiertos... Parecía una escena de un cuadro. Yo estaba asombrada y al mismo tiempo tenía la extraña impresión de conocer ya ese sitio, como si ese lugar me estuviera esperando y yo lo supiera de antemano. Era una sensación desconocida, no como si lo conociera de forma física, sino de alguna otra manera. —Ríe—. Después de cenar estuvimos hablando un rato y yo me retiré la

primera porque estaba muy cansada. No elegí el lugar para dormir, la litera me la adjudicaron. Me acosté rendida.

En ese momento del relato aparece Benito cargado con unos troncos de leña. Marianela le saluda y le agradece los troncos, que él coloca en el hogar. Declina como siempre la invitación a sentarse con ellos y busca su silla, aunque esta vez la acerca un poco a la mesa de los comensales y se dispone a escuchar sin disimulo, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos cruzadas.

—Yo dormía muy poco en el Camino —sigue contando Victoria—, seguramente porque al estar viviéndolo con tanta intensidad sentía una excitación tremenda. Tenía los pies muy doloridos y el cuerpo cansado, pero la mente tenía una actividad muy grande. Sin embargo, en aquel lugar me quedé dormida en seguida, como si estuviera en mi casa.

Han entrado dos peregrinas y se han dirigido en silencio a la cafetera. Después de servirse, se han sentado discretamente a otra mesa. Nadie salvo Benito se ha percatado de su presencia.

—Y cuando estaba dormida —continúa Victoria— sentí que me llamaban. Era el día de San Lorenzo, el diez o el once de agosto, cuando aparecen las estrellas fugaces, y aquél era el lugar ideal para verlas caer porque ni siquiera teníamos que salir afuera, bastaba con abrir la puerta y asomarse. Habíamos quedado en avisarnos y un peregrino se ofreció para poner la alarma de su despertador a las cuatro, pero se olvidó de ponerla, eso lo supe más tarde. Sin embargo, yo me desperté en la noche porque sentí como si me llamaran dándome un toque en el hombro. Entonces abrí los ojos y giré la cabeza. Yo esperaba que fuera ese peregrino, claro, pero me encontré con la sorpresa de que no había nadie, sólo oscuridad, porque allí no había luz eléctrica ni nada, únicamente dejaban una vela encendida. A ver si sé explicar lo que ocurrió porque fue muy intenso y muy breve a la vez, tan intenso que lo estoy reviviendo ahora mismo como si estuviera en aquella ermita. Abrí los ojos esperando encontrar a alguien a mi lado y no había nadie. Entonces me sentí atraída hacia algo, y esa intensidad que tiraba de mí me llevaba hacia una vela que parpadeaba en la

oscuridad. Yo estaba tumbada, y enfrente de mí estaba el altar, un pequeño altar de piedra y una mesita junto a él. No había ornamentos ni nada, la pared desnuda sin más, y la vela era de esas sencillitas como las de las tiendas de los chinos, y una cruz que ni siquiera tenía imagen, una cruz muy simple. Entonces me sentí atraída por esa llama que parpadeaba, esa lucecita en la oscuridad. Y ese parpadeo era como un imán que me atraía totalmente, y la llama me condujo hacia la cruz, esa cruz pequeña que estaba justamente encima de la llama. Y no sé cómo explicarlo, era como si esa cruz estuviera viva, como si me estuviera hablando, me estuviera rogando. Una sensación extraña, y yo no entendía, sólo sentía una inercia que me atraía.

—¿Era una sensación física?

—No lo sé, Simón. Fue como si me llamara, pero sin palabras, y eso era lo extraño, porque se trataba de algo interior, como una atracción que te arrastra, que quiere algo de ti, pero tú no sabes lo que quiere porque no te habla claro, no te está pidiendo nada. Yo no podía separar los ojos de ahí, de esa cruz que, con el parpadeo de la llama, parecía que se estuviera moviendo, como si estuviese viva. Para mí, en ese momento lo que tenía delante no era sólo una cruz de madera, sino algo así como una puerta, una entrada. No se trataba de una imagen ni nada parecido, era algo mucho más interior, más adentro. Yo ni trataba de encontrar sentido. No podía pensar nada en ese instante. Sentía como una ansiedad, porque percibía que se me requería para algo, pero que no me indicaban para qué. Simplemente era como un… no sé cómo nombrarlo.

Benito carraspea.

—¿Seguías tumbada en la cama? —pregunta Marianela.

—Sí, claro. Yo no me levanté en ningún momento.

—Todo sucedió entonces por medio de la mirada —interviene Simón.

—Sí, sólo por medio de la mirada. Cerré un instante los ojos y cuando los abrí me llevé la sorpresa de que la llama, que estaba encendida, se había apagado. Entonces me entró el desconcierto. Los demás seguían durmiendo y me sentí muy sola. El despertador sonó a las seis como todos los días y el peregrino se disculpó por

haberse olvidado de cambiar la hora, nadie se despertó para ver la lluvia de estrellas.

—¿Se lo contaste a los demás? —pregunta Marianela.

—Era difícil, porque ¿cómo contar algo así? Me parecía que no podía hacerlo, aunque notaron mi expresión de desconcierto y me preguntaron qué ocurría. Y ¡qué les podía contar yo! Intenté describir lo ocurrido, pero no resultaba fácil porque no hay palabras, pese a que lo intenté, porque estaba entre personas de fe. Una peregrina me señaló hacia la derecha una especie de tumba de reliquias o algo así, de algún peregrino sería, ya que aquello había sido un hospital de peregrinos y tuvieron cementerio y todo, y me dijo que quizá se trataba del alma de un peregrino que necesitaba que rezara por él. Pero yo sabía que no tenía nada que ver con eso, sentía claramente que no.

—¿Hablaste con el hospitalero?

—Le pregunté si algún peregrino de los que habían dormido en ese albergue le había contado alguna experiencia un poco especial que hubiera vivido. Y él me contestó que nada particular. Me dijo que había personas que llegaban agotadas y que al entrar ahí empezaban a sentirse muy bien, con mucha paz, y que se habían repuesto así del cansancio. Pero no se trataba tampoco de eso. Le comenté entonces lo que me había sucedido. Él me agarró el brazo en un gesto amistoso y me dijo: «Enhorabuena, estas cosas les pasa a las personas sensibles y tú eres una persona sensible, lo noté anoche cuando entrasteis por esa puerta». Lo decía por esa alegría que yo llevaba dentro y que trascendía, pero no supo dar respuesta a mi desconcierto.

Benito coincide con la opinión de aquel hospitalero. Él también piensa que la mujer que habla es sensible. Le gusta cómo cuenta las cosas, la sencillez. Y la risa con que sazona constantemente su relato.

Simón permanece silencioso. Esperaba algo diferente, aunque no sabe exactamente qué. Siempre se siente decepcionado cuando le cuentan algo que no está en consonancia con sus propias creencias, basadas en los estudios.

—Es una historia curiosa. —Marianela está encantada de

poder guardar en un cajón de su memoria otra historia para Arce —. Debiste quedar flipada después de eso.

—Quedé completamente desconcertada, como esperando una orden para dirigirme a donde me quisieran llevar. Y cuando acabé el Camino sentí que mi casa, es decir, la casa de mis padres, ya no era mi lugar. No sabía dónde ir ni qué hacer, pero es como si se hubiera introducido en mí algo que me iba conduciendo. Y acabé en Tardajos, de hospitalera. Ahí estuve siete años.

—Y luego fuiste a parar al monasterio de las Carbajalas, en León.

—Sí, en León. Pero ya basta de mí, ahora contadme vosotros algo.

Se produce un silencio. Simón se dispone a hablar cuando, de pronto, oyen una voz que los sorprende a todos.

—Me gustaría contaros algo.

6

Encina - Itziar

Dos peregrinas están desayunando, sentadas frente a la mesa cerca de la ventana. La que ha hablado es menudita, aunque una mochila grande reposa en el suelo a su lado. Simón sonríe. Hay algo en esa mujer que le hace gracia. Puede que sea la desproporción entre su tamaño y el de la mochila, o la dulzura de su rostro contrastando con la intensidad de su mirada. La otra peregrina está de espalda, el pelo recogido en la capucha de su polar. Es más alta, y cuando se gira y saluda lo hace de forma lejana, como si estuviera metida en pensamientos profundos.

La más menuda se dirige a Marianela, a quien ha reconocido por la descripción que le han dado, y le dice que viene de parte de unos peregrinos que conoció en Frómista y que pasaron por el Albergue de las Grullas tres años atrás.

Simón sigue fascinado con esa mezcla de fuerza y fragilidad que le parece percibir en ese cuerpo menudo.

—¿Cómo es que cargas con esa mochila tan grande?

En vez de responder, la peregrina le pregunta a su vez si es portugués.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Tienes una pizca de acento, muy poco, pero te lo he notado.

—Soy portugués de nacimiento y español de adopción. Puedes llamarme Simón o Simão, respondo a los dos nombres. ¿Tú cómo te llamas?

—Encina. Yo te llamaré Simão, me gusta más.

Encina vuelve a pronunciar el nombre de Simão, despacio, tratando de hacerlo igual que él.

—Me gusta mucho tu nombre, Encina —interviene Marianela —. Yo tengo un amigo que también tiene nombre de árbol, se llama Arce.

—No tiene mucho mérito que me pusieran ese nombre. En mi tierra, Encina es un nombre corriente. Mi amiga se llama Bárbara.

Bárbara sonríe ligeramente y saluda con la cabeza.

—Hoy no se encuentra demasiado bien —explica Encina.

—Me gustaría quedarme unos días descansando en la posada si hay sitio —expresa Bárbara con voz débil.

—Claro que hay sitio, ¿te podemos ayudar en algo? —ofrece Marianela.

—No, gracias. Sólo es cansancio. Tengo la cabeza llena de historias. Necesito reposarla un poco. Por favor, no os ocupéis de mí.

—Tú tenías algo que contarnos, Encina —interviene Victoria, que ha comprendido la necesidad de Bárbara de apartar de su persona el foco de atención—, y estoy deseando escucharte.

—Lo primero, quiero pedir disculpas por haberos robado un poco de café. Salimos esta mañana muy temprano de Frómista y ya sentía necesidad. Pero a cambio, si queréis, aquí tenemos bollos para compartir.

Simón sonríe. Marianela propone juntar las mesas y Benito se apresura a colaborar para retirarse después discretamente a la suya.

—He querido intervenir en vuestra conversación porque el nombre de Puente Fitero tiene un significado especial para mí.

Victoria se interesa.

—¿También te ocurrió allí algo especial?

—A mí no, pero sí a una amiga mía. Yo he venido al Camino para realizar un sueño que ella no pudo cumplir. Se fue antes de tiempo, y pienso que hacer el Camino me ayudará a superar esa pérdida. Os doy estas explicaciones porque me parece que la historia que has contado —señala a Victoria— estaba dirigida a mí.

—Me llamo Victoria. Si te ha aportado algo mi relato, no dudes que te fuera dirigido. Llega un momento en que te das cuenta de que las casualidades no son como las imaginamos y

descubres que tienen un propósito.

—Puede ser, aunque confieso que yo soy bastante descreída, quizá por eso me cueste tanto la pérdida de mi amiga. Imagino que la separación es más fácil cuando eres creyente.

Bárbara apoya los brazos en la mesa y hunde la cabeza en ellos como si la historia no fuera con ella.

—Conocí a esa amiga de la que os hablo en Bilbao, donde mi familia se trasladó por el trabajo de mi padre. Fuimos compañeras de estudio y de aventuras. En la mochila traigo la carta que me escribió poco antes de morir. Si no os importa, os leo un trozo para que veáis cómo coincide en parte con lo de Victoria. Me explica en el primer párrafo que llegó a la ermita de Itero al final de su camino porque sólo había podido coger una semana de vacaciones, que dudó en quedarse porque todavía era temprano y podía caminar un poco más, pero que finalmente se decidió. Os lo voy a leer porque es mejor que os llegue el mensaje directamente de ella.

Encina se mantiene en pie e inicia la lectura con voz emocionada:

> *En seguida me decidí.*
>
> *Aquél era mi sitio de final de camino.*
>
> *Una ermita en medio de la nada, el puente medieval, el río, la frontera con Palencia.*
>
> *Qué bien estuve.*
>
> *Durante todo el Camino arrastré una esterilla por esos senderos, pistas, etc. Unas veces estuve tentada de dejarla en algún albergue, aunque nunca me decidía. Al final resultó que tenía un cometido determinado y fue el servirme de acomodo para echarme la siesta en un prado cercano a la ermita, metida en el saco de dormir porque el viento era fresco, con el rumor del aire acariciando las hojas de los árboles y el cielo y las nubes por todo el horizonte.*
>
> *De lo bien que me sentía no pude, no quise dormirme; temía que si me dormía no iba a empaparme y sentir conscientemente la plenitud de aquel momento. Los hospitaleros italianos, una gozada. Los ayudé a preparar la cena, que*

tomamos a la luz de las velas con un rico vino italiano que se habían traído. También hicimos la ceremonia del lavado de pies. Fue muy gratificante.

Por la noche tampoco me quería dormir. Al lado del altar habían dejado una vela encendida y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, la llamita de la vela iluminaba en penumbra el altar, las paredes de piedra, las ventanas, los contornos de la bóveda.

Me parecía estar en el cielo.

Aquel lugar me producía un profundo bienestar.

Al final me dormí.

A medianoche salí para ir al baño, despacito, abriendo con sigilo la puerta de madera.

Era pesada.

No crujía.

Presintiendo lo que me esperaba, me había abrigado.

En mi tierra estamos acostumbrados a ver el firmamento entre las cimas de los montes, o sea, que sólo vemos un trozo. Pero al asomarme fuera vi que el firmamento allí era enorme. Miles de estrellas, el carro de Santiago, Venus, y detrás de la ermita, como escondida para sorprenderme, la luna preciosa en cuarto creciente.

Y los sonidos de la noche en calma.

Yo también me lo tomé con calma. Me senté apoyada en un árbol agradeciendo al Universo Inteligente el momento que me estaba regalando.

Luego me reí de mí misma porque mi mente racional, ante aquel espectáculo, me había dado la siguiente sensación: aquello me recordaba la visita a un planetario. En vez de que un planetario me recordara la realidad del universo, la realidad del universo me recordaba la virtualidad del planetario. La era cibernética hace estragos.

A las cinco de la mañana me levanté; también los hospitaleros. Mientras me aseaba me prepararon el desayuno, en silencio, con velas. Acabé de preparar la mochila en el banco de madera de afuera y cuando entré no vi a nadie. Supuse que se

habían vuelto a la cama, pero al rato me di cuenta de que estaban en el altar, sentados uno a cada lado, en actitud de meditación.

Fue un desayuno inolvidable.

Sólo me quedé con una pena, y es no haber hecho una meditación con ellos en aquel lugar.

Me acompañaron un rato. Cuando nos despedimos era todavía de noche. Los siete kilómetros hasta el autobús fueron preciosos. Amanecía, no había nadie, sólo los pájaros, que despertaban pletóricos, y el paisaje, que se iba dibujando poco a poco caminando hacia el esplendor.

Encina interrumpe en este punto la lectura.

—Ésta es la parte que os quería leer —comenta con emoción —. ¿No os parece significativo que yo haya llegado a tiempo de oír vuestra conversación sobre Itero?

A Simón le gustaría intervenir, pero todo lo que le pasa por la cabeza le parecen tonterías y lugares comunes, y él desea impresionar a Encina con su inteligencia. Por suerte, Victoria no tiene ese problema y contesta en seguida.

—Tu camino empezó cuando recibiste esa carta. Ése fue el motor que te impulsó a iniciar la marcha.

—Tienes razón —contesta Encina.

—¿Piensas hacer el Camino hasta Santiago? —pregunta Simón.

—Ésa es mi intención. He iniciado el recorrido en Roncesvalles. Yo soy de un pueblo del Bierzo que está en el Camino, y lo más natural es salir desde allí, pero quise hacer el mismo recorrido que mi amiga.

—Imagino que habrás pasado por Puente Fitero.

—Sí, claro, pero el albergue está cerrado, parece que sólo funciona de junio a septiembre. Volveré en esas fechas.

—Lo harás, no te quepa duda. Tú ya perteneces al Camino —le dice Victoria—. Te sientes atrapada, ¿a que sí?

—En realidad pertenezco al Camino desde niña. Nací en Trabadelo, y por la puerta de la casa de mis abuelos pasaban todos los días caminantes hacia Santiago. ¡Cuántas veces mi abuela dio

un tazón de caldo a algún peregrino necesitado! Y hasta cobijo por una noche o dos, porque entonces no había tantos albergues y muy pocos bares. Mi abuelo es un buen conversador, de esos a los que les gusta tanto hablar como escuchar, y disfrutaba con los peregrinos, y mi abuela conoce las plantas y curaba rozaduras…, incluso enderezó algún hueso porque también tiene esa habilidad. Nosotros vivíamos con mis padres más apartados de la ruta, pero mi hermano Nicolás y yo parábamos la mayor parte del tiempo donde mis abuelos.

—Me da mucha envidia eso de los abuelos —dice Marianela —. Yo no conocí los míos. Es una relación que me falta. ¿Cómo es que vivíais tu hermano y tú más con ellos que con tus padres?

—Nicolás y yo somos mellizos, los pequeños de la familia, y mi madre, cuando cumplimos los cuatro años, retomó su profesión de maestra en Villafranca. Mi padre trabajaba entonces en Ponferrada y mi hogar era la casa de los abuelos hasta que nos fuimos a Bilbao.

A Simón le ha llamado la atención que sea oriunda del Bierzo y aprovecha para hablarle de su proyecto de libro sobre el fenómeno de la Tebaida berciana; le pregunta si ella conoce el Valle del Silencio. Ya tiene motivo para acapararla, para atraer su atención.

—Sí, claro, lo conozco. He ido un par de veces a Santiago de Peñalba. Aquel paraje es una maravilla. Y he visitado cuevas de eremitas como la de san Genadio, cerca de Santiago de Peñalba. Gracias a san Genadio llevo yo el nombre de Encina.

Marianela y Victoria se han puesto en pie y recogen los platos. Encina y Simón se unen a la labor.

—Encina, ¿recuerdas el nombre de los peregrinos que te hablaron de este lugar? —Marianela se siente orgullosa de que el Albergue de las Grullas se haya convertido en lugar de referencia entre los caminantes; siempre le pareció un milagro que alguno de ellos se desviara hasta él.

—Sólo recuerdo el nombre del que más habló conmigo. Se llamaba Richard, era belga. Llevaba en su mochila un botiquín de aceites esenciales. Coincidimos en Hontanas. Él y sus amigos se

hospedaban también en el albergue y estuvimos conversando al final de la tarde, pero al día siguiente los perdí de vista porque son todos muy altos y caminaban a grandes zancadas. Por suerte ayer volví a encontrarme con ellos en Frómista. Se habían parado para hacer turismo, estaban entusiasmados con la iglesia románica. Uno de los tres, no recuerdo su nombre, llevaba una libreta en la que iba dibujando lo que le llamaba la atención, especialmente gárgolas y capiteles de las iglesias, aunque también algunos paisajes. Me contó que tres años atrás había completado otro cuaderno y que este año procuraban parar en sitios diferentes para tomar distintos apuntes.

—Ya sé a quienes te refieres. El de los dibujos se llama Yves. En aquella ocasión, pasaron aquí tres noches. Iban en bicicleta y les habían hablado de la Sinagoga, Yves la estuvo dibujando, y en el libro del albergue dejó un boceto de la fachada de esta casa, luego os lo enseño. Les hizo mucha ilusión que yo hablara bien el francés, conversamos mucho. El tercero era más silencioso, no recuerdo su nombre.

—Sigue siendo muy silencioso, se llama Jacques, y debe a su nombre la afición al Camino. Les caíste muy bien a los tres, y les habría gustado verte, pero no podían hacer el desvío porque iban con prisa, ya que querían llegar hasta Santiago y pensaban quedarse unos días en León. Me han dicho que tienen intención de volver otro año y que se acercarán a visitarte.

Encina sigue explicando que Richard las ayudó cuando supo que Bárbara estaba desfallecida. Les ofreció un frasquito de esencia de lavanda para que pusiera unas gotas en su almohada y se quedó junto a ellas hasta que Bárbara se durmió.

—Fue entonces cuando me habló de este lugar. Se había dado cuenta de que Bárbara necesitaba un reposo largo y me indicó que aquí podría quedarse unos días, que esta posada sería un buen lugar para reponerse.

Marianela echa una ojeada a Bárbara, que, efectivamente, no tiene buen aspecto y permanece ajena al relato. Se dirige a ella:

—Te vendrá bien descansar —le dice—. En la posada puedes quedarte los días que necesites, te haré un buen precio.

—¿Tú también piensas quedarte? —pregunta Victoria a Encina.

—No, yo no. Hemos salido juntas, pero nuestros caminos son independientes. Yo estoy encantada de haberla acompañado hasta aquí, pero siento que debo seguir. Creo que lo que me esperaba en este lugar ya lo he recibido.

—A mí también me apetece seguir. Estoy pensando en ponerme en marcha hoy mismo, Marianela.

Ésta sonríe. Simón ya tiene acompañante y no la necesita, pero ella insiste en un próximo encuentro. Le ha sabido a poco la parada de Simón.

—Podríamos reunirnos en León, por ejemplo.

Simón parece contento.

—¿Me esperas, Encina? Voy un momento a recoger mis cosas.

—Sí, claro, te espero. Mientras tanto ayudaré a Bárbara a instalarse.

Simón titubea y al fin se decide a opinar:

—Yo creo que llevas demasiado peso en la mochila.

No quiere entrometerse, pero se da cuenta de que lo hace, y recibe la respuesta que merece:

—De eso me ocupo yo, ¿vale? Cada cual con lo suyo.

Marianela se seca las manos en un delantal.

—Voy a buscar el libro del albergue donde Yves dibujó la fachada de esta casa.

Encina, Victoria y Bárbara se disponen a esperar. Benito las observa, sobre todo a esta última, a quien encuentra extraña, metida en su capucha como un caracol en su concha.

—¿Te animarías a volver al Camino? —pregunta Encina a Victoria.

—No. Esta vez he venido a pasar el fin de semana con Marianela. Tengo decisiones que tomar, siento de nuevo un cambio dentro de mí.

—Debe de ser una gran ayuda sentir esa fuerza que contabas que te empuja a un lado u otro.

—En algunas ocasiones lo es, pero en otras te desconcierta. Y te voy a dar un consejo: cuando te sientas desfallecer, busca el

cobijo de los árboles, abrázate a ellos. Las plantas son unas compañeras de vida formidables, pero nos cuesta esa conexión que está siempre esperando a ser descubierta.

—De eso tengo yo experiencia —interviene Bárbara, como despertando de un letargo—. Unas veces siento que las plantas me pueden ayudar y otras que me necesitan.

—Pues te contaré otra historia que me ocurrió en el Camino. Trata de un árbol que me pidió ayuda.

Marianela ha regresado con el libro.

—¿Qué estás contando, Victoria?

—Hablaba de un árbol que me llamó. Yo me había salido del Camino. Era mi última etapa, ya estaba cerca del Monte del Gozo y me resistía a acabar. Sabía que el Camino se terminaba y no quería aceptarlo. Iba despacio, como arrastrando los pasos o intentando alargar, y en eso me dio la sensación de que unos helechos me llamaban y tuve ganas de apartarme un poco del camino y vagabundear un rato. En Galicia, además, yo me sentía como un duendecillo de esos de los cuentos de hadas. Parece que hay esa magia.

—Aquí, en el albergue, muchos peregrinos relatan su experiencia de intercambio con las plantas.

—Sin embargo —interviene Victoria—, te das cuenta de que cada peregrino lo vive a su manera. Yo conocí a algunos que pasan por esos lugares mágicos corriendo y midiendo los kilómetros que hacen por hora, y que ni paran a respirar. Los hay que pasan por el Camino sin enterarse de nada, pero generalmente lo vuelven a hacer otra vez, y otra, hasta que llega un momento en que se paran. Me lo contaron algunos que pasaron por el albergue de Tardajos y me dijeron que en cierto momento tomaban conciencia de la naturaleza que los rodeaba y que no habían sentido hasta entonces. Cada persona es distinta y cada uno tiene su momento.

—Cuéntanos lo que te ocurrió.

—Aquel día, yo quise salirme del camino y estaba contemplando los helechos y esos árboles tan grandes, los autóctonos, no los eucaliptos que están trasplantados, y de pronto fue como si sintiera el acecho de un animal que te hace girar la

cabeza, y al hacerlo vi el tronco de un árbol. Sin embargo, en realidad lo que me quedé contemplando era un rostro, un rostro como de agonía, como si se estuviera muriendo, como apagándose. Y no se trataba de un rostro humano: era un árbol. Pero se estaba comunicando conmigo, parecía que me dijera: «Mírame que me estoy muriendo. Haz algo por mí, apiádate». Entonces me sentí impotente, no sé cómo deciros, ¿qué podía hacer yo? Y los ojos se me fueron hacia arriba, hacia la copa del árbol, hacia las ramas altas, y vi que las tenía secas, salvo una que tenía hojas. Ese poquito de vida que tenía el árbol era lo que me llamaba. En ese instante no lo entendí porque esa experiencia, esa sensación no me había pasado nunca. Descubrí que tenía frente a mí a un ser vivo que, de alguna forma, me estaba pidiendo ayuda.

—¿Pudiste hacer algo? —pregunta Bárbara.

—No. ¿Qué podía hacer yo? Me llegaban cosas que antes ni percibía, pero luego no sabía qué hacer con ello.

—En el caso de tu experiencia de Puente Fitero —interviene Encina—, fuiste recibiendo señales a lo largo del tiempo sobre lo que debías hacer, ¿no es cierto?

—Sí, y sigo sintiendo esa fuerza que me conduce; y quizá, más adelante, también sepa cuál debería ser mi actitud hacia los árboles. Tengo la sensación de que el tiempo o la persona que actúa no son importantes, lo que realmente importa es abrir camino para que las cosas sucedan.

—Me gustaría que vinieras con nosotros, me encanta oírte hablar.

—A mí ya me oíste, Encina, vas a escuchar muchas historias por el camino. Mi encuentro con Marianela forma parte de ese camino que sigue presente incluso cuando has dejado de andar.

—Me ha interesado mucho lo que has contado —interviene Bárbara—. Creo que yo podría ayudarte con el tema de los árboles porque también siento su vida, casi como si la mía perteneciera al mundo vegetal.

Victoria se siente entendida, y, como siempre, ríe.

—Me alegro de estar entre colegas —le contesta—, porque yo, a veces, me considero un bicho raro, como un poco diferente, pero

luego me encuentro a alguien como tú y me digo: «¡Vaya! Ésta es de mi club» —risas—, y lo agradezco porque ya no me siento fuera de lugar.

Simón regresa con la mochila a la espalda y el bordón en la mano.

Marianela muestra los dibujos de Yves.

—Me gustaría retirarme. —Bárbara vuelve a estar desfalleciente y Marianela la observa con preocupación.

—Sí, claro. Te acompaño donde Isabel, ella te enseñará una habitación que esté preparada. Esperadme un momento —propone dirigiéndose a los demás—, vuelvo en seguida porque me gustará acompañaros hasta la salida del pueblo.

Victoria se sienta.

—Me da la impresión —comenta Encina— de que, en el Camino, el ritmo y el tiempo se vuelven muy importantes. Cada uno debe llevar un ritmo interior diferente.

—Yo camino despacio —le contesta Victoria.

—Eso debió influir en tu percepción de sensaciones.

—No es que yo lo hiciera a propósito, es que tuve problemas con los pies, con las ampollas, las rozaduras y todo eso. Pero por dentro me sentía bien, me sentía viva, con una fuerza increíble, ¡con un empuje! Me decían que tenía una fuerza de voluntad capaz de mover montañas. Eso lo decían algunos, otros puede que me vieran débil por el problema de las llagas, que me obligaba a caminar más lentamente, aunque eso hacía que me fijara más en el entorno, y luego estaba esa puerta abierta dentro de mí, abierta hacia todo, hacia todos. Y sentía que eso mismo les ocurría a otros peregrinos. Había uno, Carlos, que venía cantando por el camino, cantando de todo, desde Elvis Presley, por ejemplo, o cualquier otro tipo de canción, de todo. Carlos fue para mí un peregrino de gran ayuda.

—¿Era una persona religiosa?

—Era más bien budista. Y un buscador muy respetuoso con las búsquedas de los demás. Él siempre iba por libre, y ayudando a unos y a otros, no sólo a mí, sino a todo el que pudiera necesitarlo. Se acercaba, por ejemplo, y te cantaba. Si encontraba una fuente,

llenaba la botella y volvía hacia atrás para llevar agua a algún desfallecido. O venía a decirte: «¡Venga, ánimo que ya estamos llegando, que ya está el pueblo ahí!», y volvía sobre sus pasos para decirte eso, algo insólito en el Camino, porque, por regla general, la gente va midiendo el esfuerzo y reservando fuerzas para llegar a donde se ha propuesto. Un error, ya ves tú, porque si no midieran tanto puede que llegaran más lejos, no en kilómetros, pero sí en el camino interior.

Marianela regresa preparada para salir.

—¿Quieres acompañarnos, Victoria?

—No, gracias. Yo te espero aquí, me apetece hablar un poco con Benito.

7

Encina

Marianela nos acompaña a Simão y a mí hasta la salida del pueblo para dejarnos encaminados hacia Carrión de los Condes. Sentimos separarnos de ella, algo profundo se ha establecido entre nosotros en este encuentro tan breve. Victoria e Itziar nos han introducido en un camino que no es una senda cualquiera, sino una ruta especial en la que puedes encontrarte con lo desconocido.

Itziar, yo había leído tu carta muchas veces, pero hasta hoy no la había descubierto en toda su dimensión, y ha sido bonito compartir la experiencia con otros peregrinos. Seguro que te ha gustado, incluso puede que hayas organizado tú el encuentro, porque también es casualidad que llegue yo a ese albergue justo cuando están hablando de Itero, un lugar que para ti había resultado mágico igual que para Victoria, aunque de distinta manera. Ha sido como una señal de que tú estabas presente en mi camino. Parece que quieras indicarme que abandone mi actitud descreída y que me abra a lo insólito.

Marianela no se ha decidido a venir con nosotros, y la entiendo. No es que no tenga tiempo por lo del albergue, la temporada es baja, y más en Amusco, que no pertenece al camino balizado, y además están Mercedes y su hija para ocuparse, pero para tomar una decisión así, de sopetón, dejando todo lo demás, hay que estar muy motivado. Yo tardé en decidirme y en buscar unas botas adecuadas, porque me habías insistido en la conveniencia de ir bien calzada, aunque como no me aconsejaste sobre la mochila no le di importancia y cogí ésta de Luis, que llama tanto la atención por su antigüedad y su peso.

Simão se retrasa charlando con Marianela y se detiene para atar los cordones de sus botas, como si le costara arrancar.

—No es eso —me dice cuando finalmente me da alcance—, es que Marianela me ha indicado que llevaba los cordones flojos. Me ha recordado a mi madre cuando, de niño, me iba de excursión con los amigos y ella salía a despedirme a la puerta de casa. Siempre encontraba un motivo para retenerme, y yo me impacientaba y estaba deseando correr hacia mis compañeros para que no presenciaran sus mimos y su temor a verme desaparecer como si me fuera a la guerra.

Le pregunto si piensa que Marianela se queda triste de verle marchar, y me contesta que seguramente no, que más bien son sensaciones suyas, quizá motivadas por el pesar de no haberle anunciado su llegada con anticipación, y por una historia que le narró un pastor antes de llegar a Amusco, y que no me explica.

—Creo que Marianela está muy sola —acaba diciendo—. Aunque es una impresión mía, no me hagas caso.

Nos concentramos en nuestros pasos. La soledad de Marianela, mi soledad, la soledad de Simão acaban de cruzarse en el Camino, ¿qué saldrá de ello? La soledad de Victoria, la soledad de Benito, la soledad de Bárbara... Ayer estábamos todos juntos en el albergue. Hoy cada uno buscamos nuestro camino. ¿Cuánto tiempo seguiré en compañía de Simão? Tengo la impresión de que para venir conmigo no ha esperado a Marianela, y que eso le anda removiendo la conciencia, pero yo voy por libre, y creo que lo dejé suficientemente claro ayer. Sin embargo, hay algo en él que me conmueve, que me inspira cariño, como una especie de bondad y de inseguridad.

—¿Vas bien? —le pregunto.

—Hum...

Le pido que me cuente por dónde andan sus pensamientos para conocerle mejor. Me gusta cómo se explica, y la cadencia de sus frases con ritmo portugués. Me explica que las vivencias del Camino que ha contado Victoria lo han conducido a las suyas de hace años, aunque fueran muy distintas, pero que ha revivido en ellas recuerdos que tenía adormecidos y que han ido emergiendo,

sensaciones que pueden venir de nuestro pasado como pueblo nómada, un instinto que te empuja, que te hace seguir avanzando y disfrutar cada vez más con la marcha a medida que el cuerpo se acomoda al esfuerzo. También me habla del desapego y de estar abierto al futuro, a la magia de los encuentros y a la imaginación. La verdad es que se explica muy bien. Le pregunto si cuando habla de estar abierto a la imaginación se refiere a la experiencia que Victoria vivió en Puente Fitero.

—No exactamente, aunque quizá también. Y luego está la tentación de quemar las naves, de no querer regresar a una forma de vida pasada. Eso ahora suena a ficción, pero en el medievo era así. El peregrino dejaba su casa sin saber si podría volver. Las despedidas en esos casos debían de ser dolorosas y la aventura de echarse al Camino era total.

—Yo no envidio esas sensaciones —le confieso.

—Yo tampoco —añade Simão—. Ese tipo de aventura no me atrae, pero me gusta prescindir de algunas de las comodidades que se ofrecen ahora y que, a veces, me parecen excesivas, como los coches de apoyo o el traslado de mochilas. Eso hace que la gente se apunte al Camino como diversión, sin respetar lo que tiene de sagrado.

—Puede que las comodidades sean excesivas en esta era consumista —le comento—, pero yo prefiero restaurantes y cafeterías a los hospitales y cementerios que eran la principal oferta en la Edad Media, y también unas buenas botas de *trekking* a esos trapos con que envolvían los pies los peregrinos después de haber destrozado las sandalias con que salían. En cuanto a los ritos sagrados, estoy de acuerdo, y pienso que, por ejemplo, el lavado de pies de los hospitaleros de Puente Fitero debía de ser una gozada en aquel tiempo.

—A tu amiga Itziar también le gustó. Por lo que cuenta en su carta se ve que recorría el Camino abierta a percibir las señales y el rastro de lo sagrado con una libertad inteligente y plena. Con esa actitud es una suerte caminar en esta época, porque en tiempos pasados los peregrinos corrían el peligro de verse asaltados por bandidos y por alimañas, y sometidos al pago del portazgo de los

distintos reinos.

—Lo de los salteadores y las alimañas me parece horrible, no sé cómo podían aguantar.

—Aguantaban porque tenían otros valores para sostenerse, otra clase de conexión con la sabiduría, aunque también se veían desfavorecidos por múltiples ignorancias. Las reliquias de los santos eran para ellos talismanes que los protegían del mal, pero eso no impedía que muchos no lograran culminar su viaje ni regresar con vida a sus casas.

El paisaje no me inspira. Estamos rodeados de grandes campos de cereales a ambos lados del camino, pero a Simão le ocurre lo contrario que a mí.

—Este paisaje me recuerda una historia sobre los milagros del Camino y los peregrinos medievales. Había en Francia un pueblo donde el principal cultivo era el heno. Muchos de sus habitantes padecían una extraña enfermedad y se hablaba del poder milagroso del Camino, que los curaba. Y en efecto, así era, pero el milagro consistía en alejarse de su tierra. Padecían, sin saberlo, la fiebre del heno, y a medida que se alejaban de ese cereal iban mejorando, y cuando llegaban a Santiago estaban curados y bendecían al Santo.

—Me pregunto qué les ocurriría al regresar a su tierra.

—Seguramente volverían a enfermar. También puede que murieran antes de regresar o que quedaran enamorados de otras tierras y convencidos del milagro que había obrado en ellos el Santo Apóstol. El peregrinaje entonces no era cosa de unos días o de un mes, era mucho más largo; significaba, en definitiva, un cambio de vida. Ahora a veces también, como en el caso de Victoria, pero en general es algo mucho más liviano, y lo hacen tanto creyentes como agnósticos.

—Algunos se preguntarán qué motivación impulsa a los que, como nosotros, no buscan el perdón del Santo y la expiación de los pecados para meterse en un fregado así. Mis motivos ya los conoces, los conté en el albergue. ¿Cuáles son los tuyos?

—No lo sé exactamente, aunque también me siento llamado a participar del Camino a pesar de que ni siquiera creo que en la

tumba de Compostela estén enterrados los huesos de Santiago.

—Eso no importa, el caso es llegar hasta allí. El Camino es lo importante. Las gentes de mi tierra sostienen que quien está enterrado en esa tumba es Prisciliano, el que fue sacrificado como hereje. Todavía hay quien lo venera como a un santo.

—Quizá no anden desencaminados. Puede ser más defendible que la historia de Santiago decapitado viajando en barca desde Jaffa en Israel a Iria Flavia en Galicia. La *magica translatio* es una leyenda que sirvió para crear una vía de peregrinación hacia un objetivo cristiano en un momento muy oportuno para enfrentar al poder islámico.

Como siempre, los razonamientos de Simão son sociopolíticos. Yo, sin embargo, le hablo de la energía que circula por esta vía de peregrinación, y que yo percibo cada vez con mayor intensidad.

—¿De qué energía hablas? —me pregunta Simão con socarronería.

—¡Ah, eso! —le contesto con el tono de Victoria—. Yo tampoco lo sé.

Nos reímos como habría hecho ella y seguimos caminando en silencio.

8

Encina
Camino interior

¡Ay, Itziar!, ¡en qué lío me metiste al aconsejarme hacer el Camino y tú desaparecer! Si lo hubiéramos hecho juntas habría sido distinto, no habría necesitado preguntarme su sentido. Tan sólo el hecho de volver a vernos, de contarnos nuestras aventuras, de reírnos como antes, me habría bastado. Pero comprendo que no era el momento para esas confidencias y esas risas. Tú estabas viviendo una situación difícil que preferiste no compartir conmigo, necesitabas profundizar, sumergirte en el sentido de la vida sin banalizarlo, antes de abandonar. Demasiados años y experiencias nos separan. Tú te casaste, tuviste dos hijas, te separaste. Yo tuve parejas que no llegaron a cuajar. Intercambiábamos anécdotas en escritos o encuentros rápidos, pero no encontramos el hueco para comunicarnos plenamente. Tú descubriste en el Camino la capacidad de reflexión, de encuentro contigo misma que me explicabas, y supiste intuir, porque yo tampoco me sinceré contigo ni con nadie, que la vida me había dado un rudo golpe del que no lograba reponerme. Sin indagar en mi ánimo, me aconsejaste que hiciera el Camino en solitario. Y aquí estoy, testaruda como siempre, sin querer soltar peso como me aconseja todo el que se cruza conmigo. Simão me lanza de vez en cuando miradas compasivas, pero no voy a dar mi brazo a torcer; necesito decidir las cosas por mí misma, aunque él tenga razón. He pensado, Itziar, que te gustaría Simão…, a veces hasta creo que me lo has enviado tú para que me acompañe un tiempo. A mí también me gusta, pese a que me sobra tanta sensatez. No quiero madurar ni cambiar mi

forma de ser, aunque lo de llevar tanto peso no es una de mis preferencias. Siempre me gustaron las excursiones salvajes, sin planear ni llevar nada encima. Valentín y yo trotábamos monte arriba durante horas y por la noche dormíamos al sereno. No necesitábamos nada, ni tan siquiera bañador, porque nos bañábamos desnudos en los arroyos y nos secábamos en las piedras al sol; comíamos cerezas que nos ofrecían los árboles, y estábamos tan embebidos en el descubrimiento y goce de nuestros cuerpos que no nos ocupábamos por entendernos en otros terrenos. Tú me decías que todo tiene un precio, que incluso la libertad y la insensatez se pagan. Yo no lo veía así. Claro que cuando salimos de ese aturdimiento delicioso, Valentín y yo nos encontramos enfrentados a la realidad en Madrid, en un apartamento de una sola habitación donde nos recogíamos de noche, agotados después de horas de estudio y de trabajo, echándonos la culpa el uno al otro de la insatisfacción de nuestra existencia; él, como macho, más prepotente que yo y más agresivo en sus descalificaciones. No sé por qué se me presenta ahora aquí, sin previo aviso, ¿en qué se habrá convertido aquel muchacho de la coleta? Lo fue todo para mí cuando yo era una chiquilla menudita de trenzas, un capítulo de mi vida en el que apenas me reconozco. La historia terminó antes de convertirse en excesivamente dolorosa por ambas partes, podría decirse que acabó limpiamente, y gracias a ello puedo rescatar esos instantes luminosos que no quedaron enterrados por la basura que vino después.

Un tirante de la mochila se clava en mi hombro y me devuelve al camino. Tengo la impresión de que es una señal tuya para que no me escape por los cerros de Úbeda, para que permanezca en el presente. Me duele la espalda. La dichosa mochila es de lo más inadecuada, no tiene nada que ver con las de otros peregrinos. Debe de ser del año de la catapún, de cuando mi hermano Paco tendría doce o trece años, una antigualla llena de hierros que pesan y molestan. En aquel tiempo, Paco hizo parte del Camino con los de la parroquia, pero Fernando, más parecido a mí, no se apuntó. En cuanto llegue a Trabadelo me desprenderé de todo lo que pueda prescindir y compraré una mochila nueva en

Villafranca, la más ligera que encuentre, y cambiaré la toalla de baño por una de esas bayetitas tan finas que llevan otros peregrinos. Bueno, Itziar, ya estoy en el presente, pero vamos a dejar lo del dolor porque si sigo sufriendo con lo del peso me entran ganas de abandonar, y vuelvo a preguntarme qué hago yo en este camino donde no se me ha perdido nada, porque este rollo peregrino no va tanto conmigo. Fijo la meta de mi viaje en Finisterre, como esos aventureros que buscaban la explicación del mundo en el sol y las estrellas, y me siento mejor.

—¿Hablabas conmigo?

—No —le contesto a Simão—, estaba hablando sola; a veces lo hago, cuando estoy confusa con algo (no le digo que hablaba contigo porque entonces me podría tachar de creyente alucinada).

—¿Puedo ayudarte?

—No lo sé. Cuando estoy incómoda vuelvo a buscar, sin encontrarlo, un sentido a esto del Camino.

—No le des más vueltas, aquí estamos sin más, y no sabemos qué va a ocurrir en la próxima etapa. Ésa es la magia del Camino. Ya sé que en la vida cotidiana ocurre lo mismo, pero todo es más previsible porque nos movemos de forma rutinaria. En el Camino te desbancas del carril habitual. Ése puede ser el motivo de que aparezcan lo que llamamos milagros.

Me divierte caminar al lado de Simão, al que acabo de conocer, y hablar con él de la vida y los milagros como si fuera lo más natural. Sobre los milagros yo también he ido elaborando mis teorías y se las cuento. Vuelvo a la historia de Victoria. El primer razonamiento que me viene a la mente sobre lo que le ocurrió en Itero es que ella salió al Camino buscando remedio a una insatisfacción. En casa de sus padres ella estaba a disgusto por los motivos que fuera, pero no se atrevía a dar el paso de salir de allí, no se sentía preparada. La idea del Camino le ofreció esa posibilidad y se agarró a ella. Venció el temor y salió sola porque no encontró a nadie que la acompañara. El hecho de salir sola ayudó muchísimo a su emancipación.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque no sé si el planteamiento inicial es el correcto —interviene Simón—. Pero el hecho de salir

sola es fundamental, porque eso la obligó a abandonar la imagen que los demás tenían de ella. A partir del momento en que inició sola el Camino, ella misma ha ido elaborando paso a paso su nueva forma.

—Y siente una alegría inmensa, generada probablemente por esa energía que dan la marcha a pie y los encuentros fortuitos.

—Ya tenemos a la nueva Victoria situada en el Camino, con una alegría desbordante a pesar de las dificultades y el cansancio que, sin duda, tuvo que superar.

Nos quitamos la palabra de la boca, creando entre los dos esa teoría que elaboramos de forma conjunta.

—Y en Itero de la Vega descubre una puerta abierta y siente esa fuerza que la empuja, ¿qué pudo ocurrir?

—Yo creo —contesta Simão— que la mente, liberada de antiguas ataduras, se adentró por unos segundos en un terreno de libertad absoluta. Pienso que es muy acertada la imagen con que ella describe esa sensación de puerta abierta. La nueva Victoria percibe por un instante el sentido de la vida, ese que permanece oculto para la mayoría de los seres humanos. Y, claro, no puede contarlo porque esa experiencia no pertenece al vocabulario de lo conocido y, por tanto, no es compartible.

Por el tono que emplea Simão, me parece que me he convertido para él en audiencia o alumnado... ¿Comprendes lo que te decía, Itziar, cuando te hablaba de la sensatez? Es ese tono doctoral que emplea a veces, y si no es doctoral es el tono de los que saben mucho.

Vuelvo a tomar la palabra para centrarme en lo concreto.

—Lo que quiero decir es que ya no puede regresar a su vida anterior, y el Camino le ofrece una nueva posibilidad de mantenerse en él como hospitalera. Hasta que al cabo de siete años esa nueva personalidad adquirida ya ha dado de sí toda su potencia y ella vuelve a sentir la necesidad de un cambio, y convoca esa fuerza que conoció...

Simão coloca su mano en mi hombro. Caminamos un rato en silencio. Me siento incómoda. Es esa sensación, ¿recuerdas, Itziar?, de que no me gusta que me sujeten de una forma u otra. A ti te

ocurría lo mismo, y sin embargo Nerea, Elisa, Edurne y otras se solían colgar del brazo del que tuvieran más cerca. Me libero de la mano de Simão con un pequeño gesto que a él no parece importarle y retoma la palabra, gesticulando con la mano recién liberada.

—El relato de Victoria nos ha llegado a cada uno de forma diferente. A mí, por ejemplo, no me impresionó lo de la cruz, sino lo que explicó el día anterior.

Me detengo para ajustarme mejor la mochila.

—¿Qué contó el día anterior?

—Habló de la Sustancia Divina Infinita con una naturalidad que me impresionó. No parecía algo aprendido, sino vivido.

—¿Y qué es esa sustancia?

—Así nombra mi amigo Spinoza a la sustancia de la vida.

—¿Te refieres al filósofo?

—Sí, lo llevo en la mochila.

—¿Llevas la *Ética* de Spinoza en la mochila?

—¿La has leído?

—No, ¡qué va!, pero sé que la ha escrito.

—La *Ética* no es para llevarla en la mochila. Es una especie de monumento marmóreo. Hay que estar sentado y bien concentrado para no perderse en las tesis y los escolios. No se puede leer la *Ética* de cualquier forma, es un trabajo que requiere mucha atención, hay que ir colocando todas las piezas. Admito, sin embargo, que tienes razón, y que la he incorporado a mi libro electrónico, porque si uno quiere ir acompañado de Spinoza no puede prescindir totalmente de ella; de hecho, es lo que estoy leyendo estos días. Pero en realidad mi *Ética* es la que he dejado en casa, anotada, subrayada y manoseada.

—¿Llevas algo más de Spinoza?

—Llevo también el *Tratado teológico-político*. Es más fácil de leer. En él, Spinoza intenta colocar en su momento histórico a los profetas y los milagros, y los desmonta como realidad. Él considera que se trata de ilusiones proyectadas por esa necesidad humana de encontrar sentido a todo.

—Pero ésa no es la teoría de Victoria.

—Cuando hablaba de la sustancia divina, en la que Dios se manifiesta en todo ser viviente, y que implica que todos y todo formamos parte de lo mismo, sí coincidía con Spinoza, pero luego se alejó al buscar un sentido, una dirección, un «para». Hemos venido, estamos aquí para algo. En Spinoza no existe un «para».

—Tú lo que estás buscando es lo que sentían esos monjes eremitas que vienes a estudiar.

Simão sonríe.

—Tienes razón.

Volvemos a caminar un trecho largo en silencio. Pienso que Simão podría ser un buen profesor de filosofía, de esos que nos gustaban a nosotras, Itziar, que hablan con pasión y transmiten entusiasmo, como don Senén.

Detengo la marcha porque me duelen los hombros. ¿Quiere eso decir que me devuelves al presente? Simão me ayuda a equilibrar el peso sin mencionar el exceso de equipaje que cargo. Se lo agradezco y vuelvo centrar mi pensamiento en el Camino.

—Tengo otra versión de por qué estamos tú y yo peregrinando —le digo.

—¿Estás segura de querer encontrar ese sentido?

—Se me ha ocurrido que nos ha influido haber nacido y vivido dentro del Camino, tú en Coímbra y yo en Trabadelo.

—En mi caso, sin duda —me dice Simão—. Yo envidiaba a esas gentes que pasaban por delante de mi casa con la mirada perdida en pensamientos interiores. Eran diferentes a nosotros, a los sedentarios. Vivían caminando, y eso para mí tenía un atractivo.

—Lo mismo decía Nico, aunque para mí no lo tenía. Yo sólo empecé a interesarme en la vida peregrina cuando mi amiga Itziar se lanzó a la aventura en solitario y me hablaba de esa energía, me animaba a que yo hiciera lo mismo.

—¿Nunca habías sentido cierta curiosidad por ese fenómeno que se manifestaba a diario frente a tu casa? ¿No viviste un encuentro ni escuchaste algún relato que despertara tu interés?

—Pocas veces, pero recuerdo uno con claridad. Fue cuando conocí a aquella monja Egeria.

Simão alza las cejas y me mira con perplejidad.

—¿Qué quieres decir con «monja Egeria»?

—No se llamaba así ni era monja, pero me recordó a ella.

—Egeria, la verdadera monja Egeria, es para mí un personaje fascinante.

—La peregrina a la que puse ese nombre pasó por casa de mis abuelos.

Le cuento la historia que te conté a ti hace tiempo, cuando me insistías en que te hablara de ese camino que pasa por mi pueblo.

—La encontré un día al regresar yo del colegio, sentada en el escaño junto al hogar, leyendo. No me sorprendió verla porque a mis abuelos les gustaba atender a peregrinos necesitados. Pero ocurrió una conexión extraña. Cuando entré, la mujer levantó la mirada hacia mí y sonrió, sólo eso. Tenía una mirada azul, penetrante y serena. Venía de lejos, de un país del norte de Europa, no recuerdo cuál. El abuelo me explicó más tarde que esa mirada era común a los que llevan mucho Camino andado. Se les nota en todo, me decía, en la forma de caminar, en la piel curtida, en la calma. Pero sobre todo en la mirada. Y también en la voz, pensé yo, porque la voz de esa peregrina parecía nacer del silencio. La oí hablar en su lengua con mi abuela, que le contestaba en gallego. Me pareció una voz misteriosa y dulce. Me sorprendió que la abuela se entendiera con ella, yo sólo adiviné que hablaban de la hierba de San Juan y del espino blanco porque lo tenían en las manos. Mi abuela dice que cuando escucha con el corazón comprende todas las lenguas. Son cosas de ella.

—Tu abuela es sabia.

Me río pensando en qué diría la abuela si oyera eso y sigo mi relato:

—La peregrina no quiso cenar, se acostó muy temprano y la oí salir de madrugada. No me asomé a la ventana, me arrebujé entre las mantas pesadas de mi cama. Es lo que siempre hacía al oír los golpes de bordón de algún peregrino en la noche o la madrugada. No los envidiaba, valoraba mi colchón de lana y el calorcito de las mantas. Pero el rumor callado de los pasos de aquella peregrina removió algo en mi interior. Al día siguiente, el

abuelo habló durante el desayuno de la monja Egeria, y deseé ser valiente y aventurera como Egeria, que en mi imaginación quedó grabada como la peregrina que pasó la noche en casa, y que sin duda había hecho evocar al abuelo el recuerdo de aquella monja.

Ese relato te impresionó cuando te lo conté entonces, Itziar, lo recuerdo bien, y creo que fue el germen de tu deseo de hacer el Camino.

Me gusta cómo escucha Simão, sin interrumpir. No estoy acostumbrada, y me encanta. Sólo después de un respetuoso silencio interviene.

—La monja Egeria pertenecía al grupo de Prisciliano.

—Sí, me dijo el abuelo que estaba incluso familiarmente relacionada con él. No recuerdo qué parentesco tenían.

—¿Cómo no te animaste a emprender el Camino con tu amiga Itziar?

—Nunca me lo propuso, me animaba a que lo hiciera sola, alegaba que era la mejor experiencia. Ella tenía que ajustarse a tramos de una semana, lo que le permitía el trabajo, pero lo vivió con gran emoción. Yo, sin embargo, gracias o por culpa del paro puedo hacerlo de un tirón.

—No sabía que estuvieras en paro, ni tampoco sé a qué te has dedicado. En realidad, no sé nada de ti.

—Ya te iré contando.

—¿Tu amiga Bárbara lo hace por el mismo motivo que tú?

—No, ella no está en paro, o está en paro permanente, no sé cómo nombrarlo. Acabamos de reencontrarnos después de años sin vernos. Recuerdo que estudió algo de agricultura y jardinería en unas granjas de Hospital de Órbigo. Pero ahora sobre todo se dedica a escribir y a otras formas de arte, aunque no profesionalmente. Recibe una pensión..., bueno, ya te lo contará ella si algún día os encontráis y quiere contarlo. Cuando supo que me preparaba para hacer el Camino quiso hacerlo conmigo. Eso suponía un cambio en mis planes, pues yo me había propuesto ir sola, como Egeria, como Itziar. Al final me decidí a iniciarlo con ella, pero con la intención por parte de ambas de no depender la una de la otra. Ella es muy especial, y yo no quiero condicionar mi

Camino al suyo.

—Ahora ya estáis independientes la una de la otra, ¿no?

—Eso creo, veremos.

—¿Y tu hermano Nicolás? Es tu hermano mellizo, ¿no? Me dijiste que a él le atraía el Camino, pero no has mencionado que lo recorriera.

—Ahora vive en Alemania, y lo hizo en bicicleta con amigos, una experiencia completamente diferente. Lo hicieron en un tiempo récord, como una hazaña deportiva. Lo que son las cosas, ahora soy yo más peregrina que él.

Se nos acerca un perro moviendo el rabo.

—No parece un perro de caza —dice Simão dándoselas de entendido—. Y es cierto, parece un perro callejero en busca de compañía.

Nos estamos acercando al Canal de Castilla y admiramos un grupo de álamos amarillos. ¡Por fin árboles! Ya los estaba necesitando. Estos campos labrados, sin hojas ni ramas moviéndose al viento, deben de tener su grandeza, pero a mí no me alcanza. Yo estoy acostumbrada a mis bosques y los echo de menos.

Llegamos al canal y nos acodamos a un puentecillo de piedra para contemplar el agua correr y escuchar su rumor y el canto de los pájaros. Tan absortos nos quedamos que no nos damos cuenta de que el perro ha desaparecido. Lo descubro de pronto a lo lejos, corriendo por el camino de sirga hacia un grupo de personas que caminan más adelante.

Cruzamos el canal y nos encontramos de nuevo con los campos labrados.

—¡Qué maravilla! ¿Verdad?

Simão parece entusiasmado, lo miro con incredulidad.

—¿A qué te refieres?

—Al paisaje, a esta extensión de campos sin fin, a la comba de cielo que se percibe desde aquí.

—Pero ni un solo árbol.

—Sí que hay árboles. Pocos, lo admito, pero cuando aparecen acaparan toda la atención.

No es la clase de naturaleza que a mí me gusta, pero Simão

sigue expresando su entusiasmo.

—Es un paisaje sublime, un paisaje que no permite evasiones ni distracciones. El encuentro con uno mismo es obligado.

Cada uno seguimos afrontando las experiencias de forma diferente, uniendo lo que recibimos a nuestra trayectoria anterior. Vaya donde vaya, me encuentre donde me encuentre, dentro de mí permanecen mis montes, mis fuentes, mi valle, mis ríos, mis montañas. Somos inseparables. Para mí eso es el paisaje, lo demás es otra cosa. La sobriedad de estos campos, comparada con la belleza del otoño en mi valle del Bierzo, me sobrecoge.

Tenías razón, Itziar, más que afirmarme tozudamente en lo mío debería aprender a abrirme a la maravilla que percibe el otro. ¿Sabes que te estoy escuchando más que nunca? Porque esto me lo dijiste en más de una ocasión y yo te oía como quien oye llover.

—Tu camino es especial —Simão interrumpe mis pensamientos—, porque no dejas tu tierra para enfrentarte a nuevos horizontes. En mitad del Camino vas a introducirte de nuevo en tu ambiente para luego volver a salir. Yo quiero hacer algún día lo contrario, llegar hasta Santiago y desde allí seguir el Camino de vuelta hasta Coímbra.

La observación de Simão remueve mi interior. Es un tema que me preocupa porque a la vez lo espero y lo temo. El problema es no saber para qué me has lanzado al Camino, Itziar. ¿Querías liberarme de algo, o forzarme a aprender de los otros, o de mí misma obligándome a la introspección? En cualquier caso, soy yo quien tiene que decidir. Cerca de mi pueblo podría desviarme por un atajo del monte y pasar desapercibida, aunque esto es casi imposible porque allí hasta los árboles tienen ojos y van con el cuento a la familia. A mi madre no le importaría, pero mi abuela podría tener un disgusto del carajo. Pasar al lado del pueblo en época de la recogida de castañas y no pararme a apañar las castañas con ella y las otras mujeres, como he venido haciendo desde hace dos años, supondría para ella casi una ofensa, y le costaría perdonarme a pesar de ese amor incondicional que me tiene y que no quiero perder.

Simão parece estar esperando algún comentario por mi parte,

o quizá es sólo una impresión mía, pero le hago partícipe de mis dudas.

—Tienes razón —le digo—, es un retorno a mi familia, a mi tierra, a los valores de mi pueblo. Creo que no voy a conseguir las alas de Victoria.

—No lo puedes saber. No tenemos ni idea de lo que nos espera ni dónde están las alas.

Estamos llegando a un pueblo.

—Es San Cebrián de Campos —me informa Simão—. Después cruzaremos Villoldo y más adelante está Carrión de los Condes, donde te propongo hacer parada y fonda. Hay varios sitios para comer y dormir. Si te parece, nos acercamos primero al albergue de Santa María, me han dicho que está muy bien. Lo gestionan monjas agustinas. ¿Llevas la credencial?

La llevamos los dos, es necesaria para poder aprovechar los albergues de peregrinos. Me parece bien la propuesta de Simão, estoy deseando abandonar este desvío y encontrarme de nuevo en el Camino, conocer a otros peregrinos, intercambiar experiencias. Después de la parada en Amusco, creo que ya no encontraré a los compañeros que dejé en Frómista. Pienso en Bárbara y en qué será de ella. No quiero sentirme responsable. Me encuentro mejor avanzando sola, tratando de abrirme a la amistad, aunque sin ningún tipo de dependencia. Creo que para ella también es mejor así.

9

Carrión de los Condes
Vera - Joaquín

Carrión es un pueblo activo. Después del silencio del camino sorprende tanta animación, causada principalmente por la afluencia de peregrinos de paso. Simón y Encina se acercan a la iglesia de Santa María para reservar un sitio en el albergue parroquial.

Al pasar frente al pórtico románico de la iglesia, se detienen a contemplarlo.

—He leído que estas figuras representan el Tributo de las cien doncellas —comenta Encina—. Me subleva que en todas partes esté representada esa humillación de la mujer utilizada como objeto o moneda de cambio.

—Son cuentos. Además, las figuras están deformadas por la mala calidad de la piedra y son difíciles de reconocer. La referencia al Tributo de las cien doncellas entregadas a los moros es una posibilidad, pero tiene otras interpretaciones.

—No me importa si la leyenda responde a una verdad o no. Los cuentos y leyendas alimentan el subconsciente humano, y esa utilización de la mujer está presente en demasiadas historias. *Las mil y una noches* son un ejemplo de lo mismo, y la literatura universal se alimenta de esos cuentos y se inspira en ellos.

—Bueno, en el caso de *Las mil y una noches*, la astucia de la mujer vence al tirano loco.

—Después de haber matado a cientos de mujeres que no tuvieron esa «astucia», como tú lo llamas.

Encina parece enfadada. A Simón le sorprende esta faceta que

descubre en su nueva amiga. Se aleja prudentemente de ella entreteniéndose en la contemplación de la belleza de las tallas y del conjunto. Después dan la vuelta al edificio y entran en el albergue distraídos, cada uno pensando en lo suyo. Simón se detiene a leer instrucciones y mirar fotografías prendidas en la pared. Una monja sonriente atiende a Encina, que entrega su credencial para que la selle y pide a Simón la suya para lo mismo. Los dos abonan el donativo, y la monja les enseña las habitaciones y un patio soleado con un gran nogal en el centro. Han llegado a tiempo de elegir litera. Dentro de un rato, dice la monja, el albergue se llenará. Les habla de un encuentro musical que se celebra por la tarde y de una cena comunitaria por si quieren participar. Sueltan las mochilas en las literas y se asoman al patio. Ven a una mujer colgando ropa en un tendedero y a unos peregrinos sentados al sol frente a unas mesas distribuidas por el jardín. Parecen estar escribiendo postales o diarios. Ellos también aprovechan para hacer la colada y tenderla al sol. Luego eligen una mesa larga donde ya está instalada una pareja que les sonríe. Nada más saludar, Encina detecta el origen portugués de la mujer. Simón sospecha que Encina ha tenido relación con Portugal en algún momento de su vida. Sabe muy poco de ella, y es natural porque en realidad sólo llevan un día conociéndose.

—No soy portuguesa —le aclara la peregrina—, soy brasileña.

—Hay muchos brasileños haciendo el Camino. Sobre todo, me han dicho, desde que se publicó el libro de Paolo Coelho sobre el Camino de Santiago.

La peregrina sonríe a Encina.

—No sé nada de ese libro, yo no estoy aquí por ese motivo. Llegué a España huyendo de una situación muy peligrosa en mi país, donde yo estaba amenazada de *morte*. Ha sido Joaquín, que es español —añade señalando a su compañero— quien me ha hablado del Camino.

Simón y Encina saludan a Joaquín y se presentan. La brasileña les dice que se llama Vera.

—¿De qué parte de Brasil eres? —pregunta Simón, que ha estado en el país.

—Nací en Minas Gerais, al noreste, pero a los pocos años migramos para São Paulo, a un barrio de la región de Sapopenda, en la segunda periferia de la ciudad, y en el que hay treinta y dos favelas.

—Comprendo lo que decías del peligro. Por lo que he oído, es una zona muy conflictiva.

—Se sabe que es conflictiva, aunque no se conoce lo que allí ocurre. Yo fui rescatada por Amnistía Internacional por las amenazas que había recibido. Pero pienso regresar al país, a otra zona donde yo no corra tanto peligro, para ayudar a todas esas gentes, a todas esas mujeres que viven en las favelas, que se encuentran en las cárceles, que trabajan en el mercado informal, las mujeres campesinas e indígenas.

—¿Por qué estabas amenazada de muerte? —Encina pregunta con la misma intensidad que si perteneciera a esa categoría de mujeres oprimidas—. Perdona que te pregunte, y no me contestes si no quieres o no puedes.

—Yo quiero hablar de todo porque quiero que se conozca lo que allí ocurre, y también puedo hablarte de mi situación personal y de la lucha en mi barrio.

—Me interesa mucho.

—Vengo de una familia humilde. Mi padre trabajó como ayudante de mecánico y mi madre como mujer de limpieza. *E também costuraba* —añade después de una pausa, como si hubiera estado buscando las palabras en español.

—*Costuraba* —repite Encina—. Me encanta esa palabra.

Vera sonríe.

—Los niños ayudábamos vendiendo la *merda* de caballo para las plantaciones. También vendíamos vidrio *e cartão*, o ayudábamos yendo al mercado cuando ya estaba cerrado y se podían recoger las sobras, y así podíamos comer en casa fruta y verdura. Mis padres son personas muy buenas y en casa había paz. Pero en el barrio se vivían situaciones terribles. Yo siempre tuve la *inquietude* de que debíamos hacer algo para que las cosas cambiaran y busqué apoyo en la iglesia católica, pues la comunidad eclesial de base tenía allí un espacio de reunión, el

único que existía en el barrio.

—¿Asistías a un colegio de monjas?

—No. Había una escuela pública en la región donde debíamos estudiar todos, mas las monjas tenían proyectos sociales dentro de las favelas *e* yo participaba mucho en ellos. Siempre tuve la conciencia de que deberíamos juntarnos y hacer algo por la comunidad.

—¿Qué tipo de cosas hacíais?

—Era una época en que morían muchos *meninos* asesinados por un *esquadrão da morte, uno de los grupos de* sicarios pagados por gente rica para matar a los pobres, y es muy difícil luchar contra eso porque la policía está implicada.

—Es verdad —interviene Simão—. Yo he leído historias terribles sobre los escuadrones de la muerte.

—¿La policía ayuda a los asesinos?

—Sí, parece una historia de terror, pero estas cosas están ocurriendo allí en este momento y yo quiero hablar de ello porque las personas tienen que enterarse para tratar de remediarlo.

Un grupo de peregrinos se acerca y pide permiso para llevarse las dos sillas sobrantes. Joaquín se levanta a ayudarlos y se queda un rato hablando con ellos.

—Recuerdo aquel hombre, al que llamaban Maina —prosigue Vera con la mirada perdida en el pasado—. Andaba sobre un caballo blanco y llevaba un collar en bandolera. En la cultura popular se dice que quien lleva un collar en bandolera está con *corpo cruzado* y que está protegido, *e* todos los *meninos* temíamos a ese hombre tan poderoso que atacaba a los niños, abusaba sexualmente de las chicas de las favelas y mataba a muchos chicos. Y no se podía hacer nada contra él porque tenía protección de la policía, que incluso le indicaba «mata a ése, mata a aquél». Me encontré una vez con ese hombre y con su mirada de loco, y soñaba por las noches pesadillas terribles. Pero en cuanto empecé a crecer se coló en mí la idea de actuar y en seguida supe que para actuar tenía que estudiar.

Vera hace una pausa. Encina la anima a seguir contando, quiere saber cómo consiguió estudiar y qué logró hacer después.

—Como no tenía dinero, iba a la casa de los curas para leer el periódico, porque en nuestro barrio era el único lugar donde podía encontrarlo, y con voluntad fui estudiando. Hice magisterio, y con otras personas formé un grupo para fomentar la alfabetización de los adultos. Sin embargo, surgían muchos conflictos con la gente de las favelas.

—¿Peleas? —interviene Simón.

—Eso también, pero sobre todo problemas que allí había. Trabajamos mucho para ayudar a los *meninos* que vivían en las basuras, porque había familias que se alimentaban de los desperdicios que traían los niños y muchos morían. Empezamos por concienciar a las personas de las calles de asfalto para que dejaran de actuar como lo hacían, porque en muchas casas echaban agua ardiendo sobre los *meninos* que se acercaban a hurgar en las basuras o les lanzaban al perro para que los mordiera.

—Y ¿qué podíais hacer contra esa crueldad y con tanta desprotección?

—Nos ocupábamos y las cosas fueron cambiando. En la iglesia, por ejemplo, concienciábamos a la gente.

—Me da horror pensar en esos niños que viven en las basuras.

—Siempre está lo malo y lo bueno. Había momentos bonitos, como, por ejemplo, cuando en medio de la basura una *menina* encontraba una muñeca era fabuloso contemplar los ojos de esa ¿niña?

—Sí, niña, pero *menina* me gusta más. Me sitúa en el lugar y me gusta la música de las palabras de tu idioma.

—Era una *joia* incomparable... Y también cuando entre las basuras encontraban comida que parecía buena, ¡los niños brincaban de alegría!

Una de las monjas hospitaleras se acerca para avisar de que va a comenzar el encuentro musical. Vera y Joaquín quieren asistir, y también a la misa que se celebrará después. Simón y Encina prefieren salir a dar una vuelta por Carrión y después descansar un poco. Se despiden y quedan en reencontrarse a la hora de la cena.

—¿Te das cuenta de la injusticia a que está sometida la mujer en cualquier situación?

—Vera ha hablado de abusos perpetrados contra hombres y mujeres, niños y niñas.

—Sí, pero el tema de las mujeres debe de ser terrible en esas condiciones de desprotección. Ella ha dicho que representaba a las mujeres brasileñas maltratadas.

—Está bien —se defiende Simón—, pero no me mires así, te aseguro que yo no he violado ni maltratado a ninguna mujer.

Se acercan a la iglesia de Santiago. Contemplan el friso de la fachada, que representa a un magnífico pantocrátor escoltado por los apóstoles; en la arquivolta de la entrada, las veinticuatro figuras escenifican oficios artesanales y escenas guerreras.

—Fíjate en la diferencia, con cuánta nobleza están representados los hombres, como artistas, guerreros… y además flanqueados por los leones custodios del conocimiento.

—Son representaciones de cofradías de artesanos.

Mientras Simón sigue hablando, Encina entra en la iglesia sin prestar atención a sus palabras. Seguro que había mujeres cocineras, se dice, pero no pertenecían a ninguna cofradía ni están ahí representadas, sólo lo está el cocinero hombre. Está de mal humor, lo reconoce. Puede ser por la luna llena, y también porque no ha tenido suerte con los hombres, aunque tampoco tendría que colocar su experiencia frente a cualquier tema que se presente. Está cansada. Al soltar la mochila en el albergue le ha parecido que, de tan ligera que se sentía, casi podría volar, pero ahora le pesa el cansancio de la caminata, o de la pena, no sabe. Se acerca a una esquina de la iglesia y se tumba en un banco frente a la representación del Cristo del Amparo sin apenas fijarse en él. Allí la encuentra Simón dormida cuando se acerca a contemplar la imagen, un Cristo gótico con los brazos en V, como el de Puente la Reina, de artífices renanos del siglo XVI. Al sentir un toque en el hombro, Encina abre los ojos y entrevé a Simón, que trata de despertarla, y a tres o cuatro curiosos que se han acercado por ver si le pasaba algo.

—Vamos, Encina. Nos vendrá bien retirarnos al albergue a

descansar un poco.

Nada más apoyar la cabeza en la almohada, la joven entra en un sueño reparador. Simón la deja acostada y sale a dar una vuelta.

Encina está segura de haber soñado con Vera, con Maina, con el horror de los niños en las basuras recibiendo chorros de agua ardiendo. Sale en busca de Simón y lo encuentra charlando en la calle con otros peregrinos. Al verle desde cierta distancia se da cuenta de que es un hombre muy apuesto e interesante. Simón se despide de los peregrinos y va a su encuentro. Ha reservado mesa para cuatro en una taberna cerca del albergue. Vera y Joaquín se unirán a ellos; se habrían apuntado a la cena comunitaria, pero han renunciado para aceptar la invitación de Simón al saber que Encina y él estaban interesados en escuchar el relato de Vera.

—¿A ti también te interesa?

—Sí, claro, pero sobre todo quería facilitar el encuentro entre vosotras. Creo que ambas necesitáis ese intercambio, y momentos así hay que aprovecharlos porque puede que mañana nos separemos y no volvamos a coincidir.

Dentro de la taberna, Simón ha elegido un rincón un poco apartado. Le han hablado bien de la comida y de un precio razonable. Llegan Vera y Joaquín. Se saludan y sonríen. Los cuatro presentan buen aspecto después de la ducha y el descanso. Se acerca el camarero y le encargan tres cañas y un vaso de agua para Vera. Piden también cuatro menús de peregrino. Hablan de temas diversos pertenecientes al Camino; de la conveniencia de llevar calcetines finos pegados a la piel debajo de los más gruesos; de las botas; de etapas ya cumplidas… hasta que Encina reconduce la conversación al relato de Vera. A ella le interesa saber qué se puede hacer cuando la situación es tan difícil y cuando la policía, en vez de proteger, es el principal enemigo.

—Es mucha la ayuda que se puede aportar —explica Vera—. Yo fundé una casa de acogida, porque se hablaba mucho de los problemas de los chicos de las favelas pero no se hablaba del problema de las chicas, que era muy grande.

Les cuenta de muchas chicas a las que engañan ofreciéndoles empleo doméstico para luego derivarlas con trampas hacia la prostitución, y que las van enredando en deudas ficticias hasta que no les queda posibilidad de escape, ya que sus propias familias también las rechazan porque se avergüenzan de que hayan sido prostitutas; además, muchas de ellas se vuelven descaradas y provocativas, y otras regresan enfermas o amargadas.

—¿No existe ningún tipo de apoyo o de ayuda social?

—Las obras sociales entonces las llevaban las monjas y no sabían tratar bien el asunto, porque cuando quieres retirar a una chica de la prostitución no le puedes exigir que cambie de golpe totalmente su forma de vestir y de comportarse. Ellas se han hecho a un modo de vida diferente, y hay que darles un tiempo, que todo cambie poco a poco. A mí se me ocurrió lo de la casa de las chicas, que llamo la Casa das Meninas, porque yo escuchaba a muchas que querían salir y no tenían un lugar adonde ir. Lo tenía difícil porque no tenía nada de dinero, pero se dio una situación favorable. Ocurrió en un encuentro durante la Campaña de Fraternidad que celebra la Iglesia católica.

Vera cuenta que, en esa ocasión, ella intervino diciendo que, si querían resultados, se debería aportar algo material, porque los discursos y las oraciones no lo resuelven todo.

El camarero llega con los platos. Joaquín anima a Vera a tomar la sopa.

—Te has quedado demasiado delgada —le dice—, y los demás están de acuerdo.

Vera hace un esfuerzo y come algo, pero en seguida continúa la narración como si quisiera sacar todo el dolor que lleva dentro.

—Como mi intervención tuvo mucha resonancia, me preguntaron qué era lo más necesario *e* yo dije que una casa para acoger a estas mujeres. Entonces, entre Cáritas *e* Unicef compraron la casa que yo necesitaba en el barrio, y una chica nos dio los electrodomésticos y los muebles de casa de su madre, que acababa de morir. *E* así empezamos la Casa das Meninas, con dos chicas *e* un chico.

—¿Un chico?

—Sí. Cuando un chico lo necesita también lo acogemos, pero sobre todo es una casa para proteger a las chicas. Una de ellas se llamaba Mónica y hoy es el nombre de una de nuestras organizaciones. Había tenido una vida muy difícil y se había metido en prostitución y en temas de droga porque había estado sola, abandonada. En las favelas, los jóvenes son también crueles, y cuando una chica no se presta a hacer lo que ellos quieren se juntan ocho o diez y rodean a la chica y la violan entre todos. Ella había tenido experiencias muy duras.

Encina lanza una mirada acusadora a Simón y éste, sonriendo, le hace el gesto de que él es inocente.

—Era una chica muy lista —sigue contando Vera— *e* tenía una ilusión muy grande en que tuviéramos una casa para nosotras, pero murió antes de poder vivir en ella. Tenía quince años. Era muy valiente *e lutadora e* tenía mucha información de las cosas que ocurrían y de cómo ocurrían, así que la policía la mató; la cortó en tres trozos que dejaron en lugares diferentes.

—¿Tienes seguridad de que fue la policía?

—Sí. Ahí se sabe quién lo hace. El problema es que era imposible denunciar porque los del *corpo* de policía federal se protegían entre ellos. Entonces, a pesar del dolor de la pérdida, nos dio fuerza pensar en la ilusión que tenía ella y seguimos con la idea de la casa, y le pusimos su nombre, *e, de facto*, pasaron más de ciento treinta chicas.

Encina ha soltado la cuchara y permanece quieta, como abstraída.

Joaquín propone dejar de momento el tema y que se hable de otra cosa mientras dure la cena.

—De acuerdo —dice Encina—, pero a mí me interesa mucho escucharte, Vera. Me gusta saber que cuando todo parece perdido una persona como tú puede hacer que las cosas cambien.

—No era yo sola, éramos más. Pero tiene razón Joaquín, ahora es mejor cambiar de conversación.

Simón habla del Valle del Silencio y de los monjes eremitas, y Vera se interesa. Joaquín sabe mucho del tema y le explica a Simón dónde puede encontrar información.

—Joaquín es sacerdote —aclara Vera, para sorpresa de los otros dos, que los creían pareja.

Después del postre deciden salir a pasear por Carrión. La temperatura ha subido y el atardecer está apacible. El paseo no puede ser muy largo porque las monjas cierran el albergue a las diez. Los dos hombres se han enfrascado en el tema de los eremitas y caminan delante con paso más ligero. Encina anima a Vera a seguir contándole.

—La época de la Casa das Meninas fue un periodo muy bonito *e* muy duro.

—Me lo puedo imaginar. No debe de ser fácil la convivencia de tantas mujeres con los problemas que traía cada una.

—Un problema muy grande era el sida. Yo seguía estudiando por las noches, *morando* con las chicas *e* también trabajando, porque no teníamos dinero para mantenernos, vivíamos de ayudas. Yo entonces estudiaba pedagogía y me encantaba la educación. Pero lo hacía todo junto y era una época en que no tenía nada de tiempo porque las enfermedades se manifiestan casi siempre por las noches. Y teníamos a los bebés, porque las monjas y otras organizaciones daban en adopción a los hijos de las chicas de prostitución, no necesariamente con la connivencia de la madre. En *nossa casa*, cuando una mujer quería venir a vivir con su hijo podía hacerlo. Para favorecer el cambio que queríamos lograr en sus vidas era muy importante que tuvieran una relación afectiva y que aceptaran hacerse responsables *e* cuidar de otra persona, porque eso supone una motivación. Pero, claro, por las noches también lloraban los bebés; las chicas sufrían *muitas doenças* venéreas, los hospitales estaban muy lejos y no tenían especialistas o no querían tratarlas. *De facto*, yo acompañé a muchas chicas que murieron. Y en eso también pude echar una mano. Esas personas tenían la tradición de hacer la limpieza de *os corpos* y demás. Y yo siempre pensé que eso se tenía que hacer, que cuidar a nuestros muertos es muy importante, que llorar a nuestros muertos es muy importante, *e* yo lo discutía con los servicios funerarios, y esto también hizo que esas personas me sintieran más cerca, porque sabían que yo estaba muy próxima a ellas en esos momentos,

porque para la sociedad esas chicas no son nadie, pero ellas pertenecen a una familia, a un pueblo, a una comunidad, a un país.

—El chico que mencionaste ¿vivió sin problema entre tantas mujeres?

—Sí, y hubo alguno más que lo necesitaba mucho. Aquel chico vivía en las basuras y durante muchos años no tuvo zapatos, de forma que sus pies estaban muy deformados y le llamaban «pies grandes». Su nombre era Leandro. Era un chico muy especial. Fue creciendo una amistad con él y le invitábamos a comer en nuestra casa. Y después le invitamos a *morar*. Estuvo unas dos semanas durmiendo en la terraza porque sentía miedo de los espacios cerrados. Después ya aceptó dormir dentro de la casa, aunque con la ventana siempre abierta porque tenía claustrofobia. Y también fue una experiencia bonita porque nosotros siempre nos hacemos una idea de cómo deben de ser los comportamientos, y él tuvo reacciones que nos llamaron mucho la atención y que nos hicieron reflexionar. Por ejemplo, en la bañera siempre quedaban rastros de la huella de los pies, y él no quería bañarse ahí porque le daban asco esas marcas. La cosa es que, dentro de la *minha* estupidez, yo pensaba que nosotras éramos las que deberíamos tener asco de una persona que viene de las basuras y de la calle, pero era él quien tenía este sentimiento. Eso fue para mí como una palmada para despertar y darme cuenta de que no siempre las personas sienten de la forma que imaginamos y que hay que descubrir lo que hay detrás de cada uno. Y yo aprovechaba siempre este tipo de situaciones para que nos sentáramos a conversar sobre el tema, y las chicas hablaban entre ellas y cada una expresaba su opinión. Eran momentos bonitos.

—¿Cómo era la convivencia?

—La convivencia es fácil, pero con sus momentos problemáticos. Está, por ejemplo, la cuestión de la menstruación de la mujer, en que estamos más sensibles, lo cual contribuye a cierta confusión.

—Imagino que habrá de todo, porque se trata de mujeres con muchos problemas.

—Son personas que vienen con una carga de vida *muito*

pesada —confirma Vera—. Muchas habían sido violadas dentro de la propia casa antes de salir. Y muchas consumían drogas. En la casa no se podía, pero de noche, en momentos de descuido, era imposible evitarlo.

—Por todo ello pienso que la convivencia debía de ser muy difícil.

—*E* no —insiste Vera, corroborando la idea de que no todo es como imaginamos—. Cuando se percibe que la relación no es institucional sino de libertad, es diferente. Tenían muchos conflictos entre las mujeres, pero siempre se podía hablar. Había momentos en que yo gritaba «¡Ah! ¡Basta ya!», aunque después siempre era posible hablar; por eso las chicas se quedaban ahí. Lo del tiempo también es importante. Si esta tarea *fosse* institucional no sería posible, porque cada persona tiene un tempo. Si tú quieres una casa en la que vivan como familia no puedes ponerles un tiempo límite. Y allí, muchas chicas en un mes conseguían la independencia *e* salían de la casa pudiendo mantenerse, pero hubo otras que para conseguirlo *moraram* conmigo tres años. Cada persona tiene su tempo, que no es el que dictan las organizaciones.

Está cayendo la tarde, se cruzan con varios peregrinos que se paran a hablar con Vera y Joaquín, con los que ya han hecho amistad. Simón y Encina se retiran. Él quiere leer un poco antes de dormir y ella está cansada.

10

Simón
Hacia Sahagún

Desayunamos en la hospedería de San Zoilo y visitamos el monasterio, con su claustro renacentista lleno de alusiones constantes a la muerte representada por numerosas calaveras. Encina parece impresionada.

—El Camino te obliga a enfrentarte a la muerte —me dice señalando una calavera—. Yo sentía dentro de mí una rebeldía tremenda y dolor por la separación de mi amiga Itziar, pero ella me envió al Camino y, poco a poco, voy encontrándome con algo inexplicable, una especie de aceptación de algo intangible, como si hasta lo más doloroso tuviese un final y eso le diera sentido.

Nos paseamos por el claustro con calma, envueltos en una suave luz otoñal. Vera y Joaquín ya habían salido cuando despertamos. Nos enfrentamos de nuevo a esas tierras planas, de horizontes lejanos. Caminamos en silencio. Nada en el entorno distrae de ese encuentro profundo con uno mismo. A ratos me asalta el recuerdo de Tania y lucho por liberarme de los sentimientos confusos que me invaden.

—Pareces triste —me dice Encina.

—No es nada, son sólo pensamientos.

—¿En qué pensabas?

—En los monjes eremitas.

—No te creo.

Me gusta la sonrisa de Encina, me atrae su cuerpo menudo y proporcionado, aunque respeto la distancia que ella impone. Trato de conducir la conversación a temas impersonales.

—¿Por qué dijiste que le debes el nombre de Encina a san Genadio?

—La Virgen de la Encina es la patrona del Bierzo, eso lo sabías, ¿no?

—No lo sabía.

—Según una leyenda, san Genadio escondió en Ponferrada la imagen de una virgen para salvarla de los invasores; la introdujo en el tronco hueco de una encina y allí permaneció oculta durante varios siglos hasta que los templarios talaron árboles para la construcción del castillo de Ponferrada. Y dentro de una encina encontraron una imagen de la Madre y el Niño.

—¿Cómo es la imagen? ¿La has visto?

—Sí, es de estilo bizantino. Es curiosa, bastante desproporcionada, pero todos en El Bierzo la amamos, es como un símbolo de nuestra identidad.

—¿Conoces el Valle del Silencio?

—Lo conozco algo, es muy bello, pero yo no voy a desviarme por ahí. Me he propuesto seguir este Camino y quiero mantenerme en él.

Recibo esta declaración de Encina como un rechazo a mi compañía. Decididamente no estoy en mi mejor momento.

—Pareces triste de nuevo.

—No sé lo que me pasa.

Encina reflexiona.

—Conozco el Valle del Silencio y puedo darte referencia de personas que te pueden acoger.

Me he acostumbrado a su compañía y no quiero soltarla, pero me animo pensando que su respuesta puede no ser definitiva; aún quedan varios días antes del desvío y las cosas pueden cambiar. Se me ocurre que no sé si Encina está casada o emparejada, y que puede que prefiera evitar confusión alguna respecto a nuestra amistad. Se lo pregunto directamente. Tras un instante de reflexión, me contesta que ha vivido en pareja pero que actualmente está libre y sin deseo de compromiso. Me devuelve la pregunta y le contesto que estoy en situación parecida: casado y divorciado.

—¿Cómo es tu exmujer?

—¿Quién, Tania?

—Si tu exmujer se llama Tania, sí, te pregunto por Tania.

—Era muy alegre. —No tenía intención de dar detalles, pero el silencio expectante de Encina me obliga a ello—. Y supongo que lo sigue siendo. Se dedica al teatro.

Me duele un pie, una rozadura o una ampolla que lleva molestándome desde hace rato, aunque ahora más. Tania, su recuerdo y su risa inolvidable. Me quedé solo sin ella, completamente solo. Tania.

—¿Cómo era vuestra vida?

Siento la garganta seca y carraspeo.

—Su profesión la obligaba a desplazarse con frecuencia, actuaba con una compañía, iban de un lado a otro. No me importaba que se fuera. —De nuevo la tos interrumpe mi relato, como si quisiera indicarme que estoy faltando a la verdad, porque en realidad me importaba muchísimo—. A su regreso aportaba un soplo de brisa fresca a mi vida de ratón de biblioteca, pero yo, a veces, se lo hacía pasar mal con mis silencios taciturnos. Canta muy bien.

—Todavía la quieres.

—No exactamente, había una parte de ella que yo desconocía.

—¿Te dijo por qué se fue?

—Sí, me dijo que era culpa mía, que yo había descuidado la relación.

—¿Y se fue con otro?

—Sí..., no, no inmediatamente, pero poco tiempo después ya vivía con otro.

—Es muy jodido que te dejen, tardas más en recuperarte. En mi caso fue al revés, me fui yo porque la relación me resultaba insoportable y porque él había dejado de quererme, o no sabía hacerlo. La liberación vino de forma paulatina, aunque también el miedo a caer en la trampa de nuevo.

Caminamos ahora con la cabeza baja, reflexionando sobre lo que acabamos de desvelar al otro.

—¿Has vuelto a verla, sabes algo de ella?

—Estuve mucho tiempo sin saber nada, pero hace poco me llamó. Me dijo que quería tener un hijo mío.

—¿Quiere volver contigo?

—No, eso no, sólo quiere tener un hijo mío. Dijo que siempre lo había deseado, aunque lo aplazaba cuando estábamos juntos porque para ella no era buen momento.

—O sea, que está sola, ya no tiene pareja.

Me molesta bastante hablar de Tania, aunque cedo al interés de Encina.

—No, ya no, pero dice que no busca un hijo mío por eso. Ella puede quedarse embarazada de cualquiera, tiene muchos amigos, pero quiere que sea yo el padre de su hijo; dice que siempre lo había imaginado y que le parece casi conocer a la criatura que podríamos engendrar.

—Claro, ella busca tu inteligencia, seguro que está rodeada de papanatas. —Se nota que no le cae bien, y eso me libera un poco de esa culpa injusta que Tania me adjudicó.

—No sé, no los conozco.

—No te dejes liar, hacer un hijo no es sólo echar un polvo, es mucho más. Te encuentras de pronto con que eres padre, que es un sentimiento muy fuerte, y que no tienes al niño contigo, o que lo tienes demasiado porque a ella le surgen de nuevo compromisos teatrales y no lo puede atender.

—Tienes razón, en eso no había pensado.

Empiezo a valorar gratamente la compañía de Encina. Me gusta obtener un punto de vista femenino sobre mi relación con Tania. Quizá no se trate de un punto de vista femenino, sino de un punto de vista libre de sentimientos y prejuicios. Me siento por primera vez algo protegido.

No existe contrapartida. No le pregunto a ella por su vida ni por sus relaciones anteriores. Pienso que irán apareciendo si ella desea contármelo. Tengo la impresión de que las mujeres son más curiosas que los hombres. Los hombres indagan hasta la saciedad cuando piensan que la mujer les pertenece, pero si no es así se conforman con poco. Lo del hijo de Tania y mío no puedo tomármelo a la ligera, está claro. Tengo que aprender a separar

sentimiento y razón, porque lo cierto es que yo, durante un tiempo, también me encariñé con la imagen de ese niño o niña que existió en nuestra imaginación.

A ratos entretenidos con la conversación, y a ratos en silencio, vamos salvando los diecisiete kilómetros hasta Calzadilla de la Cueza, donde nos detenemos a repostar y a descansar de tanto páramo. Saco el botiquín de la mochila y me entretengo tratando de reparar la ampolla que me ha martirizado durante el camino. Encina se ofrece a ayudarme, aunque no se lo permito. Ya me había enfrentado a ese problema en la peregrinación anterior y sé cómo abordarlo. Algunos peregrinos nos adelantan y conversamos brevemente con ellos. Encina pregunta si han coincidido con Vera y Joaquín, pero no los conocen; yo supongo que nos llevan mucha ventaja. Encina no se resigna y sigue indagando cada vez que tiene ocasión. Me pregunto el origen de esa ansiedad que demuestra por seguir hablando con Vera, como si fuera a recibir algo que viene buscando, algo relacionado quizá con el maltrato de la mujer, como me ha parecido deducir por su reacción frente a ciertos temas.

El Camino vuelve a reunirnos con ellos dos días más tarde en Sahagún, en un albergue grande de literas empotradas en la pared. Encina y Vera se encuentran en el lavabo. Encina regresa al dormitorio muy contenta y tarda en encontrarme porque he cambiado nuestras pertenencias a unas camas que están al otro lado de la habitación. Se sorprende del cambio, pero no indaga el motivo porque está deseando contarme el encuentro. Sin embargo, a mí no me alegra la noticia. Siento que las narraciones de Vera la alejan de mí. Mi tensión es evidente, ella se da cuenta y se retira disgustada. Recoge su mochila y la vuelve a llevar a la cama que habíamos elegido al principio. Maldigo los dichosos celos que fastidiaron mi amor con Tania y ahora interceptan mi amistad con Encina. Rechazo mi manera de ser, pero no sé cómo puedo cambiar. Ni siquiera Spinoza, al que trato de leer sin lograr concentrarme, me aporta respuestas en esta ocasión.

Cuando apago la luz de la linterna, Encina se acerca a mi cama y me besa en la frente. Ya no está enfadada, pero no quiere

entrar en el tema ni recibir mis disculpas. A cambio, me habla de Tania, tratando de recuperar ese tono de amistad que nos había acompañado hasta el momento.

—Tú lo que necesitas —me dice con voz cariñosa— es encontrarte con una pasión que borre todo lo demás. Y si llega, lo del hijo también sería un estorbo, no lo olvides. Deberías afeitarte la barba, eres muy guapo.

Tengo la sensación de que estas últimas palabras son una despedida.

Cuando despierto, la luz ya se filtra por la ventana. Me sorprendo porque había puesto el despertador a las siete de la mañana. Lo había colocado bajo la almohada para amortiguar su sonido y no sé si ha funcionado o no, el caso es que no lo he oído. La litera de Encina está vacía como casi todas. Lo primero que se me ocurre es que está en el baño, pero la ausencia de mochila me confirma que se ha marchado mientras yo dormía. Me quedo anonadado por un instante, después reacciono; recuerdo sus palabras antes de acostarse, que me sonaron a despedida. ¿Por qué? Me lo pregunto mientras me visto. No había ninguna razón para seguir juntos, pero tampoco para separarnos, cuando estaba fluyendo una relación de amistad en la que empezaban a aflorar confidencias y buen rollo.

Camino a ratos en soledad y en otros momentos charlo con peregrinos que se acercan a mí, pero por culpa de la ampolla y de mi ánimo los dejo pasar y sigo avanzando despacio, haciendo de vez en cuando una parada. Me acuerdo de la narración de Victoria, de cómo caminaba ella. Me gustaría tener su alegría o, por lo menos, recuperar la satisfacción de sentirme libre, pero no lo consigo. Al pasar por Bercianos del Páramo vuelvo a pensar en Encina. Me gustaría comentar con ella el nombre de este pueblo, una nadería, sí, pero la echo de menos y le habría explicado que ese nombre se debe a una repoblación del pueblo por gentes del Bierzo. Me lo acaba de contar un peregrino que ha ralentizado su marcha para caminar un trecho a mi lado. Él es asturiano, pero conoce bien El Bierzo y también el Valle del Silencio. Me habla de

Peñalba de Santiago, un pueblo de gran belleza enclavado en altura, entre Montes de Valdueza y los montes Aquilianos. Cuenta con entusiasmo que forma parte de un grupo de montaña y que han recorrido todas esas cumbres.

—En primavera la belleza de esos parajes es despampanante y, tío, en otoño tampoco debe de estar mal. —Parece orgulloso, como si los montes le pertenecieran por haberlos conquistado—. Con mi grupo, he subido al pico de la Peña del Águila, y a la Portillina, y a El Tesón. No creas que es fácil, son unas subidas y bajadas que te dejan roto, pero vale la pena, tío, te digo que es un lugar especial. Hace años por ahí no había dónde quedarse a dormir. Una noche la pasamos en la cueva de San Genadio, que es bastante amplia. De noche, el silencio es acojonante, pero a san Genadio debía de gustarle porque, según cuentan, hizo callar al arroyo que por ahí discurría, ordenándole que se hundiera bajo tierra para no estorbar al silencio, y ése es el nombre que dieron al río, y de ahí el nombre del valle, leyendas que la gente inventa para dar sentido a la vida y dar poder a los santos que veneran. No puedo imaginar qué motivaba a esos santos para vivir en esas condiciones, porque en invierno hace un frío del demonio.

Antes de separarnos, me regala un Compeed para aliviarme el dolor del pie y me escribe en un papel el nombre de una casa de turismo rural de Peñalba de Santiago donde él y sus amigos se quedaron a dormir la última vez.

Me hace bien el Compeed. No lo recordaba, aunque ya lo había utilizado alguna vez hace años. Lo coloco sobre la piel de la ampolla que ya ha reventado y siento cómo me protege del roce. Ahora camino mejor, aunque no acelero. Sueño despierto con la casa de turismo rural entre montañas y me alegra comprobar que allí me apetece estar solo, concentrarme en el paisaje y en la historia, estudiar ese núcleo cultural que formó san Fructuoso en el siglo VII y al que acudieron eremitas de otros centros. Es una maravilla caminar sin dolor. Siento la savia del Camino circulando por mi cuerpo. Me apetece llegar a Peñalba de Santiago y al estudio, pero no quiero saltarme ningún paso. Lo que me está brindando el Camino es una enseñanza de vida, y no voy a

renunciar a ella por dolorosa que sea en ciertos momentos.

11

Encina
El Burgo Ranero

Siento una punzada de remordimiento al acordarme de Simão, como si le hubiera traicionado al no anunciarle mi partida. Cuando lo vi dormido, mi primera intención fue despertarle. Detuve mi gesto a tiempo, y me alegro. Sentí que había llegado el momento de dejar claro que cada uno tiene su camino. Algunas veces basta un instante para percibir que la relación va mal encaminada. Así lo sentí anoche, cuando me di cuenta de que le molestaban mis expectativas para el día siguiente. Fue como una señal que me advertía del peligro, y eso que me cae bien Simón. Sin embargo, lo cortés no quita lo valiente, no quiero volver a sentirme atrapada, por lo menos no en el Camino. Tú me entiendes, ¿verdad, Itziar? Lo importante en una pareja es consensuar, aunque Simão y yo no somos pareja, eso lo quiero dejar claro. Deseo sentirme libre para actuar a mi antojo sin dar explicaciones, no porque quiera liberarme de la amistad de Simão, al que ya estoy echando en falta, sino para marcar distancias. He quedado con Vera en El Burgo Ranero. Me interesa que me siga contando, y ella también necesita hacerlo. Tengo la esperanza de poder liberar con ella un dolor enquistado en las entrañas.

Mi cuerpo se ha ido acomodando a la carga que llevo encima. Me parece una conquista. Pienso soltar todo lo superfluo cuando llegue a Trabadelo, pero no antes. Todavía no tengo claro si pararé en mi pueblo o pasaré sin detenerme. Cuando pienso en las mujeres apañando las castañas, sé que no voy a poder resistir el unirme a la faena, aunque eso signifique, como me ha hecho ver

Simón, una inflexión en mi camino. En nuestro bancal estarán la tía Beni, hermana de mi padre, la tía Amalia, Rosalina la de Vega y Emilia de San Fiz. Todas ellas riendo, cantando o discutiendo, pero apañando sin descanso. Y sobresaliendo entre todas, veo a la abuela Damiana, madre de mi padre, y de tía Beni, algo torcida por el reúma como encina añosa, aunque con la misma fuerza y rectitud de siempre y el mismo entusiasmo. La recuerdo el año pasado llenando más sacos que ninguna, con sus ochenta y siete años. Y lo más llamativo es la alegría con que lo hace. Mi madre estará o no, porque si puede escaquearse lo hace y nadie se lo reprocha. Ella es maestra y es más de leer y de preparar la comida en casa. Siempre fue así, y las demás la compadecen, ¡lo que se pierde por ser diferente! Yo también soy algo diferente, por eso mi abuela, cuando recogíamos el año pasado juntas, echaba con disimulo puñados de castañas en mi saco para que las demás no se enterasen de que yo no era tan buena como ellas, y que me cansaba, a pesar de ser más joven. Me alegrará encontrarme con todas estas mujeres, pero hay otras en el pueblo que no perdonan mis fracasos. Aunque no quiera, sus miradas de reproche me hacen daño.

Yo, la hija de la maestra que se desvivió por darme estudios y comodidades, y ahí me tienen, sin oficio ni beneficio. Tampoco ven con buenos ojos mi relación con los hombres. Esas mujeres, sometidas en su tiempo al mandato del marido y a veces a su brutalidad, encajan mal la rebeldía de sus hijas o de sus nietas. Lo del amor libre no les va, ni lo de cambiar de pareja. Una vez tomada la decisión, equivocada o no, se ha de aguantar, *filliña*, que para eso estamos. En eso mi madre también es distinta. Siempre se alegró de que abandonara a mis parejas. Ninguno de los hombres elegidos le parecía suficiente para mí. Algo de esa independencia debí de mamar en su leche porque aborrezco ese sometimiento al hombre, a menudo borracho, que depende de la mujer y sin embargo la maltrata. Por suerte, en las nuevas generaciones la cosa ha cambiado. Ahora son más las mujeres que han triunfado en los estudios. Y muchas tienen trabajo. Lo que no perdona mi madre es que yo no lo tenga. Ella se sacrificó para que me matriculara en la

universidad y pudiera disfrutar la vida de estudiante, y se hizo cargo de mis gastos para que no tuviese que trabajar y pudiera dedicarme plenamente al estudio, hasta que decidí irme a Madrid con Valentín, aunque sin abandonar la carrera. Mi madre siempre habla de su ayuda en primera persona, como si mi padre no hubiera contribuido a ello. No puede quejarse de que yo no respondiera. Estudié a fondo y a fondo me divertí. Ella no estaba de acuerdo con la carrera elegida: ingeniería de montes. Le parecía más bien una carrera de hombres, pero tampoco se opuso porque pensó que eran estudios difíciles que alimentarían mi inteligencia, en la que ella creía, y que me proporcionarían un buen trabajo. Yo sacaba buenas notas y eso la enorgullecía. Sin embargo, ahora me reprocha amargamente que me conforme con esos trabajitos administrativos, algunas veces interesantes, pero en su mayoría de tiempo limitado: seis meses y paro, ¡como si yo fuera responsable de los recortes y la falta de empleo! Mamá se ha vuelto una amargada, no sé por qué, pero no pienso rendirme a su amargura como ha hecho mi padre. Por suerte los dos conservan sus empleos y pasan separados la mayor parte del día, pero no sé qué va a ser de ellos dentro de nada, cuando se jubilen y se vean obligados a convivir. Espero que me pille lejos.

Ahora podría estar bromeando con Simão y hablando de otras cosas, de él, por ejemplo, y así podría olvidarme de mí, que es el tema que más me aburre. Y eso que no me puedo quejar de mis padres, que se han desvivido por mí y por mis hermanos. Cuando recuerdo el sufrimiento de la pobre Bárbara con los suyos, y el rechazo que provocaba en los demás niños, me entran escalofríos. Y es que era muy distinta a los demás, como si perteneciera a otra raza, y entre los niños o perteneces a la manada o eres enemiga, y yo me junté con Bárbara para protegerla del rechazo. En parte, según creo recordar, espoleada por mi abuela.

—¡Ánimo!, ya estamos llegando —me dice un muchacho peregrino que me ha dado alcance—. ¿No te da miedo andar tan sola por estos caminos?

—No me siento sola, la verdad. Somos muchos los que transitamos esta vía, siempre tengo a alguien a la vista.

—¿Te molesta que vaya a tu lado? Sé que hay peregrinos que prefieren andar solos.

—No me molesta, ya he tenido bastante soledad por hoy. Acaba uno por dar vueltas siempre a los mismos temas.

El chico se ríe. Es muy joven.

—¿Vas solo?

—No, ¡qué va! Yo no lo soportaría. Voy con otros cuatro, pero hoy me ha dado por correr..., a veces me pasa, es como si desbordara energía. En El Burgo esperaré a los demás.

—Yo también voy a encontrarme con amigos allí.

Estamos llegando, ya aparecen las primeras casas. Nos despedimos y el joven se adelanta para buscar sitio para él y sus amigos. El albergue es una construcción de adobe. He llegado pronto, pero me permiten entrar, sellar la credencial y tomar posesión de mi plaza. Entro en la ducha y siento el agua resbalando por mi cuerpo, limpiando por fuera y por dentro, liberando angustias, culpas y penas. En el Camino he aprendido a aceptar mi tamaño. Antes me rebelaba contra la injusticia de que, siendo mellizos, Nicolás fuera alto y yo pequeña. Sin embargo, ahora que me he cruzado con peregrinas extranjeras de grandes cuerpos, contemplo el mío con cariño y empiezo a gustarme. Vera también es menuda, más que yo por su delgadez. Me mojo el pelo, porque es pronto y tendré tiempo de secarlo bien. Disfruto dejando caer el chorro de agua por mi cabello, pero pronto cierro el grifo al tomar conciencia de que vendrán muchos detrás de mí y hay que economizar agua caliente. En la cascada de San Fiz era distinto; debajo de ese chorro Nicolás y yo nos refrescábamos dando saltos. Más adelante, Valentín y yo nos duchábamos abrazados bajo el agua helada. Tampoco eran duchas muy largas, la verdad, porque el agua estaba condenadamente fría. Me alegra haber podido conservar esos recuerdos maravillosos de Valentín, aunque luego se estropeara la relación. La experiencia con Tino fue diferente, sólo pensar en él me pone enferma. Me apetece volver a ver a Vera. Con ella lograré liberar esos recuerdos que tanto daño me hacen. Lloraremos juntas lo que no he podido llorar con nadie.

Ha llegado un grupo de peregrinos, los oigo moverse por el

albergue y alguna mujer ha ocupado la ducha de al lado. Me seco el pelo y salgo al dormitorio para investigar si entre los recién llegados están mis amigos. No han aparecido, y Simão tampoco. Me tumbo en la cama envuelta en el saco porque hace frío. Pienso en Bárbara. Siento el sueño rondando mis párpados. Bárbara, aquella niña de cabello rubio rojizo, tan diferente a los demás en todo, en el color de su piel, en su risa tan abierta que resultaba escandalosa, en su independencia, motivada quizá por el rechazo que recibía, en su silencio huidizo, en su temeridad. Cuando Bárbara reía con grandes carcajadas, yo sabía que sufría. Regresábamos juntas de la escuela, y al acercarnos a su casa ya se oían los gritos de las peleas de sus padres. Entonces ella se ponía a cantar a viva voz para no oír o para que yo no oyera. Un día faltó al colegio, y al pasar por delante de su casa vi que se abría la puerta y salían los tres; el padre tiraba de un brazo de la niña y la madre del otro. Se peleaban por ella, y al final el padre la soltó. La madre era una arpía (eso es lo que yo oía decir en el pueblo), su bonito cabello color caoba era lo único salvable en ella. La vi introducirse en la casa empujando a la niña, que lloraba. Siento la pena que sufrí en aquel momento, pero ya el paisaje se va desdibujando y me adentro poco a poco en un sueño en que me veo escondida entre unos arbustos observando la escena de Bárbara y sus padres. La niña Bárbara se da la vuelta y me mira. Sin palabras. Yo le digo: «¿Qué deseas de mí?, ¿qué quieres?». Me abruma la impotencia. «Siempre se puede», me dice Vera. «Lo que realmente importa es abrir camino para que las cosas sucedan», aporta Victoria. Me despierto. Revivo la escena, que pertenece a una vivencia real hasta que Bárbara me mira. Ella no me vio y yo nunca le dije lo que había presenciado. El padre de Bárbara desapareció del pueblo y no regresó, dicen que está en Argentina. Y el abuelo cogió las riendas que el hijo había soltado. La madre, cada vez más loca, ingresó en un sanatorio en el que al cabo de unos meses se suicidó. Vuelvo a decirme que no soy responsable de las desgracias de Bárbara ni de sus rarezas, que bastante tengo con lo mío. Pero la culpa por no protegerla se instala de nuevo en mi interior, y me levanto para dar una vuelta por el pueblo y buscar

un sitio para cenar.

Es pronto todavía y el pueblo parece solitario. Paso delante de una casa que tiene la puerta abierta. En el dintel, en letras borrosas deformadas por el tiempo y la lluvia, consigo leer: PENSIÓN LOZANO.

—Eso ya no existe —me dice la mujer mayor que sale a barrer la entrada—. Eso es cosa de otro tiempo. Ahora el pueblo tiene un albergue y hostales para dormir.

—Sí, lo sé, tengo plaza en el albergue, pero hace frío.

—Pase usted dentro, tengo la estufa encendida y le daré a probar fresas de mi huerta. Las planté para los peregrinos, pero como tengo prohibido atenderlos me sobran. Antes todos preguntaban por doña Mercedes; sin embargo ahora, aunque pregunten, no los puedo atender. Es cosa de los que han puesto hostales, sabe usted, ellos pagan sus impuestos, claro, y yo no. Yo sólo tengo mi casa, que abre las puertas a quien lo necesita y me dan la voluntad. Eso antes, ahora no, porque me denuncian. Yo tuve una desgracia muy grande en mi vida, y si no llega a ser por los peregrinos me habría muerto, ya ve usted.

Mientras habla, doña Mercedes camina por la casa apoyándose en un bastón, abre una puerta al fondo del pasillo y veo la huerta. Me acerco tras ella. A un lado de la huerta hay una especie de gallinero vacío.

—También tenía conejos, ahora no tengo animales. —Le cuesta agacharse a recoger las fresas y la ayudo—. Son otros tiempos. Aquí no llegó el agua hasta el año sesenta y ocho. Mi casa fue la primera en tener cuarto de baño. Por eso, cuando había alguna reunión en el pueblo o se construía algo importante, me pedían que alojara a los forasteros.

—¿Cómo fue que usted tuvo el primer cuarto de baño?

—Porque mis hijos ya trabajaban cuando hice la casa nueva y porque yo había trabajado en la casa del médico, ¡y punto!

Lo ha dicho con contundencia, dando a entender que no quiere dar más explicaciones.

En la cocina, doña Mercedes lava las fresas y coge el azucarero. Me conduce de nuevo a la sala y nos sentamos las dos. Delante de mí está el plato de fresas.

—En mi pueblo, a las fresitas pequeñas, silvestres, las llamamos *morodos* —le digo.

Mientras saboreo las fresas me cuenta su desgracia. Hace más de diez años su hija viajaba en coche con su marido y sus hijos. Tuvieron un accidente, ella se mató en el acto y el marido quedó totalmente ciego.

—Si no llega a ser por la atención que yo daba a los peregrinos y por el amor a mis nietos, me habría muerto de dolor. Cuando un día estoy triste saco el libro de peregrinos, los nietos lo miran y me dicen: «Abuelita, mira qué detalle: "Un abrazo para la señora Mercedes que tiene un corazón más grande que el mar". ¡Qué bonito!». Y, fíjese que yo no lo había leído antes, los nietos me lo descubrieron. Aquí cabía todo el mundo y siempre había paz. Cuando la gente quería armar jaleo yo les decía: «La casa es mía y la calle es vuestra».

Llaman a la puerta y me levanto a abrir con permiso de doña Mercedes. Es Vera, que saluda a la mujer ceremoniosamente y se dirige a mí.

—Me han dicho que estabas aquí. Tenemos mesa reservada para los cuatro en el hostal, dicen que sirven una buena comida casera.

Le aclaro que Simón no está.

—No se come mal —confirma doña Mercedes—. ¡Hala! Id para allá.

Antes de salir le pido el libro para escribir una nota: «Doña Mercedes regala al peregrino una sonrisa y fresas de su jardín. Mantiene su legendaria hospitalidad».

12

Simón
Mansilla de las Mulas - Eugénie

He recibido un mensaje de Marianela. Me informa de que Richard y sus amigos se han puesto en contacto con ella y han quedado en León el lunes próximo. Me lo dice por si a nosotros nos encaja sumarnos al encuentro. No sé si para entonces habré vuelto a coincidir con Encina, pero a mí sí me apetece verme con ellos. Me estoy recuperando. Hasta ahora me estaba sintiendo frágil, como si algo dentro de mí se hubiera torcido, a lo que contribuían la ampolla en el pie y el sentimiento de abandono. Pero a medida que sigo avanzando recupero el vigor de cuerpo y de espíritu. No añoro a Encina, ni trato de perseguir su rastro. Dejo la decisión al azar y me conformo con lo que el Camino quiera aportarme. Esa entrega al Camino me ayuda, me libera de responsabilidad. Me gustará conocer a Richard y a sus amigos, y reírme un poco con Marianela. Cada vez avanzo más ligero de expectativas y eso reduce mi sufrimiento. No es que inhiba mi participación en el deseo, pero, si por algún motivo no se cumple lo que proyecto, no me hundiré en la miseria, trataré de imaginar que algo poderoso me espera más adelante. Camino disfrutando de la soledad, aunque me parece que no por mucho tiempo porque oigo unos pasos precipitados que parecen querer darme alcance. Me giro y reconozco a Eugénie, una peregrina francesa que lleva dos días persiguiéndome mientras yo voy rehuyéndola porque me ha anunciado que quiere leerme el porvenir, algo en lo que no creo y cuya sola mención me irrita. En Sahagún por poco me atrapa. Cuando vi que colocaba su mochila en la litera más cercana a la mía, esperé a que se retirara para

cambiar mis pertenencias y las de Encina a otro rincón del albergue. Con el enfado de Encina, no tuve tiempo de explicarle el porqué de ese cambio.

—*Ça va, pèlerin?*

Eugénie me ha dado finalmente alcance, agotada y casi sin aliento. Le cuesta adaptar su paso al mío, no porque yo ande rápido, sino porque ella es mayor y mis piernas son notablemente más largas que las suyas. Ralentizo la marcha por compasión.

—*Ne t'en fais pas* —me tranquiliza diciéndome que no va a retenerme mucho rato, y que podré retomar mi ritmo de marcha en seguida. Ella sólo quiere conseguir una charla tranquila conmigo. Me detengo porque noto la dificultad de Eugénie para hablar mientras camina. Me pregunta si quiero llegar hoy a Mansilla de las Mulas. Acabamos de pasar Reliegos y sí, mi intención es llegar a Mansilla. Me explica que ella tenía interés en no perderme y que, para alcanzarme, ha viajado a dedo hasta El Burgo Ranero. Asumo que es inútil mi resistencia a recibir el mensaje que el Camino parece querer entregarme, y quedo con ella para tomar una cerveza en Mansilla. Antes de despedirnos, me cuenta que en El Burgo Ranero Encina le preguntó por mí, y como ella no supo darle razón preguntó a otros peregrinos. La informo de que no vamos juntos y que sólo hemos coincidido en un par de etapas. Me escruta como si quisiera adivinar el motivo de mi respuesta y nos despedimos. Me arrepiento de haberle dicho que en Mansilla de las Mulas tomaré una cerveza con ella.

Llego a Mansilla cansado. Quizá me he excedido en kilómetros. Voy directo a la ducha. El albergue parece agradable y bien cuidado. Lavo los calcetines y la ropa interior. Después me tumbo en la cama para descansar y me quedo dormido. Cuando abro los ojos me encuentro con Eugénie sentada en la cama de al lado, leyendo un libro. Me sonríe y me pregunta si he cenado. No. Ella sí, pero le apetecería tomar una cerveza mientras yo ceno y charlar un poco conmigo. Me sorprendo al comprobar que he dormido dos horas. Eugénie me conduce a la taberna donde ella ha compartido cena con otros peregrinos. Es un lugar agradable. Me recomienda el espagueti a la boloñesa, dice que la pasta es buena

para reponer la energía. Hago caso a su consejo y pedimos cada uno una caña. Brindamos y bebemos. Nos mantenemos los dos en silencio mientras yo ataco mi plato de espagueti. Cuando voy por la mitad, me siento de buen humor y dispuesto a escuchar lo que tenga que decirme, pero ella prefiere esperar a que termine de comer para iniciar el interrogatorio. Mientras, me habla de su vida y de su gran vocación. Me cuenta que hasta cumplir cuarenta años no había trabajado fuera, se ocupaba de la casa y de sus tres hijos. A esa edad el marido la abandonó por otra, dejándola sola y sin un céntimo. Tuvo que afrontar todo tipo de trabajos para salir adelante y educar a los niños. Mientras trabajaba limpiando casas y escaleras, estudió contabilidad y encontró un puesto en una empresa en la que permaneció varios años. A los sesenta años, cuando los hijos ya estaban independizados, encontró su vocación. Tiene dos motivos de agradecimiento en la vida: el primero fue hacia la mujer que le arrebató el marido, del que no habría sabido liberarse a pesar de lo difícil y desagradable que era, y el segundo, al jefe que la despidió del trabajo cuando llegó la crisis, prejubilándola cuando se había comprometido a mantenerla en su puesto. Gracias a estas circunstancias, que la hicieron sufrir mucho al principio, logró llegar al punto en que se encuentra ahora. Ha descubierto la astrología y la numerología. Lo ha trabajado mucho y ha podido ayudar a otros con ello. Me insiste en que no hay que desesperar cuando el destino parece torcerse. Hay que tener paciencia y confiar. Ella ahora es una mujer feliz, nunca lo había sido tanto. De postre pido flan casero, también recomendado por ella, y cuando acabo de degustarlo Eugénie parece esponjarse y, con una sonrisa, inicia sus preguntas. Hace una combinación entre mi fecha de nacimiento y otros números y me mira fijamente. Dice que ve en mí la contradicción de ser muy independiente y a la vez necesitar la compañía de una mujer, y que esa contradicción me hace sufrir. Añade que el trabajo que estoy haciendo es importante (yo no he mencionado mi trabajo) y ve un futuro de éxito. Repite varias veces «mucho éxito» hasta convencerse de que lo he entendido bien y que empiezo a creérmelo.

Una vez entregado el mensaje, Eugénie parece liberada de un

gran peso. Yo también. Camino sonriente con ella hasta el albergue y allí nos despedimos. Ella acude a una sala donde una chica joven, la hospitalera, está hablando a un grupo de peregrinos y yo me retiro a una mesa de la cocina para leer y tomar notas.

Más tarde, ya en la cama, envío un mensaje a Marianela y, aprovechando la luz de mi libro electrónico, leo un rato a Spinoza.

13

Relato de Vera

—Dejaban el coche de policía aparcado a la entrada de las favelas y ponían música clásica, como de Vivaldi, subían el volumen de la música para que no se oyeran los gritos y así entraban en las casas, violaban a las chicas y mataban a las personas que se les antojaba; rompían los documentos porque decían que los criminales también tienen papeles. Nuestra organización denunciaba aquí y allá crímenes terribles a pesar de que se había incrementado la vigilancia por parte de las autoridades.

Vera habla sobre la organización que inició en su barrio para luchar contra ello.

—Me amenazaron, llamaban continuamente al teléfono por la noche. Tenía que dejarlo conectado para que pudieran avisarme si la policía entraba en las favelas. Era muy duro ver a tantos de nuestros chicos *mortos*, y lo más doloroso es que algunos de nuestros adolescentes se suicidaban. Yo puedo soportar ver a un adolescente lleno de rabia, y comprender al que saca la pistola, pero ver a un adolescente triste hasta llegar al suicidio no lo puedo soportar. Fui sometida a una persecución brutal. Nuestra organización había crecido. Cada vez había más personas implicadas, pero según ellos yo era la cabeza por haberla iniciado.

»Un día denunciamos e informamos a la prensa la violación de una chica que vivía con nosotros y la tortura de otro chico, y esta vez dieron credibilidad a la noticia y las autoridades tuvieron que escucharnos. Los policías se enfurecieron porque la situación cambiaba y empezaba a saberse fuera lo que ellos hacían en las favelas. Les preocupaba porque tenían mujer e hijos, y querían

ocultar que habían violado a muchas chicas de las favelas. Era muy malo para ellos porque cuando funciona una denuncia aparecen otros temas como el de la corrupción. Y entre los policías había mucha corrupción. *E* claro, ellos iban contra mí, y entonces empezó un periodo muy penoso, pues me vi sometida a un ataque constante.

Encina escucha. Teme preguntar. Lleva la pregunta guardada desde el primer día en que Vera empezó a contar, pero no se ha atrevido a soltarla. Está segura de que la respuesta va a ser afirmativa y de que a partir de ese momento todo va a cambiar. Hasta ahora, Vera lo ha callado, porque de eso no se puede hablar con cualquiera. Y ella tampoco puede.

14

Simón
Encuentro en León

Despierto guardando en la mente retazos de lo que he vivido en sueños. Tania y yo volvíamos a ser protagonistas de la historia. Nos encontrábamos años después de la separación y nos sentíamos agradecidos el uno hacia el otro, no por lo que habíamos vivido juntos, sino por la libertad que nos habíamos concedido al separarnos y que nos había brindado la ocasión de adentrarnos en una vida nueva y emocionante. Tengo la impresión de que el sueño estaba influenciado por el relato de la vida de Eugénie, pero he despertado con una sensación de alivio, comprendiendo que los celos que envenenaron esa relación fueron oportunos y necesarios para abrirnos nuevos caminos.

Tomo conciencia de dónde me encuentro por el revuelo que se está organizando a mi alrededor. Los peregrinos se disponen a partir, unos cierran las cremalleras de sus mochilas, otros se calzan las botas. En pocos minutos, el albergue queda silencioso y vacío. Yo he preferido esperar para ponerme en marcha a que el lugar estuviera despejado y a que abriese un poco el día. La hospitalera entra a limpiar. Antes de salir, le comento algo que ayer por la tarde me sorprendió. La escuché de refilón mientras se dirigía a un grupo de varias personas y me pareció oír que ella odiaba a los peregrinos. La hospitalera se ríe.

—No es exactamente así —me dice—. Sin saber por qué empecé a contar mi vida. Hablé de mi abuela, a la que yo adoraba, y que murió dejándome desamparada; ese mismo año, a mi madre le detectaron un cáncer de pecho y mi mejor amiga me arrebató el

novio. Fue el momento más horrible de mi vida, y no sabía cómo salir del abismo depresivo en que me hundí. Nada me apetecía, nada podía distraerme. Para ayudarme a salir de ese estado, mi madre me propuso que hiciera el Camino, y no pude con él. La segunda propuesta fue que viniera a este albergue para ayudar al hospitalero, un señor mayor suizo. Lo intenté. Al principio lo pasé mal porque yo odiaba a los peregrinos, como los había odiado cuando intenté hacer el Camino. Pero con este señor suizo aprendí un montón. Él me enseñó la importancia del servicio a los demás; aprendí a escuchar y a dialogar con los peregrinos, y ya no eran enemigos, sino que cada uno me aportaba algo nuevo. Jean Claude, el suizo, murió un año después, pero ya me había dejado una herramienta para defenderme en la vida, y le estoy muy agradecida. Cuando él se fue, yo me quedé de hospitalera. —Me sonríe—. Eso fue lo que conté.

Le agradezco su relato y le pido disculpas por habérselo hecho repetir. Le hablo de mi manía de adentrarme en los libros, con lo que me pierdo vivencias interesantes que ocurren a mi alrededor. La hospitalera me tranquiliza diciéndome que las historias que me tienen que llegar me llegarán, como esta suya que, si de algo me sirve, me ha llegado de forma directa. Le pregunto si cree que Dios dirige esos temas. Ella piensa que es el azar. Nos damos un abrazo de despedida y abandono el albergue de Mansilla para salir al sol, que ya empieza a calentar.

Entro en un bar del que veo salir a un grupo de peregrinos, entre ellos me ha parecido distinguir a Eugénie. Ya no estoy seguro de querer reunirme con Encina, sigo sintiendo un resquemor debido a mi fantasía de abandono. La razón me dicta que no ha existido traición ni abandono, pero el corazón me indica lo contrario.

Disfruto observando a un petirrojo que se acerca a la puerta del bar picoteando unas migas del suelo. Nos miramos sin desconfianza. En este instante, somos los únicos clientes del bar. Entra un ciclista que me saluda como peregrino. Pide permiso para sentarse a mi mesa y ordena un café, que acompaña con unas barritas energéticas. El petirrojo abandona el bar, me da pena que

se vaya. El ciclista me explica que salió antes del alba del Burgo Ranero. Indago sobre Encina, Vera, Joaquín... Sí, a Joaquín lo ha conocido. Es cura, ¿lo sabías? Sí, para mí también fue una sorpresa. Vera iba con él, y también otra mujer. Sería Encina, le digo. Puede ser, yo no me enteré del nombre; las dos mujeres caminaban por el pueblo charlando y los tres hombres íbamos detrás. Se había unido a nosotros Manolo, ¿lo conoces? Es navarrico. No, no lo conozco. Es un hombre amable y culto, aunque yo tampoco lo conozco demasiado. A los peregrinos de a pie los veo de refilón; charlamos una tarde y difícilmente volvemos a coincidir, aunque a veces una sola conversación da para mucho, depende, y en otras te alegras de perderlos de vista. Señala hacia la puerta, imagino que hacia alguien que está a punto de entrar. Se ríe de una forma que me resulta desagradable. Entra otro ciclista y se saludan. Aprovecho para levantarme y despedirme, ¡*ultreia*, peregrino!

Agradezco el calor del sol, es suave como una sonrisa acogedora. Tengo intención de llegar a León hacia las tres de la tarde para encontrarme mañana con Marianela y sus amigos. Hemos quedado en El Racimo de Oro, un restaurante que ella conoce, situado en el antiguo centro histórico. Me propongo andar a paso ligero. Hoy puedo hacerlo, de la ampolla del pie ya ni me acuerdo y me siento en forma.

Los barrenderos se afanan en retirar las hojas de otoño que alfombran las calles de la ciudad. Me siento en un banco a comer el bocadillo que me preparé en el albergue. La gente pasa delante de mí sin sorprenderse de mi aspecto de vagabundo ni del apetito con que estoy comiendo; algunos incluso me sonríen, están acostumbrados a los peregrinos. He perdido mi identidad, puedo adoptar la personalidad que se me antoje. Termino el bocadillo y permanezco unos instantes observando un remolino de hojas levantadas por un golpe de aire.

El albergue de las monjas Carbajalas está situado en el casco histórico de León, en la plaza Santa María del Camino. Un

enjambre de peregrinos se mueve en su interior. Todavía queda algún hueco, me dice la hospitalera que me recibe, pero decido no quedarme, pues el ambiente me resulta asfixiante. Reservo una habitación en la hospedería del mismo convento para los dos días que voy a quedarme en la ciudad. Me emociona pensar que podré darme un baño caliente y entregar la ropa sucia para lavar. Se me pasa por la cabeza la idea de acercarme a una barbería y afeitarme la barba para ver el efecto en Encina si nos encontramos mañana. Sonrío al imaginar su cara de sorpresa.

Después del baño y el descanso, voy a visitar la Colegiata de San Isidoro. He dejado la visita a la catedral para el atardecer. A esa hora imagino que la luz se colará por el rosetón y las vidrieras que dan al oeste e inundará el interior de color.

Al penetrar en el panteón real de San Isidoro tengo la impresión de adentrarme en una cueva donde habita la muerte. Este efecto se ve incrementado por el techo bajo y las paredes de adobe. Avanzo como un sonámbulo entre las tumbas de los monarcas que aquí reposan, captando los signos que anuncian y representan la muerte. Acude a mi imaginación la conversación que mantuve con Encina sobre la muerte en el Camino. Siendo ésta una vía iniciática, el peregrino conectado se encontrará con la muerte de una forma u otra, y es interesante incorporarla para enfrentarla a la belleza e importancia de la vida.

A la hora elegida entro en la catedral. La luz me emociona tras mi encuentro con la muerte. No intento localizar las vidrieras antiguas de cuyas propiedades me han hablado, sólo quiero dejarme llevar por el momento, sentir. A pesar del continuo ir y venir de los visitantes, consigo situarme en una burbuja de soledad. Permanezco sentado en un banco, contemplando. Se hace un vacío dentro de mí y me entrego a él sin medir el tiempo. Me saca de mi abstracción una conversación que se desarrolla a mi lado y en la que destaca una voz conocida. Sigo inmóvil, escuchando. Se hace un breve silencio y luego me alcanza una voz que no reconozco.

—Las representaciones vegetales me tienen fascinada, el artista que las hizo sabía escuchar la naturaleza. Fíjate en las

cabezas que aparecen entre las hojas. Son el espíritu de la planta.

—A mí me gustan las esculturas de piedra. —Reconozco ahora la voz de Marianela—. Los canteros dejaban sus mensajes en ellas. Sobre todo, me gustan las de fuera, las que sirven para canalizar el agua, no me acuerdo cómo se llaman.

—Son las gárgolas —una tercera voz se acerca a las anteriores —, y tienes razón, son divinas. Perdonad, os he oído y no he podido dejar de intervenir porque es mi especialidad. ¿Habéis visitado el claustro? Allí están los mejores ejemplares de gárgolas de esta catedral. Si os apetece, venid conmigo y os contaré.

Me levanto y me acerco a las mujeres.

—¿Puedo unirme a la visita?

Marianela da un respingo.

—¡Simón! No te esperaba hasta mañana, tienes el don de aparecer de repente. Hasta me he asustado con tu aparición.

Nos reímos. Tranquilizo a Marianela con un abrazo y vuelvo a pedir permiso para unirme a la visita. Siempre me han intrigado las gárgolas y no quisiera perderme las explicaciones de una especialista.

Lola, a quien pertenece la tercera voz, se presenta y nos cuenta que está escribiendo su tesis doctoral sobre las gárgolas de las catedrales de Castilla y León.

—Y cuanto más me adentro en el tema, más me apasiona. ¿Habéis sacado entrada para visitar el claustro?

Todos la tenemos.

Marianela se dirige a la mujer que está absorta en la contemplación de las vidrieras vegetales.

—¿Vienes, Bárbara?

Bárbara se da la vuelta y al verla siento como un deslumbramiento, quizá producido por la luz de las vidrieras enredando sus colores en esa melena rojiza y provocando reflejos dorados en su cutis blanco.

—Sí, claro —responde Bárbara a Marianela—, me interesa mucho.

Sigo hipnotizado por la visión cuando Bárbara se dirige a mí.

—¿No eres tú Simón, el que salió al Camino con Encina?

¿Dónde está Encina?

Me vuelve el recuerdo de su nombre. ¿Por qué no me llamó entonces la atención la amiga que acompañaba a Encina y que conocí en el albergue de Marianela?

—No tengo noticias de Encina. Nos separamos en Sahagún, aunque podría llegar aquí mañana.

—Tengo ganas de verla. ¿Sabe que vamos a encontrarnos aquí?

—No lo sé, yo no he podido decírselo.

También la voz. Encina dijo que la peregrina que ella bautizó con el nombre de Egeria tenía una voz que parecía nacer del silencio. La voz de Bárbara también tiene esa cualidad.

Salimos un momento al exterior porque Marianela quiere preguntar a Lola sobre unos monstruos que ha descubierto semiocultos en la fachada.

Nos detenemos frente a uno de ellos.

—Es un tipo de monstruo grotesco —le informa Lola—, estas figuras, con sonrisa o con risa, son siempre la representación del diablo. En la época medieval la sonrisa era considerada monstruosa y la risa a veces demoníaca.

—¿Y estos otros? —señala Bárbara.

—Es otra variante de demonios con ojos muy redondos y grandes bocas que sonríen. Aparecen a menudo en los lugares más escondidos, los pináculos o los contrafuertes.

—A mí me gusta la risa —dice Bárbara—. Estos demonios no me inspiran temor.

Lola se muestra de acuerdo con ella.

—Es un tipo de demonio simpático, de expresión divertida, parece que te inviten a jugar. Para mí son demonios, pero también pueden ser considerados como híbridos, aunque precisamente éste en concreto tiene rasgos muy demoníacos, como la oreja puntiaguda. Algunos se distinguen por los cuernos o el entrecejo.

Marianela se para a observar un león alado. Lola se acerca a ella.

—Aparte de los demonios, algunas figuras principales son los híbridos, que yo llamo monstruo animal, como éste, que es la

combinación de varios animales, o la mezcla animal-hombre. El híbrido por excelencia, el de la antigüedad, es el cuadrúpedo alado, el león alado, cuyo cuerpo simboliza la fuerza y las alas representan al águila.

—¿Qué simbolizan las alas de águila?

—Aquí tienen una simbología cristiana, pero vienen de Asiria, del mesopotámico, y no sabemos por qué aparecen en todas partes al mismo tiempo.

—Los descubrimientos científicos muchas veces coinciden apareciendo en varios puntos del planeta a la vez.

—Y también los movimientos pictóricos —añade Bárbara.

—Sí, es un misterio. Se habla de frecuencias de la humanidad. Los temas suelen aparecer simultáneamente en dos o más partes del mundo. Se está creando, por ejemplo, un monstruo o dragón en Egipto, y a la vez aparece el mismo en Sudamérica, sin que medie contacto alguno. Hablamos de una época en que ese contacto inmediato no era posible y, sin embargo, estos monstruos surgen al mismo tiempo.

—Puede que hubiera una telepatía o algo similar —comenta Marianela.

—Quizá se trate de esa necesidad del monstruo en el ser humano —sugiere Bárbara—, como si estuviera dentro de uno y quisiera salir, y surgen las mismas imágenes porque pertenecen al conocimiento colectivo.

—No lo sabemos. Tiene una lógica racional cuando ocurre dentro de un mismo país o lugar vecino, porque las obras de cantería se trabajaban en talleres y entre canteros podían proporcionarse modelos.

—¿De dónde procedían los modelos?

—De los bestiarios antiguos, como el de Aristóteles, y también de la mitología. Entre escultores debían de intercambiarse los modelos, en algunos casos de anatomías de animal perfectas.

—¿Siempre se las interpreta de la misma forma? —Marianela parece emocionada, como si tratara de fijar dentro de sí la información que recibe.

—En realidad, el significado no podemos saberlo, y no he

encontrado detalles que me indiquen un significado esotérico. La teoría más aceptada desde el punto de vista racional es que son simplemente adornos que siguen las modas del momento: bestiarios, seres heredados de la mitología, brujas, demonios con pecho de mujer, porque se estaba muy enfocado en la mujer como espíritu demoníaco, propio de la época…

Me alegra que Encina no esté compartiendo esta información.

—¿Por qué permitían representar al diablo en las iglesias? —pregunta Marianela.

—El bien y el mal tienen que estar siempre juntos —interviene Bárbara con su voz misteriosa.

—Tienes razón —corrobora Lola—, la iconografía imperante y predominante en las iglesias es el demonio, y yo también pienso que se debe a la contraposición entre el bien y el mal. Lo opuesto, lo feo, lo monstruoso, es necesario para el equilibrio, incluso en el arte. Para no romper el equilibrio de la estética tienen que coexistir la fealdad y la belleza.

—Yo he conocido a alguno de mis monstruos —dice Bárbara con voz ensoñada.

Marianela escucha atenta, como si bebiera las palabras.

—Incluso hay estudios sobre el psicoanálisis del monstruo —continúa Lola—, y en ellos se trata lo que apuntaba Bárbara: que el monstruo es necesario, que nos habita, y que hay que sacarlo en el arte para exorcizar nuestros monstruos interiores.

Llegamos al patio, donde se ha colado la luz otoñal. Dos personas están trabajando en el claustro. Un fotógrafo retrata las gárgolas y el otro, un dibujante en pie, toma apuntes a lápiz en un pequeño bloc. Lola se acerca al fotógrafo y nos lo presenta; es su marido, Jordi, que saluda con cordialidad y se disculpa porque tiene que seguir su trabajo aprovechando el momento mágico de luz.

—¡Fijaos qué preciosidad! —indica Lola señalando las gárgolas y presentándolas una a una como si fueran amigas conocidas—. El león, la serpiente, que también simboliza al diablo, el cordero alado… Fijaos en la melena del león, es maravillosa.

—Me dijo un amigo —comenta Marianela— que la serpiente

tiene simbología doble, porque también es el animal que extrae el conocimiento oculto del interior de la tierra para entregarlo al hombre cuando éste aún no está preparado para recibirlo.

La voz de Marianela llama la atención del dibujante al que nos hemos acercado. Se trata de Yves.

—Parece arte de magia —explica Marianela a Lola—. Habíamos quedado varios amigos en encontrarnos mañana y hoy aparecemos todos en el mismo lugar y a la misma hora sin haberlo previsto.

Yves y Lola se saludan, ya se habían conocido anteriormente. Lola se despide porque tiene que trabajar con Jordi.

—Cuando termine la tesis crearé una página web para compartir mis conocimientos y allí encontraréis de todo. Son tantos los estudios que he consultado y tantas las maravillas que he descubierto que no puedo comunicarlo así en un momento. Os dejo a solas con las gárgolas, ellas os hablarán.

—Me pregunto cómo nos hablarán —murmura Bárbara—. Nunca he conseguido que la piedra me hable.

—Tócalas —le dice Lola, que la ha oído—. Las gárgolas tienen vida, y eso no lo descubres hasta que las tocas. Tocas una gárgola y te transmite una energía especial que yo creo debida al paso de los años y a los propios cambios de la piedra por la erosión.

—Yo he sentido esa vida en el liquen que recubre las piedras de la fachada, pero no en la piedra.

Cada vez que Bárbara habla me siento invadido por su presencia, una presencia llena de atractivo y de un misterio en el que estoy deseando entrar.

—Creo que otra función de estas gárgolas —sigue opinando Bárbara—, aparte de la de verter el agua de los tejados, es la de ser mensajeras de la libertad. Los artistas de la Edad Media debían de divertirse creando estos monstruos.

—Cierto. En el medievo el artista o artesano estaba sometido a reglas estrictas, y en estas representaciones podían dejar desbordar su fantasía. Es como una transgresión, un arte marginal que también aparece en los manuscritos, con las misericordias o las *drôleries*.

Jordi reclama la presencia de Lola y nos despedimos de ellos sin robarles más tiempo. Marianela propone cenar en la hospedería de las Carbajalas, ya que Simón se hospeda ahí, y Bárbara y ella en el albergue al lado.

15

Vera - Encina

Las dos mujeres se han quedado rezagadas. Hace fresco. Encina propone entrar en un bar a tomar un café caliente.

—¿Se preocupará Joaquín? —pregunta Encina.

—No, Joaquín y yo tenemos acordado encontrarnos al final de la etapa si por algún motivo nos separamos.

El bar está bastante destartalado, pero encuentran un rincón libre que resulta hasta acogedor. Sueltan las mochilas a un lado y Encina tiende las manos a Vera; ésta las coge entre las suyas. Las manos de Encina están heladas. El camarero sirve los cafés. Encina espera a que se retire el camarero para hablar.

—Quería hacerte una pregunta, contéstame sólo si puedes y quieres hacerlo. —Vera sostiene su mirada—. Me hablaste de un barrio donde ocurrían desgracias y agresiones a diario, me contaste el horror que vivieron otros, pero no hablaste de ti en esas circunstancias, ¿fuiste alguna vez agredida o maltratada por los hombres de ese barrio? —Encina aprieta las manos de su amiga, que ahora tiemblan entre las suyas. Los ojos de Vera se han llenado de lágrimas.

—Fui violada dos veces —confiesa a media voz—. Cuando vivía con las chicas, nos visitaba un boxeador famoso que, al parecer, estaba involucrado en negocios ilícitos. Yo no sabía nada de eso, él venía a ver el trabajo que hacíamos allí. Me habían contado que él había matado a un hombre que entró a robar en su casa, y que lo mató de un puñetazo. Pero él venía a interesarse por el trabajo que hacíamos y le ofrecimos una copa, y él dijo que no tomaba alcohol. Y yo pensé: «¡Qué hombre bueno!», por eso de que

no tomaba alcohol. Yo tenía que ir a visitar a una chica en la ciudad y él dijo que pasaba cerca de donde yo iba y que me podía llevar. —Los ojos de Vera se humedecen de nuevo y hace una pausa hasta tranquilizarse—. Yo le pregunté si podía pasar primero por la casa de la madre de la chica que iba a venir conmigo. Él dijo que sí *e* yo me subí con él al coche. Pero no me llevó a la casa de la madre, me llevó a otro lugar y allí me violó. Él era amigo de la policía, de modo que yo no pude hacer nada para denunciar. Él pensaba que yo era una de las chicas de la casa. *E* para mí fue muy penoso, porque además yo no había tenido relaciones hasta entonces. Después me llegaban muchos sentimientos confusos porque yo tenía rabia *e* al mismo tiempo compasión por esa persona tan miserable, capaz de hacer una cosa así, tan violenta. Yo me daba cuenta de que para este hombre las mujeres no eran nada. Además, también me agredió porque yo me defendía *e* lloraba mucho rezando a Dios, y él cada vez estaba más furioso. —Encina también está llorando. El camarero se ha acercado a ofrecer unas magdalenas de regalo y se queda frente a ellas, confuso, con las magdalenas en la mano. Finalmente opta por dejarlas en la mesa y retirarse sin decir palabra—. Fue una experiencia muy brutal, muy violenta. Por otro lado, me hizo comprender muchos dolores de las chicas que habían pasado por experiencias similares *e* pude comprender muchas cosas. Tenía, además, una angustia añadida porque estaba la enfermedad del sida, *e por sorte foi* un milagro que yo no quedara infectada, ya que ese hombre no tomó ninguna precaución, *e* tuve que esperar un año y medio para saber que no estaba contagiada.

Vera ha agotado las palabras y las dos mujeres se vuelven hacia la ventana y contemplan una llovizna que ha empezado a resbalar por los cristales como si quisiera acompañar el dolor de las mujeres.

—Yo también fui violada —dice Encina al cabo de un rato—. Es lo más horrible que me ha ocurrido en la vida. Fue en Ponferrada, cuando estaba con Tino, mi última pareja. Vivíamos en el sexto piso de un edificio moderno. Sucedió en el ascensor. El hombre que entró conmigo me inspiró temor desde el primer

momento. No lo había visto llegar, se coló detrás de mí sin que yo pudiera evitarlo. Quise pulsar el botón del primer piso para bajarme en seguida, pero él me apartó la mano y pulsó el último botón. Entonces se abalanzó sobre mí. Yo me defendí también arañando y mordiendo, y él respondía con golpes y puñetazos. Me quería morir. Me arrancó la ropa y finalmente me penetró con tal brutalidad que sentí un dolor insoportable. El ascensor paró y se oían pasos en la escalera. Él salió corriendo. Me arrastré hasta la puerta de nuestra casa y llamé al timbre. Tino —Encina vuelve a llorar— llevaba un tiempo siendo muy antipático conmigo, se había enamorado de otra mujer y no soportaba mi presencia, pero todavía no lo había reconocido. Yo lo sabía, pero no lo habíamos hablado. Él era un hombre duro y difícil, no sé cómo pude enamorarme de él, quizá porque al principio me presentó otra cara. Ya conocía sus malos modales, pero lo que ocurrió entonces nunca lo habría imaginado. Cuando abrió la puerta, yo me eché en sus brazos llorando y gritando lo que acababa de ocurrir. Se apartó de mí y me miró con desprecio. «Seguro que lo provocaste», me escupió a la cara. No pude soportar esta segunda violación. Me metí en la alcoba y cerré la puerta. Lloré amargamente. Oí la puerta de la calle cerrarse de un portazo. Entonces me levanté y me metí en la ducha. Me sentía sucia y miserable. El agua y el jabón no lograron limpiarme, la suciedad seguía y sigue dentro de mí. Curé mis heridas e hice la maleta. Fui a casa de mis padres, que se quedaron espantados de mi aspecto. Yo no podía mirarlos a los ojos ni aguantar su mirada. Respetaron mi silencio, dando por hecho que Tino había sido el maltratador. Apenas lo conocían, pero nunca les había gustado. Yo nada desmentí, y no me habría importado que entre todos los mozos del pueblo, amigos míos, le hubieran dado una buena paliza. Pero algún rumor debió de llegarle, porque desapareció de Ponferrada y no se le ha vuelto a ver por la zona..., total, no tenía nada que perder porque estaba en paro y yo pagaba el apartamento. Esto ocurrió hace dos años y no había podido hablar de ello con nadie, sabiendo que sólo una persona que hubiera vivido algo similar podría comprender mis sentimientos.

16

Simón
Sor Eufemia

A pesar de la comodidad de la habitación, he pasado muchas horas despierto. La presencia de Bárbara se ha colado en mí y no me deja respiro. La noche anterior, durante la cena, no podía apartar la mirada de su rostro, mientras ella no parecía darse cuenta de mi insistencia. Hablamos de gárgolas, de monstruos, de híbridos. Bárbara parecía familiarizada con ellos y rechazaba los planteamientos culturales. Yo apenas escuchaba las razones de los demás, sólo prestaba atención cuando ella intervenía con una o dos palabras porque me parecía que en ellas había una verdad vivencial encerrada. Me he levantado muy temprano y he bajado al comedor para tomar un primer café. Todavía no se han iniciado los desayunos y el comedor está vacío, salvo por una mesa a la que están sentadas Bárbara y una monja mayor. Parecen amigas y hablan en un susurro. El corazón me da un vuelco y no puedo evitar la tentación de acercarme afrontando el riesgo de resultar inoportuno. Bárbara me saluda y me presenta a sor Eufemia, cuyo nombre, añade, significa «la que bien habla». Sor Eufemia aclara que ése es, efectivamente, el significado de su nombre, pero que ella no habla bien. Me invita a sentarme con ellas si ése es mi deseo, aunque me advierte que todavía es temprano para tomar café. Acepto la invitación. Indago sobre la relación entre ellas, ¿se conocían de antemano? Eufemia me explica que ella cuidó a Bárbara cuando era pequeña, hasta que su abuelo ordenó sus asuntos para ocuparse de ella. Bárbara asiente, y añade que su abuelo conocía a sor Eufemia, y que ésta fue su tabla de salvación

mientras vivió en el convento.

—Yo era una niña muy desgraciada y muy salvaje, ella supo entenderme y respetar mi mutismo. —Bárbara baja los ojos y no me mira. Sor Eufemia retoma la palabra.

—Pude ayudar a algunos niños porque entendía lo que les ocurría. Yo había sido una de ellos. Era casi una niña cuando estuve ayudando en la cocina a las monjas Carbajalas. Ellas tenían entonces una casa hogar donde acogían a niños de toda esta zona. Quizá yo tuviera unos trece años cuando entré allí, pero como era muy menudita y llevaba el pelo muy corto parecía uno más de aquellos niños recogidos.

Me cuesta imaginarla desde su figura actual tal como se describe en la niñez.

—Durante los primeros meses sufrí mucho —sigue contando sor Eufemia—. Tenía una pena dentro que me llenaba constantemente la garganta de lágrimas y no me salía la voz. Por eso entendí tan bien a Bárbara. Las monjas llegaron a pensar si yo tendría algún problema con el habla, aunque allí la voz no era muy necesaria. Entonces esas monjas eran más de clausura que las de ahora. Recuerdo que cuando un albañil acudía al convento a reparar algo le acompañaba una monja tocando una campanilla o le enganchaban a él un cascabel en el tobillo para alertar a las monjas de su presencia y que pudieran evitar su encuentro.

Bárbara me acompaña en la sonrisa y me siento feliz. Sor Eufemia retoma su relato.

—Yo echaba de menos a mis padres y a mis hermanos, todos más pequeños que yo, pero sobre todo me faltaban mis montes, prados y ríos, por los que yo campaba libremente. También ayudaba a la monja que cuidaba la huerta, eso me gustaba más. —Sor Eufemia hace una pausa y en su mirada descubro finalmente a la niña que fue—. No me importaba el frío, siempre sentí más frío en el interior que afuera, y en ninguno de los dos espacios me libraba de los sabañones. Las monjas trataban de entendernos, ahora me doy cuenta de eso, aunque no les era fácil. Allí cada cual arrastraba lo suyo y sus circunstancias eran muy distintas a las nuestras.

No quiero interrumpir, pero pienso que el nombre de sor Eufemia le viene ahora como anillo al dedo, a pesar de haber sido aquella niña tan silenciosa.

—Cuando me acostumbré a aquella vida empecé a ser muy útil para sor María del Camino, que era la encargada de la disciplina de los niños. Un día, ella me confesó que no entendía a las familias que dejaban a los niños en la casa hogar, porque mucho llorar y gemir al despedirse de los hijos, pero luego no se acordaban de venir a visitarlos. Añadió que a ella se le rompía el alma cuando asistía a las despedidas; que más o menos se había acostumbrado a las lágrimas de las madres, pero que si veía llorar a un padre, de esos fuertes y curtidos, se le removían las entrañas, y luego resultaba que pasaban meses y meses y los pobres críos no volvían a saber de sus familias. «No es como tu padre», me decía, «que siempre que puede viene a verte». Pero yo sabía que el caso de mi padre era diferente porque era guardabosques y tenía el privilegio de un coche Land Rover que le habían concedido no hacía mucho y con el que acompañaba a los señores de ciudad en sus cacerías, además de recorrer todo el día el monte de lado a lado. Yo no hablaba mucho en aquel tiempo y me era difícil explicarle, pero una vez que apareció mi padre, coincidiendo con un descanso de la monja, conseguí que ésta nos acompañara a pasar el día a la aldea con nosotros. Era invierno y el Land Rover arremetió cuesta arriba por la carretera que había despejado la máquina quitanieves. A medida que íbamos subiendo, yo le señalaba los pequeños puntos en la distancia que eran las aldeas de nuestros niños. El mismo Land Rover no podía acceder a muchos de los pueblos a causa de la nieve; eran aldeas aisladas e incomunicadas, imposible caminar los muchos kilómetros que separaban a aquellas gentes de la parada de un autobús que las condujera a León. Sor María del Camino comprendió entonces las lágrimas de despedida y la ausencia de visitas. Se quedó muy triste, pero mi madre nos esperaba con el fuego de leña encendido y un buen caldo berciano, y pasamos un día alegre. Yo no lloré al regreso porque ya me había acostumbrado a la vida del convento.

Bárbara escucha en silencio, con la mirada ensoñada. Me da

la impresión de que las imágenes que describe sor Eufemia despiertan otras en su memoria.

—Así fue aprendiendo sor María del Camino conmigo. Recuerdo un día que entró en la cocina refunfuñando a propósito de Domiciano, un chaval al que yo conocía bien porque nuestras familias eran amigas. Ocurría que los niños tenían un patio en la casa hogar para jugar y todos los días venían unos seminaristas a recogerlos y los llevaban a campo abierto para que jugaran al fútbol. Aquel día, los seminaristas no habían podido venir por algún motivo y el niño se puso muy nervioso. La monja trató de calmarlo, pero él seguía en sus trece: «Yo quiero ir al campo. No importa que no vengan los seminaristas, llévanos tú», le decía. Sor María del Camino le explicó que ella no podía y el niño se enfadó y daba patadas a todo lo que se le ponía por delante. Ella le animó a que jugaran al balón en el patio, que era muy grande, pero él le contestó: «¡Te crees muy lista! ¡Cómo voy a correr en el patio! ¡Allí no se puede correr! Vas para allá y te topas con un muro; das media vuelta y te topas con otro muro… ¡Cómo quieres que corra si por todas partes hay muros!». Ella lo dejó llorando y vino a quejarse a la cocina. Yo le dije que la próxima vez que mi padre viniera a buscarnos le pediría que nos acompañara a casa de Domiciano y que eso le ayudaría a comprender al niño. No pareció muy convencida, pero accedió a lo que yo proponía. Fuimos un día de primavera. Domiciano vino con nosotros. La madre del niño se llevó una alegría muy grande al vernos y Domi, después de abrazarla, salió en busca de su padre. Lo vimos correr hasta desaparecer en la lejanía. Vivía en una enorme dehesa. La madre nos dijo que no había peligro de que el niño se perdiera, desde que aprendían a andar los hijos corrían sueltos por la dehesa. Para llamarlos a la hora de comer ella soplaba un cuerno de caza cuyo sonido alcanzaba los muchos kilómetros por los que andaban los niños desperdigados. Sor María del Camino volvió a llorar al comprender la desolación del niño frente a los muros, que ella había interpretado como puro capricho. Aquella monja aprendió mucho y fue con el tiempo una buena psicóloga; los niños también aprendimos a quererla. Recuerdo que cuando se creía sola yo la oía

musitar frases como ésta: «¡Qué ignorantes somos, Señor! No conocemos a nadie, ni a nosotras mismas…, ¿cómo quieres que nos entendamos, Señor? ¡Ay, Señor!, ¡qué misteriosos son tus designios!».

—¿Tú conociste a sor María del Camino?

Bárbara niega con la cabeza.

—Ella estuvo a mi cuidado cuando ya no teníamos casa de acogida —explica sor Eufemia—. Fue un favor que le hicimos a su abuelo, que siempre había colaborado con nosotras cuando había necesidad. Él no quería que a la niña la metieran en una institución, y quería ocuparse directamente de ella, pero tenía que organizar su vida.

Me pregunto si Bárbara tendrá abuela, pero no indago. Me parece que hay mucho dolor encerrado en sus recuerdos, no quiero despertar más de la cuenta.

17

Sierra Pambley

Encina llega a León al día siguiente, tal como Simón había previsto. Se encuentra con Bárbara y Marianela en el albergue de las monjas y a mediodía se reúne para comer con los demás en el restaurante que propuso Marianela. Simón la encuentra muy cambiada, como si algo en su interior hubiera madurado. Ya no tiene esa mirada retadora, parece más segura, más tranquila. Durante la comida ambos se observan de una punta a otra de la mesa. Apenas han intercambiado unas palabras de saludo. Ella percibe en seguida el interés de Simón por Bárbara y le disgusta. El flechazo resulta evidente para todos excepto para la propia Bárbara, que se mantiene indiferente, ni molesta ni halagada. Simón no sabe cómo romper el bloque de hielo que parece protegerla. El único interés de Bárbara es estar cerca de Encina, la cual, a su vez, desea perderla de vista. Marianela observa desde fuera el círculo de movimientos sentimentales intentando captar de vez en cuando la atención de su amigo Simón.

Tras la sobremesa se dividen para visitar diferentes lugares. Yves y sus dos amigos tienen interés en la Colegiata de San Isidoro y Marianela y Encina se ofrecen a acompañarlos. Bárbara se acerca a Simón.

—Creo que te gustará conocer la Fundación Sierra-Pambley, en cuya granja yo estudié.

—Seguro que me encantará conocerla.

—Y creo que te gustará especialmente la biblioteca Azcárate.

A Simón le emociona que Bárbara piense en él y en sus gustos. No ha vuelto a encontrar en ella el resplandor del primer

día, pero eso no afecta a su enamoramiento. Lo que le atrae no es sólo su presencia física, sino algo interior, una sensación que hasta ahora no había experimentado, como de vértigo frente a un abismo. La Fundación le parece interesante, pero Simón quiere aprovechar la visita para acceder a más información de la vida de Bárbara, como en su encuentro con sor Eufemia, a lo cual ella se resiste, como si temiera enfrentarse al pasado. Pasean por el aula contemplando las láminas de ciencias naturales que los maestros utilizaron para enseñar a los niños de los pueblos y se detienen a leer la información que la Fundación pone actualmente al servicio del visitante.

—Yo estudié en una granja escuela de Hospital de Órbigo gracias a mi abuelo, que era entusiasta de esa enseñanza; además, yo no quería ir a la escuela ni separarme de él. Él me entendía, él había vivido una depresión y sabía lo que era. En esta escuela crearon una experiencia innovadora, «la Alternancia», que consistía en que los alumnos asistían al colegio una semana y la siguiente permanecían en casa trabajando en las propias granjas o empresas familiares. Con esta fórmula que no me alejaba tanto de él, y gracias al contacto curativo para mí de las plantas, me fui defendiendo.

—Por lo que veo, la Fundación Sierra-Pambley tenía relación con Giner de los Ríos, de la Institución Libre de Enseñanza.

—Sí, fue Giner quien creó la Fundación. Mi abuelo le admiraba mucho, aunque no lo pudo conocer personalmente porque, cuando entró en contacto con los miembros del patronato, Giner ya había fallecido. Mi abuelo colaboró muy activamente con la Fundación porque decía que el espíritu de Giner alimentaba todo aquello.

—En Madrid creó el Instituto Escuela, una institución modélica que, lamentablemente, acabó de forma abrupta bajo el régimen de Franco.

—Sí, claro, confiscaron todos los bienes de la Fundación y mataron o depuraron a la mayor parte del personal docente. Después de la guerra mi abuelo sufrió una depresión y se encerró en su finca, donde seguía investigando sobre temas agrícolas

alejado de todos, especialmente después de la muerte de su mujer. Creo que para mi padre ese aislamiento fue tremendo. Nunca se llevó bien con el abuelo y pasó la mayor parte de su vida de estudiante interno en un colegio de Madrid.

—¿No tuvo la oportunidad de asistir a las escuelas de Sierra-Pambley?

—No, porque sólo a partir de 1979 se recuperó la legitimidad fundacional, con un Patronato compuesto por personas afines a la Institución Libre de Enseñanza.

—Yo también soy admirador de la obra de Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza, y estuve hospedado un tiempo en la Residencia de Estudiantes mientras realizaba un proyecto de investigación en Madrid.

Bárbara le mira con atención.

—Hay algo en ti que me recuerda a mi abuelo —le dice.

Simón quiere sonsacarle más información, pero ella desvía la conversación. Nunca ha proporcionado tantas explicaciones y está agotada. No sabe lo que tiene Simón, pero le da la sensación de que una parte de la personalidad de su abuelo se está manifestando en él.

—Ven, vamos, entremos en la biblioteca Azcárate.

Entran en la biblioteca. Simón se siente orgulloso de que Bárbara haya pensado en él para presentarle el lugar que están visitando. Parece la biblioteca de sus sueños: el orden, el silencio, los libros bien clasificados y protegidos por cristal. El bibliotecario le informa de que los manuscritos históricos pasaron a la Real Academia de la Historia. El lugar, con sus confortables mesas y sillas de madera, le invita al estudio, pero Bárbara tira de él hacia el exterior.

Simón observa la palidez de sus mejillas demacradas, sin rastro del resplandor dorado que percibió en la catedral.

—¿Te encuentras mal?

—Tengo ganas de llorar.

—¿Puedo ayudarte?

—Sólo me ayuda estar sola y permitir que fluya el llanto.

—¿Es por el recuerdo de tu abuelo?

—Nunca sé la razón exacta cuando me ocurre esto.

Se dirigen en silencio al monasterio de las Carbajalas. Bárbara toma una habitación en la hospedería alegando que no se siente a gusto en el albergue, necesita estar sola. Va a recoger su mochila y deja una nota en la cama de Encina anunciándole el cambio.

Por la noche, Encina es la única que aparece a la hora de la cena. Se encuentra con un Simón pensativo y solitario.

—Ha sido muy interesante la visita a la Basílica de San Isidoro —le informa—. Tiene una pintura mural románica fantástica y Marianela estaba apasionada con los capiteles, tomaba nota de todo. Dice que a un amigo suyo le interesan mucho las representaciones escultóricas de los capiteles y también los motivos de las gárgolas, y está encantada de poder brindarle tanta información. Yves estuvo dibujando... —De pronto se interrumpe, al darse cuenta de que no está captando la atención de su amigo—. ¿Te pasa algo?

Simón piensa en Marianela, que ya ha regresado a Amusco. Le gustaría haberle dedicado más tiempo, más interés. Recuerda ahora las palabras del pastor-cazador, y le preocupa no haber hablado más con ella, saber qué hay detrás de esas habladurías. Por otro lado, está obsesionado con Bárbara. Encina sólo intuye la segunda parte.

—Te avisé de que era difícil. Por eso no quiero supeditar mi camino al suyo, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo, pero creo que debemos ayudarla.

—Ayúdala tú, si puedes. Yo he agotado mi dosis de dedicación a ciegas. Cuando era niña siempre traté de protegerla, de incluirla en el círculo de mis amigos, pero al final no resultaba. Cuando ya todo parecía funcionar, ella hacía algo rompedor que la separaba de nuevo, como desaparecer, o reírse a carcajadas en situaciones inoportunas, o llorar en silencio durante momentos interminables. Para mí fue una liberación cuando se fue del pueblo una temporada, creo que la trajeron a este monasterio y que después regresó para vivir con su abuelo, y yo reanudé mi protección hasta que nos fuimos a vivir a Bilbao y ella a estudiar a Hospital de Órbigo y creo que después a Villablino. Desde entonces

no nos habíamos vuelto a ver, pero yo siento que ella sigue buscando en mí la misma relación de antaño. Esta noche he encontrado una nota en mi cama diciendo que se cambia a la hospedería, ¿va a dormir contigo?

—No, parece que necesita estar sola. ¿Cómo era su abuelo?

—Bastante raro también, aunque era una persona interesante, con muchos conocimientos y gran inteligencia. Por lo menos, eso me parecía. Yo ya lo conocí viudo, su mujer había muerto joven; sólo tuvieron un hijo, el padre de Bárbara, con el que no se llevaba bien. El abuelo era un personaje respetado en la zona; había contribuido a hacer prosperar la agricultura con ideas novedosas, aportando conocimientos sobre el cultivo de hortalizas, frutales y legumbres. Fue una auténtica revolución, porque hasta entonces la única legumbre que se cultivaba en la zona era el garbanzo. Mi abuelo se dedicaba a la ganadería y eran amigos, hablaban mucho, hasta que se enfadaron por una tontería. El abuelo de Bárbara era hombre de grandes enfados, y el mío es testarudo y no perdonaba lo que él llamaba una falta de respeto a sus principios y a su verdad. El resultado es que ya no volvieron a hablarse. Ya sabes cómo son las relaciones en los pueblos.

—Me gustaría imaginar tu vida y la de Bárbara en esos parajes tan bellos de los que me has hablado y saber con qué juegos os entreteníais.

—Nuestra infancia no tiene nada que ver con la de los niños de ahora. El foco principal de atracción para nuestros juegos era el río. Nos bañábamos por la tarde; Bárbara era buena nadadora, pero, como siempre, le gustaba sorprender. Se lanzaba desde las ramas más altas de los árboles que bordean el río y caía al lado de alguien que se llevaba un susto tremendo por lo imprevisto.

—Mi vida de niño en Coímbra también giraba alrededor del río, pero nosotros nos bañábamos por la mañana, y sólo en verano, aunque yo pasaba una parte importante de mis veraneos en la costa asturiana; a mi madre le encanta, ella es profesora de español.

—Yo no me movía de mi pueblo en verano; incluso cuando nos fuimos a vivir a Bilbao pasábamos las vacaciones en el pueblo.

Mi abuelo se llama Pedro, y todos los años por su santo, el 29 de junio, empezaban para nosotros los baños. Él era tratante y compraba ovejas. Por las mañanas, mi hermano y yo subíamos con los otros zagales a cuidar las ovejas. La madre de Bárbara no permitía que su hija se uniera a nosotros. Era una pena, porque a veces vivíamos emociones y aventuras. Recuerdo que una vez yo perdí una zapatilla, y el problema no era regresar hasta casa descalza, el problema era decir que había perdido una zapatilla porque no había dinero para andar reponiendo. Nos apoyábamos unos a otros y era bonito. Yo tenía además la suerte de poder participar en los juegos de los chicos por ser melliza de Nicolás. Íbamos juntos a todas partes, él era muy líder y sus amigos me aceptaban sin rechistar. Jugábamos después del baño en el barranco, sólo los chicos y yo. A esa hora, el padre de Bárbara era quien se ocupaba de ella, y mientras echaba la partida en el bar la dejaba libre. Él quería que jugara con nosotros, pero no era fácil, como te he contado. Había una hermana de mi padre, Marina, que quería mucho a Bárbara, ella era acogedora con todo el mundo. Era una mujer muy negociante porque la familia viene de la maragatería, y viajaba de un lado a otro con eso del estraperlo. A veces, cuando Bárbara se separaba de nosotros llorando y se encontraba con ella, la llevaba a donde su palloza, y allí se entretenía en una pequeña huerta donde Marina le dejaba plantar lo que quisiera. En esa palloza, mi tía acogía también a los peregrinos y les daba de dormir y de comer. Era muy solidaria porque ella andaba por el mundo, y en ese tiempo la gente no llevaba dinero.

—En este camino me estoy encontrando con mujeres muy especiales. Tú eres una de ellas, Encina.

—Estás haciendo un camino de otoño y te estás encontrando con mujeres solitarias en el otoño de sus vidas. Si lo hicieras en verano te cruzarías con jóvenes y con familias, las mujeres de nuestra edad suelen ser madres de adolescentes.

—Me parece que me corresponde más esta época. Yo también soy hombre solitario en el otoño de la vida. Contigo estaba estableciendo una relación de amistad muy valiosa para mí, ¿por

qué me abandonaste?

—No pretendía hacerlo. Las relaciones a veces son difíciles porque deben satisfacer la situación de las dos partes. Me daba la sensación de que tú necesitabas compañía, y yo estoy en un momento en que la independencia me es muy necesaria para resolver temas y deshacer nudos interiores. Al separarme de ti descubrí el valor de tu amistad, y me encantaría seguir caminando a tu lado, pero de esta forma libre que nos brinda el Camino, unas etapas juntos y otras separados, según se presenten, ¿qué te parece?

—No está mal, dejémoslo al azar, ya no me sorprenderé cuando desaparezcas. ¿Volviste a encontrarte con Vera y Joaquín?

—Hemos estado juntos, pero es probable que ya no coincidamos más en el Camino, porque ellos van a hacer un descanso de tres o cuatro días. Tenemos los correos electrónicos por si algún día queremos reunirnos. Para mí ha sido muy importante el encuentro con Vera. Con ella he iniciado un principio de curación de uno de mis temas pendientes y me gustaría colaborar con ellos en su Fundación. A través del Camino parece que la vida me brinde una oportunidad de hacer algo útil sin pensar en el beneficio que me puede reportar.

Simón intuye que Encina no va a hablar con él del tema que ha resuelto con Vera y nada pregunta.

18

Hacia Astorga

Bárbara está disgustada porque al despertar en la hospedería sólo quedaba Simón esperándola para desayunar.

—¿Por qué no me ha despertado Encina?

—Encina es así, Bárbara, y en el Camino cada uno debe responsabilizarse de sí mismo. Ha dejado bien claro que ella no se ocupa de nadie. Yo también me ofendí la primera vez que me ocurrió, me pareció una traición, y ahora sé que no lo era. Si quieres salir a la misma hora que ella tendrás que estar pendiente, y si se te escapa tendrás que tratar de darle alcance en alguna de las siguientes etapas.

Bárbara no parece muy convencida y, aunque acepta el argumento de Simón, se siente abandonada, traicionada y no querida. Camina arrastrando la tristeza. Llegan a Hospital de Órbigo y allí se reavivan sus recuerdos. Hace un esfuerzo por apartar su inseguridad, y conduce a Simón a comer al mesón Hangar, el merendero de una piscifactoría. Simón prueba la sopa de trucha que Bárbara le recomienda por haber sido el plato favorito de su abuelo, pero no le habla de él. Ella sabe que a Simón le impresiona su silencio, pero nada puede hacer. La tarde está apacible y permanecen largo rato en el merendero, donde el camarero la ha reconocido y saludado. A pesar de la alegría del mozo por volver a verla, la autoestima de Bárbara no se levanta; piensa que nadie la conoce en su realidad, que nadie la quiere como es y que si descubrieran su verdadero ser la rechazarían.

Después de comer, ambos comparten un rato agradable, Simón permanece absorto leyendo, mientras ella dibuja en su

cuaderno el tronco de un árbol retorcido y vigoroso. Le gustaría explicarle a Simón el significado de ese árbol ya que él quiere conocerla y a ella le es tan difícil darse a conocer. Una escena acude a su mente. Pasa la página del cuaderno y escribe:

> Por las noches se despertaba bramando de dolor. Yo lo escuchaba desde el cuarto vecino, no quería que lo apaciguaran, lo necesitaba así, manifestándose tal como era, fuerte como un toro hasta en la enfermedad, hasta en su lucha con la muerte. Cuando le daban el calmante y me dejaban pasar a verle, él me miraba como detrás de una niebla y no era él, se habían retirado su fuerza y su vigor desmedido. Él nunca se había rendido, yo no lo quería rendido. Por eso borré de mi recuerdo la imagen de sus últimos momentos. Le transmití mis sentimientos con un apretón de mi mano de dieciséis años y una de nuestras miradas salvajes de despedida. Sé que le llegó mi mensaje y que comprendió que no quisiera verlo más. Ahora, cuando siento el mar embravecido o una fuerte tormenta, me acuerdo de él, estoy con él. Esa fuerza sigue viva en mí.

Cierra el cuaderno y se acerca a Simón.

—¿Qué lees? —le pregunta para apartar la pena del recuerdo.

Simón retira la mirada del libro de Spinoza.

—Acabo de leer esta frase: «... la esencia de las cosas no implica un determinado tiempo de existencia. Una cosa cualquiera, sea más o menos perfecta, podrá perseverar siempre en la existencia con la misma fuerza con que comenzó a existir».

—Yo también lo siento así: la materia desaparece, pero la esencia de las cosas puede perdurar en el tiempo.

Bárbara le muestra el dibujo del árbol.

—Es él.

—¿Quién?

—Mi abuelo.

Simón contempla el dibujo.

—¡Caray! Debía de ser tremendo.

—Él me enseñó la felicidad, allí, en el Valle del Bierzo.

A Simón le sorprende esta manifestación.

—¿Siempre fuiste feliz allí?

—No. Antes de vivir con mi abuelo fui terriblemente

desgraciada.

Le gustaría hacer desaparecer aquel tiempo y, sin embargo, ella sabe que no está permitido borrar la memoria para ahuyentar el dolor, porque el dolor permanece agazapado y salta rompiendo barreras al menor descuido.

—Me gustaría que me hablaras de tus momentos de felicidad.

—En realidad no fueron tantos, pero sí muy intensos.

El pelo rojizo de Bárbara brilla con el reflejo del sol poniente. Sus ojos vuelven a animarse con un ligero resplandor. Sonríe. Simón acaricia esa melena rojiza con la imaginación, y de la misma forma roza con los suyos los labios entreabiertos de ella. Pero no se atreve a intentarlo porque teme romper la fragilidad del momento.

—Mi abuelo y yo cabalgábamos por el monte. Nos sentíamos únicos en esos momentos, ajenos a la cordura, fuera de la ley humana, cargada de peligros, amenazas y culpas. Éramos libres mientras nos lanzábamos a galope hacia los abismos, con pasión, rozando la locura. De nuestras gargantas brotaban sonidos guturales, primigenios. Creo que a ninguno de los dos nos habría importado dejar la vida en instantes así. De ahí nuestra valentía, que alertaba a las personas que se creían sensatas y que en algún momento intentaron separarnos.

—¿Por qué?

—No les gustaba nuestra relación. La gente rechaza lo que no entiende.

La expresión de Bárbara queda fija en el recuerdo por unos instantes, después se transforma. El sol ha terminado de esconderse tras la colina. La magia se ha apagado.

—Nunca he vuelto a sentir nada semejante. La locura que he vivido después de la muerte de mi abuelo ha sido muy distinta y aterradora.

Bárbara enmudece. Simón intuye que no quiere hablar de ello, él tampoco se siente preparado para adentrarse en su abismo.

—¿Puedo leer lo que has escrito?

Bárbara le entrega el cuaderno.

—Claro, lo he escrito para ti, para que me conozcas.

Simón coge el cuaderno y lee.

—¡Qué curioso! Estábamos aparentemente separados, cada uno a lo suyo, y, sin embargo, Spinoza y tu abuelo nos estaban uniendo en una misma idea.

Simón se recrea en las escenas que Bárbara ha despertado en su imaginación. La ve galopando, con la brillante melena al viento, como una diosa.

Bárbara ríe cuando se lo dice. Se ponen en pie y reanudan la marcha.

—Cuando me fui a vivir con el abuelo, lo primero que hice fue cortarme la melena. A él le gustaba mucho y me entró como una especie de rebeldía. Cuando cabalgábamos, yo llevaba el pelo rapado como un chico. Y, además, cuando la familia de Encina se trasladó a Bilbao, yo quería seguir mi relación con los amigos de su hermano, y pensé que mi aspecto masculino ayudaría a mantener esa amistad, pero no fue así. En realidad, no se trataba exactamente de amistad. Yo quería jugar con ellos en el barranco porque ahí creaba mis fantasías. En el barranco los chicos habían construido todo un mundo bastante tosco, aunque muy completo, ideal para sus juegos, con sus carreteras, la gasolinera, las montañas, el pueblo. Construíamos las casas con piedras del río. Las mías eran muy especiales, y algunos las entendían y otros no, y las rompían a veces, pero a mí no me importaba, con tal de que me dejaran participar. Lo que yo disfrutaba era el tiempo de creación en que me aislaba del resto, por eso digo que no era amistad lo que me unía a ellos.

—¿Y no habrías podido hacer esas creaciones en otro espacio?

—No. Tenía que ser allí. En medio de aquel mundo rústico de los chicos mis edificios chocaban, eran más refinados y adquirían un significado rompedor. Yo modificaba su espacio con mis aportaciones, ¿lo entiendes?

—Creo que sí, era tu forma de comunicación.

—En la granja de Sierra-Pambley mis amigos fueron las plantas, los árboles. Yo sentía su fuerza, su vida interna. Después abandoné la jardinería porque no me gustaba someter a las plantas al capricho de la estética. Se producía dentro de mí una batalla que me agotaba ¿Sabes que estuve un tiempo recluida en un

psiquiátrico?

—No lo sabía.

La mochila de Simão se hace de pronto más pesada. El paisaje es muy bello, se alternan los verdes y marrones de robles y encinas con los tonos de la tierra sembrada. Se detienen en un crucero desde el que se divisa Astorga. Disfrutan unos instantes la mansedumbre del paisaje de otoño al crepúsculo, de las esquilas de las vacas regresando al establo en la lejanía.

Simón siente ganas de abrazarla, de protegerla, de decirle: «Bárbara, amor mío, ¿tan grande fue tu dolor?». Pero se contiene.

19

Simón
Astorga

Veo acercase a Bárbara con la alegría pintada en el rostro.

—¡Encontré a Encina en el albergue! Me dijo que ella también tenía muchas ganas de reunirse con nosotros y que ha reservado mesa, junto a unos amigos, en Castrillo de los Polvazares, un pueblecito cerca de aquí donde sirven el mejor cocido maragato. Si nos queremos unir al grupo nos pueden llevar en coche.

Me conmueve la ilusión de Bárbara y accedo al encuentro, aunque mis planes eran otros. Tenía pensado encerrarme unas horas en la biblioteca de Astorga para recoger información sobre el Valle del Silencio y sobre los eremitas que lo poblaron en la antigüedad, pero hay que aprovechar lo que ofrece el Camino. Me encerraré en la biblioteca a la vuelta de Castrillo, o incluso me quedaré un día más. Ya no me asustan las separaciones, el Camino se encarga de volver a reunir a los peregrinos desperdigados.

—Ya sé que querías pasar la tarde en la biblioteca —me dice Bárbara interpretando mis pensamientos—, pero acabaremos pronto y podrás hacerlo. Ellos también tienen que descansar. Han estado pateando Astorga como nosotros, lo raro es que no nos hayamos encontrado; han visitado también la catedral y se han detenido en las gárgolas y los monstruos de los capiteles, igual que tú y yo. —Bárbara ríe a carcajadas y me sobresalta. Recuerdo la risa descontrolada de la que me habló Encina, y que surgía en momentos inoportunos. No es el caso ahora, pero se acerca, y puedo imaginar la sensación que esa risa produce en los demás. Su entusiasmo desbordante despierta en mí un poco de celos, ¿por qué

no se ilumina así cuando está a solas conmigo? Reconozco que ha hecho el gran esfuerzo de revelarme temas íntimos, difíciles de comunicar, pero en ella ha dominado sobre todo la tristeza, salvo en breves instantes. No es cuestión de apagar esta llama de alegría. La animo a que vaya en busca de Encina para comunicarle nuestra decisión de unirnos a la comida.

Mientras Bárbara está fuera, me dedico a vaciar la mochila encima de la cama para recolocar mis pertenencias. Extraigo la bolsa de ropa usada y me acerco a las pilas de lavado, donde hago la colada. Después de la ducha, me entretengo revisando las rozaduras en mis pies. Con alivio, compruebo que la piel está más curtida y la ampolla totalmente curada. Me molesta un tobillo, pero me he acostumbrado a caminar con esa molestia. Aprecio cómo muchas de las pequeñas señales de dolor que aparecen en mi cuerpo se resuelven con la marcha. Siento también el ánimo fortalecido por los días de camino al aire libre, por los silencios y por las conversaciones. Ya no soy el mismo que empezó a caminar hace pocos días. El recuerdo de Tania ya no me importuna.

—Te veo un poco perdido entre tantos cachivaches, ¿quieres que te ayude? Hola, soy Leonor.

Se ha acercado a mí una peregrina que ocupa una litera cercana.

—No, muchas gracias, Leonor. No estoy perdido, me lo estoy tomando con calma, me gusta hacerlo así.

La peregrina se sienta en un rincón de la cama dispuesta a conversar.

—¿Piensas llegar hasta Santiago?

—No lo sé, no sé hasta dónde me llevará el Camino, depende.

No tengo ganas de hablar de mis planes aún imprecisos. Son muchos los caminos que siento abiertos en mi interior y no sé cuál de ellos me conducirá ni hasta dónde. La peregrina comprende mi necesidad de silencio y se retira.

—Te dejo concentrarte, pero si necesitas ayuda ahí me tienes. Soy excelente en la organización de mochilas.

Termino de ordenar y me instalo cómodamente a leer cuando aparece Bárbara muy excitada.

—Date prisa, Simón. Nos están esperando para llevarnos a dar una vuelta por los alrededores antes de comer. Te apetece, ¿verdad?

¿Cómo decirle que no me apetece nada? Si no fuera por las ganas de estar con ella mi plan sería quedarme leyendo tumbado en la cama, pero la ilusión que pone en que yo me sume a la expedición significa un motor más que suficiente para ponerme en marcha.

La serenidad de Encina contrasta con la alegría desbordante de Bárbara. Me presenta a sus amigos: dos chicos jóvenes y dos mujeres más o menos de nuestra edad. Los jóvenes y las dos mujeres llevan coincidiendo varias etapas y se entienden muy bien. Los dos chicos iniciaron el Camino en un pueblo de Logroño, las dos mujeres son de Madrid y lo iniciaron en Jaca. Ellas, Lucía y Blanca, traen coche de apoyo, un Land Rover en el que nos apiñamos los siete pasajeros.

Siento la tibieza del cuerpo de Bárbara junto al mío. Al poco rato, ella apoya la cabeza en mi hombro. Me atrevo a acariciar la melena que tanto he ansiado tocar. Siento un deseo sincero de proteger la fragilidad tan desamparada de mi amiga, cuya energía parece a punto de romperse a cada instante. Una chispa eléctrica me recorre el cuerpo al contacto con ella, como la primera vez que la vi. Encina charla con uno de los jóvenes y le habla de su tierra en el valle del Bierzo, y de la recogida de castañas en la que piensa participar, y del magosto, una fiesta alrededor del fuego asando castañas y patatas en un tambor.

—Son momentos mágicos, ¿verdad? —dice dirigiéndose a su amiga, aunque Bárbara ha perdido el entusiasmo de hace un momento. Siento un ligero temblor en su cuerpo cuando la oigo contestar un débil *sí*. Creo que las escenas que describe Encina despiertan en Bárbara recuerdos del pasado que remueven su espíritu dolorido. Encina tiene probablemente razón cuando dice que una relación estrecha con Bárbara podría ser difícil. Sin embargo, el calor del cuerpo de la mujer apoyado en el mío me está comunicando la posibilidad de unir nuestras dos soledades y conseguir una unidad armoniosa. Estoy dispuesto a intentarlo.

Castrillo de los Polvazares es un pueblo muy maragato que conserva la arquitectura del siglo pasado. Las casas del pueblo le recuerdan a Bárbara las que construían en el barranco, cuando cubrían las piedras con barro. Caminamos por las calles empedradas y Blanca, que es profesora de Historia del Arte, nos explica que el pueblo fue declarado Conjunto Histórico-Artístico.

—¿De dónde habrá salido el nombre de Castrillo de los Polvazares? —pregunta Encina.

—Seguramente en su inicio fue un pequeño castro, de ahí lo de Castrillo. Muy cerca de aquí hay dos castros que podemos visitar: el de San Martino y el de Teso de la Mesa.

—Imagino que el castrillo estaría rodeado de tierra y polvo, y de ahí lo de Polvazares —comento.

—¿No te recuerdan las casas del barranco, Encina?

—En cierto modo, porque las nuestras estaban también construidas con piedras y barro. Pero las tuyas eran las más bellas, Bárbara, y no solías recubrirlas de barro.

Bárbara sonríe orgullosa y mira con amor a Encina.

—Me gustaba el color de la piedra, por eso tardaba tanto en terminarlas: porque no servía cualquier canto rodado, tenían que encajar perfectamente tanto en la forma como en color.

El comedor donde nos espera la dueña del establecimiento es acogedor. Se nota que ha habido movimiento de comidas, de ahí la hora tardía que únicamente hemos conseguido reservar, aunque todo está impecable y la atención a los peregrinos es muy cordial. Nos sirven las carnes primero, contándonos el origen de esta costumbre con la historia de los soldados de Napoleón. Cuando la dueña se retira a la cocina, yo añado la otra versión que me dio el cazador-pastor que encontré cerca de Amusco.

Bárbara está muy tranquila. Sospecho que se ha tomado un calmante porque bosteza con frecuencia y parece cansada; apenas prueba la comida. Encina se ha sentado a su lado y se muestra muy cariñosa con ella. Cuando llegamos al albergue, Bárbara se tumba en la cama y se duerme en el acto.

Aprovecho para ir a la biblioteca a recabar datos para mi trabajo. Encuentro en ella a varios autores que mencionan la

Tebaida berciana y el priscilianismo.

> Astorga, como lugar de paso de legiones romanas y de comercio entre Oriente y Occidente, introduce por sus vías en la maragatería las confesiones gnóstico-dualistas recogidas en las enseñanzas de Prisciliano, que además alarmó a las autoridades eclesiásticas de aquel tiempo denunciando el excesivo acercamiento de la Iglesia al Estado imperial, así como el enriquecimiento y corrupción existentes entre las jerarquías, predicando en contra de ello y a favor del ascetismo, la pobreza y el celibato voluntario de clérigos y monjes. Éste fue seguramente el motivo de su persecución, encabezada por Higinio de Córdoba, Hidacio de Mérida e Itacio de Ossonoba, obispos corruptos y entregados a los placeres y excesos de la carne.

Permanezco en la biblioteca hasta su cierre tomando notas, contrastando autores y leyendo parte de los escritos tanto de Prisciliano como de Egeria y de Valerio. También recabo información sobre los ermitaños que posteriormente habitaron el Valle del Silencio y sus inmediaciones: Fructuoso, Rosendo, Miguel de Celanova, Genadio y otros.

Cuando regreso al albergue ya ha anochecido.

20

Rabanal del Camino

A pesar de que Encina le prometió no salir por la mañana sin avisarla, Bárbara lleva dos horas con los ojos abiertos vigilando la cama de su amiga. Siente la respiración regular de Simón en la litera vecina y escucha los ronquidos de Pedro, uno de los peregrinos que conocieron la víspera, y que le recuerdan a los de su abuelo, que para ella significaban una compañía cuando de niña se despertaba por la noche. El miedo provocado por las pesadillas desaparecía al oír la ruidosa respiración de su abuelo, que la hacía sentirse protegida por una fuerza superior. Su cama está situada cerca de un ventanuco y la difusa luz del alba empieza a colarse discretamente por la habitación y le permite distinguir los rasgos de la cara de Simón. Se levanta y se acerca a su cama; se sienta en el borde y permanece unos instantes absorta en su contemplación. Como si notara su presencia, él abre los ojos y se sobresalta al encontrarse con la mirada de Bárbara fija sobre su rostro. Reacciona rápido y sonríe tendiéndole la mano. La mano de ella es cálida, y se deja acariciar, y acaricia a su vez la cara de su amigo, siguiendo los rasgos uno por uno, midiendo la tensión de cada músculo, como si los estuviera dibujando. Cuando llega a los labios, Bárbara acerca los suyos y los posa suavemente encima. Suena el despertador de Simón, colocado debajo de la almohada, y él se apresura a pararlo mientras se oyen sonar otros despertadores. Bárbara se sobresalta y se levanta, coge su bolsa de aseo y su ropa, y se dirige al baño. Simón se estira, resignado, y empieza a vestirse lentamente. Mira con rencor al despertador que ha interrumpido el momento mágico. Todavía siente el calor de los

labios de Bárbara sobre los suyos. Como un autómata, se acerca a recoger la ropa que dejó tendida y la prende con imperdibles a la mochila para que acabe de secarse por el camino. Le vienen a la mente ideas absurdas, como el recuerdo de que Tania compraba para los viajes ropa interior de usar y tirar, y se pregunta si Bárbara utiliza esas mismas prendas.

—¡Buenos días! —Encina pasa por su lado acariciándole la cabeza.

¡La barba!, tiene que afeitarse la barba para darle una sorpresa a Encina. Y al terminar el Camino pasará de nuevo por Amusco para saludar a Marianela y presentarse con el nuevo aspecto. Tiene la sensación de que le debe una explicación a Marianela, aunque no sabe exactamente sobre qué. Lo pensará mientras camina. Ha comprobado que la marcha facilita el razonamiento y ayuda a liberar falsas culpas.

Los siete peregrinos se reúnen a la puerta del albergue para seguir juntos hacia Murias de Rechivaldo, donde piensan hacer la primera parada. Una vez superada la salida de Astorga cruzando por un puente la carretera de circunvalación, enfilan un sendero que discurre apartado del tráfico. El día amanece despejado y notan a sus espaldas el calorcillo de los rayos solares.

Murias de Rechivaldo es un pueblo agradable, con casas que tienen el sello de la arquitectura maragata como las de Castrillo. Al lado de la iglesia encuentran un bar abierto que ofrece desayunos. Bárbara se ha sentado al lado de Javier, uno de los dos jóvenes, y parece muy interesada en lo que le está contando. Simón presta atención. El chico está hablando de sus poderes de curación, que descubrió un par de años antes de iniciar el Camino.

—A mí me gustaba tocar a la gente —le escucha decir—, era una costumbre mía, y a veces me decían: deja la mano ahí, me hace sentir bien, y yo me paré a pensar y me dije que algo pasaba. Luego ocurrió que mi madre y mi hermana estuvieron enfermas y las dos pedían que yo les pusiera las manos encima. Y ese poder se fue expandiendo y ya me lo pedía más gente.

—Eres como un intermediario con fuerzas ocultas.

El chico sonríe sin dar importancia a las palabras de Bárbara.

—Llámalo como quieras, pero algo pasa porque se produce un alivio inmediato. Lo cierto es que yo pongo las manos sobre los enfermos y pido ayuda al cielo, y eso es lo que funciona. Yo no soy curandero, yo no curo nada. Si no fuera por la oración, por la petición de ayuda...

Lucía es médica y dice que la empatía de una persona con otra enferma ayuda muchísimo, y anima a Javier a seguir practicando sus dotes curativas. Ella no cree tanto en la oración.

—Ya te decían antes que dejaras la mano posada donde les dolía porque les hacía sentirse bien, y entonces no rezabas, ¿o sí?

—No, entonces no. Pero luego me paré a pensar y pedí que se hicieran evidentes mis dones. Y ahí es cuando empezó la verdadera curación.

Simón recuerda que él también tuvo durante un tiempo cierto poder. Una amiga le había enseñado a hacer masajes con aceites esenciales y lo puso en práctica en el anterior Camino consiguiendo algún resultado, para olvidarlo después. Para seguir practicando hace falta una vocación que él no tiene.

Ahora le preocupa la idea de que dentro de un par de jornadas se desviará hacia el Valle del Silencio y no sabe si Bárbara querrá acompañarle. Le gustaría permanecer a su lado para ofrecerle apoyo y protección. Pero ella no se separa de Encina, caminan juntas y a ratos conversan a media voz. Cuando él se acerca, nota que cambian de conversación. Se siente triste y la suave y larga pendiente empieza a cansarle, mientras los demás peregrinos avanzan con paso ligero llenos de energía.

—¿Estás bien? —le pregunta Javier, que ha ralentizado el paso para coincidir con él.

—No del todo. ¿Te sientes capaz de curar el mal de amores?

Javier sonríe.

—Todo es cuestión de reequilibrar la energía. Es muy fácil: tenemos tres cuerpos, el físico, el astral y el mental. Cuando se hace una fisura en el mental y en el astral, la enfermedad o el cansancio penetran en el cuerpo físico. Cuando quieras yo puedo tratar de equilibrar tu energía.

—No me vendría mal, a veces uno se siente muy solo con un

tema del que no puede ni hablar y la mano de un amigo puede hacer milagros. ¿Dónde aprendiste eso del astral, el físico y el nosequé?

—Muy fácil, una vez metido en esto, me he ido informando para saber cómo funcionan las conexiones.

La compañía de Javier le ayuda a recuperar un paso más firme y pronto llegan a la altura de los demás. Bárbara se separa de Encina y se acerca a Simón.

—¿Te apetece descansar un rato? Tengo ganas de dibujar y tú pareces cansado.

—Es verdad que lo he estado, pero ya voy mucho mejor. Me ha ayudado Javier, su compañía me ha dado fuerzas.

—Ese chico es una joya —dice Bárbara despertando en Simón cierta sensación de celos—. Anoche le vi masajear los pies de otro peregrino que no se sentía capaz de seguir andando. Más tarde el peregrino me confirmó que Javier lo había curado, que sintió un gran alivio cuando le puso las manos encima. ¡Ojalá pudiera arreglarme la cabeza! Pero para que eso funcione hay que tener fe y yo no la tengo.

—Tú no tienes nada grave en la cabeza, Bárbara —le dice para tranquilizarla—, lo único que te ocurre es que has sufrido mucho y eso ha dejado huellas dolorosas en ti.

—¿Nos sentamos allí? —pregunta Bárbara, señalando un tronco caído cerca del sendero—. Si quieres puedes leer a Spinoza mientras yo dibujo.

Simón acepta la sugerencia. Se imagina cómo podría ser la convivencia con Bárbara. Se visualiza compartiendo con ella su apartamento y se ve tumbado en el sofá de la sala leyendo, mientras ella dibuja en la mesa frente a la ventana. Un idilio perfecto: él dándole protección y seguridad, y ella brindándole a él tranquilidad y la compañía que necesita.

Antes de sentarse en el tronco, Bárbara acaricia la corteza.

—Debe de llevar mucho tiempo talado, pero conserva la nobleza, y su corteza da cobijo a miles de seres microscópicos. El cadáver humano, en cambio, se desintegra cuando pierde la savia. Me gustaría ser planta, creo que ya te lo dije. Ya no sufro cuando

talan un árbol o cuando podan sus ramas. He comprendido que a veces es necesario para permitir la circulación del aire y de la luz, incluso para salvar a otras especies cercanas, o para atajar una enfermedad del árbol, eso lo aprendí en la granja, y he podido comprobar que la energía sigue viva en el lugar donde estaba la rama o el árbol. Es increíble. La primera vez que lo sentí me emocioné. No es que yo apoye la tala indiscriminada de árboles, en absoluto. Pero me he dado cuenta de que el perdedor es el hombre insensible, no el árbol. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, pero me gustará que algún día me lo expliques con más detalle.

—Puede que algún día consiga hacerlo, me refiero a traducir el sentimiento del árbol. Quiero mucho a las plantas y creo entenderlas. Siempre me dio envidia el nombre de Encina, me parecía que me correspondía más a mí que a ella. Ahora sé que no es así. Ella es el árbol y a mí me corresponde apreciar su naturaleza.

Bárbara fija su mirada en la de su amigo.

—¿Has sentido alguna vez otra naturaleza formando parte de ti?

—No, creo que no.

Simón se siente penetrado por esa mirada, como si Bárbara quisiera adentrarse en él para descubrir rastros de otro ser en su interior.

—Ahora que lo pienso —le dice para no decepcionarla—, me he sentido pájaro en sueños, o por lo menos he sentido que volaba.

—¿Cómo era el vuelo?

—Un vuelo rasante, en ningún caso he llegado a tomar altura.

—¿Y sentías algo más?

—Sí, en la vista. En esos vuelos veía mejor, mi percepción visual alcanzaba grandes distancias.

—Entonces eres pájaro, tal como yo sospechaba. Ahora tengo que trabajar —añade como reconfortada por su descubrimiento—, tú puedes concentrarte en lo tuyo.

«Lo mío es ella», piensa Simón. «Pero soy consciente de que tengo que aprender a respetar sus momentos porque, de lo

contrario, no funcionaría la convivencia entre nosotros.»

Abre el libro electrónico y busca a Spinoza. Lo hace con desgana, convencido de que ahora mismo nada puede aportarle. Pero Spinoza está en conversación abierta con él y le habla de «los principales afectos y fluctuaciones del ánimo que surgen del deseo, la alegría y la tristeza». Y le cuenta que «nosotros estamos movidos de muchas maneras por las causas exteriores, semejantes a las olas del mar movidas por vientos contrarios, y nos balanceamos, ignorantes de nuestro destino y del futuro acontecer».

Cierra el libro y los ojos, y se dirige con el pensamiento a su amigo escritor: «Es cierto, Benito, pero, sinceramente, no sé qué hacer con este deseo, con esta alegría ni con esta tristeza».

—Quédate así un instante. —Bárbara lo señala con el lápiz en ristre.

Simón trata de inmovilizar el gesto. Bárbara ríe a carcajadas, no es una risa agradable y le hace sentirse incómodo. De pronto, ella cierra con brusquedad el cuaderno.

—Vamos, ya veo que no te concentras ni yo tampoco.

21

Simón
Bárbara - Javier

Seguimos subiendo la suave pendiente. Le hablo de nosotros, de la dulzura de su beso, de mi deseo de conocerla más, de vivir con ella. En este punto me interrumpe y me dice que no le importa lo del hijo de Tania.

—¿Qué hijo?

—Me lo contó Encina.

Me enfado interiormente con Encina.

—Pero... ¡si yo sólo le dije...!

—Lo que quería decirte —me interrumpe Bárbara— es que, si algún día llegamos a convivir, lo del hijo de Tania me gusta, porque yo no tendré hijos nunca, ¡nunca! Pero me gustan los niños de vez en cuando, y Tania nos lo prestaría para que tú lo vieras, ¿no?

Argumento que hablar de eso ahora me parece cosa de locos, porque no tiene nada que ver con mi situación actual. Me arrepiento al instante de haber mencionado la locura porque a partir de ese momento Bárbara se cierra en un mutismo distante, ajena a los intentos que hago por recuperar su interés salvo por un ligero estremecimiento que percibo cuando vuelvo a mencionarle el beso que recibí de ella. Finalmente me doy por vencido y dejo de hablar, concentrándome en mi deseo, mi alegría y mi tristeza. Pronto aparece anunciado El Ganso y seguimos las indicaciones que conducen al mesón. Bárbara acelera en el afán, según interpreto, de encontrarse con Encina. Efectivamente, allí están sus amigos, reunidos en una animada charla. Encina interroga a

Bárbara con la mirada y ella se sienta a su lado. Se dan la mano. Tengo la impresión de que Encina la protege como si yo fuera un peligro. Me siento aislado y perdido, y busco refugio en Javier, pidiéndole incluso que cuando lleguemos a Rabanal me aporte la energía de sus manos.

—Con mucho gusto —me responde Javier—, estoy en el Camino para eso. Si quieres, lo podemos hacer ahora mismo.

—No, ahora no, mejor en Rabanal.

Pedro, Lucía y Blanca hablan del arte en el Camino, de lo que han visto y de lo que queda por ver. Blanca informa sobre la iglesia de Santa María en Rabanal del Camino, un templo románico que formaba parte de un pequeño complejo de tres edificios monásticos.

—En realidad, este complejo estaba amparado por los templarios de Ponferrada. Era muy necesaria su presencia en esta zona tan desprotegida, porque los templarios brindaban cobijo y ayuda a los peregrinos, y por aquí se producían muchos asaltos. De aquel conjunto ya sólo queda la iglesia.

He perdido el apetito y pido una cerveza, más por animarme que por mitigar la sed que tampoco siento. Encina me sonríe aportándome un ligero brote de energía.

Llegamos a Rabanal por la carretera y nos inscribimos todos en el albergue de Nuestra Señora del Pilar. Javier ya está masajeando los pies a una peregrina. Siento vergüenza de haberle pedido ayuda. Él me sonríe.

—Cuando acabe, si quieres, me pongo contigo.

—Tranquilo, de momento voy a darme una ducha y a descansar un poco. Tú deberías hacer lo mismo cuando termines tu labor. —Sonrío a la peregrina, que parece satisfecha de estar recibiendo ayuda.

—Tenía miedo de que fuera un esguince, ¿sabe?, pero el masaje que me está dando me hace mucho bien.

El muro de separación entre el dormitorio y el gallinero no llega hasta el techo, con lo que el olor a gallina se extiende por la habitación. Me dice un peregrino que hay dos albergues más en el pueblo y que él se va a trasladar, pero Bárbara ya ha dejado su

mochila en una cama y yo decido quedarme.

No busco a Javier después de la ducha. Creo que bastante tiene con los masajes y los pases de mano a los pacientes. Me tumbo en la cama tratando de aislarme del olor del gallinero y leo a Spinoza.

> Refiero a la fortaleza todas las acciones que derivan de los afectos que se remiten al alma en cuanto que entiende, y divido aquélla en firmeza y generosidad. Por firmeza entiendo el deseo por el que cada uno se esfuerza en conservar su ser en virtud del solo dictamen de la razón. Por generosidad entiendo el deseo por el que cada uno se esfuerza, en virtud del solo dictamen de la razón, en ayudar a los demás hombres y unirse a ellos mediante la amistad. Y así, refiero a la firmeza aquellas acciones que buscan solo la utilidad del agente, y a la generosidad aquellas que buscan también la utilidad del otro. Así pues, la templanza, la sobriedad y la presencia de ánimo en los peligros, etc., son clases de firmeza; la modestia, la clemencia, etc., son clases de generosidad...

Retiro el libro y pienso en Javier y en que necesito fortaleza para afrontar mi destino. Tendré que hacer acopio de firmeza por mi parte y aceptar la generosidad que me brinda. Me quedo dormido.

Cuando despierto, compruebo que la mochila de Bárbara ya no está en su cama y, sin embargo, la de Encina sigue en la suya. Me levanto de un salto. Salgo al patio y Encina viene a mi encuentro.

—Tranquilo, Simão. Bárbara se ha ido. Aprovechó el coche de un viajero que iba hacia Ponferrada, donde vive ahora. Tenía que ser así. Te advertí que actualmente una relación con ella no era viable.

—¿Por qué se ha ido? ¿Por qué dices que no es viable? ¿Por qué le contaste lo del hijo de Tania? —Estoy levantando el tono de voz y dirigiéndome a ella con cierta agresividad, haciéndola responsable de lo ocurrido.

—Tranquilízate primero, creo que Javier te andaba buscando. Luego, si te parece, hablamos. Ella me ha pedido que hable contigo.

No quiero hablar con nadie, no quiero tranquilizarme ni saber

nada. Me invaden la ira y la compasión de mí mismo. ¿Por qué me abandonan todos: Tania, Encina, Bárbara? ¿Qué hago yo para que todas las mujeres me rechacen?

Javier se ha acercado a mí, seguramente alertado por Encina, y me pone la mano en el hombro. Yo estoy de espaldas a él y no le he visto llegar. Sin embargo, noto una corriente de bienestar introduciéndose en mi cuerpo, ¿cómo puede ser? Me doy la vuelta, le sonrío y le digo: «Deja la mano ahí, por favor, me hace mucho bien». Él también sonríe y me pide que me siente y me relaje, y coloca la otra mano en el otro hombro. Cierro los ojos y trato de relajar mi tensión. Poco después, siento un ligero masaje en el cráneo y me dejo ir. Las lágrimas resbalan por mis mejillas sin control.

—Si yo no… —empiezo a decir. Javier me tranquiliza.

—No te preocupes, es bueno lo que ocurre, algún nudo enquistado del pasado se está deshaciendo. No trates de detener las lágrimas, deja que corran, te encontrarás mucho mejor.

Permanece un tiempo largo con las manos apoyadas en mi cabeza, luego se retira y me quedo solo. El llanto sigue fluyendo de forma incontrolada hasta que llega a su fin. Javier regresa y me ofrece salir a tomar algo con él. Los demás, me informa, ya han salido hace rato, pero él ha pensado que yo necesitaba un tiempo de soledad. Me gusta Javier. Su presencia, en este momento mío tan extraño, no es invasora. Tomamos un pincho de tortilla y un vino. Me cuenta durante la cena que han llegado a Rabanal tres monjes que se han desligado del monasterio de Silos y que van a cantar completas en la iglesia de Santa María.

—Lo han anunciado esta tarde en el albergue y piensan asistir todos los peregrinos. Creo que merece la pena.

Ya me siento mejor y pienso que es una buena forma de reincorporarme al grupo. Javier y yo llegamos a la iglesia cuando ya está el oficio iniciado y nos sentamos en el último banco. En el momento más emotivo, a Pilar y a Encina les entra un ataque de risa sin motivo aparente y se ven obligadas a abandonar la iglesia por respeto a la celebración. Este detalle absurdo me encanta, me devuelve a la infancia, y acaba de curarme la autocompasión y

devolverme la fortaleza.

22

Simón
Hacia la Cruz de Hierro

Desayunamos en el albergue y salimos temprano hacia la Cruz de Hierro. Encina se acerca y me pregunta si ya quiero hablar con ella.

—¿Qué os pasó ayer a Pilar y a ti? —le pregunto como respuesta.

—No lo sé. Fue horrible, ¿verdad? Hace tiempo que no me ocurría algo así. Lo pasamos mal porque no podíamos parar de reír y nos parecía una falta de respeto, aunque luego yo me alegré. Me recordó los ataques de risa que compartí con mi amiga Itziar en Bilbao. Tuve la impresión de que ella me visitaba y me decía que no tenía que tomarme la vida tan en serio.

—A mí me ocurrió ayer algo parecido. Javier me hizo una de esas imposiciones de manos y me entró una llorera como las de la adolescencia, y lo pasé mal al principio, pero luego me dejó limpio, como si algo dañino se hubiera disuelto.

—Entonces, ¿ya no estás enfadado conmigo?

—No estoy seguro, tenemos que hablar, no entiendo nada de lo sucedido.

La cuesta es bastante pronunciada y decidimos dejar la conversación hasta llegar a terreno llano.

Blanca y Pilar están casadas y tienen hijos. Han conseguido unos días de vacaciones para salirse de la rutina y hacer el Camino. Son personas alegres y muy solidarias; hablan bien de sus maridos, que son buenos compañeros. Me dan envidia. Javier y Pedro son primos, no lo sabía. Javier vive en un pueblo de Logroño y Pedro

en Madrid, pero pasó muchas vacaciones en casa de sus abuelos, en el pueblo de Javier. Tienen vidas muy diferentes, aunque mantienen intacta la amistad de la infancia. Salieron los dos desde Logroño y tienen la intención de completar el Camino hasta Santiago. Durante la larga subida he ido recabando algunos datos más, pero finalmente el terreno nos obliga al silencio y la introspección, pues nos estamos acercando al punto más alto del Camino en León.

Mientras los demás peregrinos se entretienen añadiendo piedras al montón debajo de la cruz y haciéndose fotos, Encina y yo nos apartamos a un lugar solitario entre árboles cercanos para evitar el viento y hablar con tranquilidad.

—¿Sufriste mucho en la adolescencia? —Ésa era la pregunta pendiente de Encina desde nuestra última conversación. Me sorprende de nuevo la curiosidad, que considero femenina. Yo no tengo ganas de hablar de mi adolescencia ni de mi vida, y le doy una respuesta rápida.

—La adolescencia es una etapa cruel, y sí, sufrí jodidamente en algunas ocasiones y en otras fui inconscientemente feliz.

—Por suerte a mí me tocó más de la segunda parte —me dice con una amplia sonrisa y dispuesta a continuar por ese camino.

Pero yo quiero ir a lo mío y le pregunto sin más miramientos por qué apartó a Bárbara de mi lado.

—¿Hice yo eso? —Encina no me lo pregunta, sino que se cuestiona ella misma.

—Sí, lo hiciste. Desde que notaste la atracción que ejercía sobre mí trataste de apartarme de ella advirtiéndome que sería una relación difícil, y a ella le contaste lo del hijo de Tania, que no venía a cuento porque yo sólo te había hablado de la propuesta de ella, no de mi aceptación. Ya sé que no te advertí que no lo divulgaras, pero era una confidencia íntima y creo que no tenías derecho a hacerlo, y menos con la intención con que lo hiciste.

—Perdóname, tienes razón. No sé por qué lo hice, a veces me pasa; siento dentro de mí dos voces: una, apoyada en la razón y la discreción, que me impulsa a callar, y la otra una fuerza irresistible que me obliga a contar. Creo y espero que fuera por mi afán de

protegerte.

—Protegerme, ¿de qué?

—De ella, de una relación con ella, aunque ésa no era la manera, lo admito, y el resultado no fue el esperado por mí, ya que a ella le encantó la idea de que aceptaras la propuesta de Tania si ella llegaba a vivir contigo.

—¿Por qué se fue entonces?

—Por lo que he querido contarte, y hasta ahora no me has permitido.

Le hago un gesto indicándole que estoy dispuesto a escuchar.

—Ella vive ahora en Ponferrada con un hombre, ¿lo sabías?

—No. Un día pareció que iba a contarme algo, pero le costaba y respeté su confusión, esperando que algún día pudiera hacerlo libremente.

—Lo que te pierde, Simón, es tu falta de curiosidad.

—Querrás decir mi respeto hacia el otro.

—Llámalo como quieras, yo lo considero falta de curiosidad. Bárbara quería contarte algo que le costaba sacar y tú no la ayudaste, y con ese «respeto», como tú lo llamas, seguramente hasta borraste el dato de tu mente.

—Sí, es verdad, no me interesan los obstáculos.

—Por eso tampoco quisiste escuchar mis advertencias, aunque eso no es respeto, yo lo llamaría cobardía. No te atreves a enfrentar la verdad y escondes la cabeza debajo del ala, para toparte, tarde o temprano, con un muro.

—¿Y qué nombre darías a tu indiscreción con las confidencias ajenas?

—Pues, quizá, audacia. —Encina celebra su ocurrencia—. ¡Claro!, seguramente es audacia esa fuerza irresistible con la que combato el miedo del otro, aunque eso me acarree problemas y pierda su amistad.

—¡Cómo sabes colocar los argumentos a tu favor! Pero volvamos a Bárbara, me decías que vive con un hombre...

—Déjame contarte antes algo: después de la muerte de su abuelo, Bárbara intentó suicidarse dos veces, por eso estuvo internada en una clínica psiquiátrica. La primera vez fue horrible,

se lanzó por un despeñadero con su caballo, al que adoraba. Una roca interrumpió la caída, que habría sido sin duda mortal para ambos, pero la piedra que salvó la vida de ella tronchó las patas delanteras del caballo, que tuvo que ser sacrificado. Imagínate el estado en que quedó ella. No pasó mucho tiempo antes de que intentara suicidarse con pastillas, y por poco lo consigue. La descubrieron en el último momento y fue muy costoso salvarla. Yo entonces no me enteré porque estaba en Bilbao, me lo contaron más adelante. Todos relacionaban su intento de suicidio con el caso de su madre, que se había suicidado en el sanatorio donde estaba recluida. Bárbara también lo cree y quiere acabar de una vez. El hombre que vive con ella es mayor, de la edad de su padre o más. Es médico neurólogo, y no la conoció como paciente, sino como guía en una visita a la granja de Hospital de Órbigo. Bárbara tiene una relación especial con las plantas y mantuvieron una conversación, según él apasionante. Se enamoró de ella, y Bárbara encontró un refugio en él por ser una persona equilibrada y estable. Es viudo sin hijos y está jubilado, pero sigue apasionado con sus estudios de neurología, está al tanto de todos los adelantos y ayuda a jóvenes estudiantes recibiendo a cambio mucha información de ellos sobre informática y nuevas técnicas de comunicación. Es un hombre muy respetado y apreciado en su sector, y Bárbara le admira mucho. Fue él quien quiso que Bárbara hiciera el Camino sola. Él busca la independencia de ella, pese al riesgo de perderla. Quiso entrevistarse conmigo aún sin conocerme cuando Bárbara le comentó mi intención de hacer el Camino. Le dije lo que tú ya sabes, que yo quería caminar en solitario para librarme de mis propios demonios y que no podía ocuparme de Bárbara. Lo entendió y me aseguró que no deseaba eso. Me dijo que si él pensara que Bárbara debía ir acompañada iría él mismo con ella. Añadió que era realista, y que teniendo treinta años más que ella lo previsible es que Bárbara se quedara sola cuando él partiese. No quería que ella cifrara su seguridad en su compañía. También, según me dijo, deseaba que mantuviera relación con hombres jóvenes, porque él ya no podía satisfacerla físicamente, pero que ella no quería saber de ninguno; de la única persona que

le hablaba con fervor era de mí, por eso él dedujo que si yo accedía a iniciar el Camino con ella se animaría a hacerlo.

—En ese caso —la interrumpo—, mi relación con Bárbara era lo que ella necesitaba.

—Aparentemente sí, pero consideré que era una relación que empezaba demasiado pronto porque, según me confesó ella misma, se atiborraba de pastillas cada vez que iba a verse contigo. Por un lado, sentía atracción por ti y, por otro, le aterraba dejarse llevar y que eso la separase de Anselmo, su compañero protector. Y yo temía, además, que esa relación te perjudicara.

Le respondo con cierta brusquedad:

—Eso es cosa mía, ¿no crees?

—No, también era mía. Quizá actué en parte por celos, pero el motivo principal es que yo te aprecio y quiero evitar en lo posible que te dañen.

Javier se acerca para informarnos de que ellos siguen camino y le indicamos con un gesto que nosotros saldremos a continuación. Es un buen momento para interrumpir la conversación con Encina. Nos queda pendiente recoger nuestras palabras, analizarlas, sacar conclusiones. Nos sacudimos la hierba adherida a la ropa. Antes de colocarme la mochila en la espalda, compruebo que las prendas adheridas con imperdibles están secas y las guardo dentro de la mochila.

—Haces bien —opina Encina señalando las nubes que se avecinan—, puede que llueva antes de que lleguemos al Acebo.

La bajada es pronunciada, y cuando la iniciamos ya nuestros amigos se divisan en lontananza. Las últimas palabras de Encina me han impresionado. Pienso en cómo ha cambiado mi panorama. Hace pocas horas me sentía abandonado y rechazado por todas las mujeres. Analizándolo ahora, me doy cuenta de que Tania, aunque nos hayamos separado, desea tener un hijo mío; Bárbara se aleja de mí por temor a la atracción que ejerzo sobre ella, y Encina me confiesa que tenía celos de esa relación incipiente y que me considera parte de su Camino. El nuevo enfoque sobre mis circunstancias ha cambiado. Desciendo la cuesta dando brincos, como un niño que acabara de recibir un regalo, con una sonrisa en

los labios.

23

Simón
Por tierras del Silencio

La entrada al Bierzo es hermosa. El Acebo tiene la identidad de un pueblo de montaña, con su calle empedrada, húmeda y brillante por una suave llovizna, y moteada de peregrinos que siguen camino hacia Molinaseca con sus mochilas a cuestas, salpicando la calle con colores alegres; otros van de paseo, después de haber soltado la mochila en la Casa del Peregrino. Atrás han quedado las casas de adobe y el polvo de los caminos. La piedra de El Acebo es blanca o gris, y los tejados son de pizarra. Circula un aire húmedo y fresco.

—Ya estamos en mi tierra —sonríe Encina.

—Yo también siento que he cumplido un objetivo al llegar al Bierzo, donde se ubica el Valle del Silencio. Ahora deseo adentrarme a solas en ese valle y sentir la presencia del pasado. Empezaré por el siglo IV con Prisciliano y sus discípulos, y seguiré con los ermitaños que posteriormente habitaron las montañas que rodean el valle.

—Si quieres puedo acompañarte —propone Encina—. Como te dije, conozco a personas que viven por aquí y que nos pueden alojar.

Le explico que prefiero seguir solo, que necesito recoger el silencio del valle, que quiero instalarme en el pasado y navegar por él, sin referencias del presente, o en todo caso, las menos posibles.

—Siento la urgencia de continuar camino —le explico—, ni siquiera me detendré en este hermoso pueblo. Estoy impaciente por llegar al desvío hacia Compludo. Comprendo ahora tu

necesidad de independencia, me has contagiado esa necesidad. No me preocupa el alojamiento. El Camino me ha hecho reducir mis necesidades y estoy abierto a descubrir lo que me ofrezca, aunque sean las cuevas en las que vivieron los eremitas.

—Como prefieras.

—Tú querías detenerte en tu pueblo, quizá podamos encontrarnos más adelante.

—Tienes razón, no quiero estorbar tu silencio, y mis parientes me esperan para la recogida de la castaña.

Parece indecisa. Inicio un gesto de despedida, pero ella me detiene.

—Te hago una propuesta: cuando acabes tu recorrido, que supongo será en Peñalba de Santiago, donde está la cueva de San Genadio, avísame y acudiré en coche para llevarte a Ponferrada. Desde allí caminaremos hasta mi pueblo. Quiero presentarte a los míos y celebrar contigo un magosto con las castañas recién recogidas.

Me despido de Encina con un abrazo aceptando su propuesta y no tardo mucho en llegar al desvío hacia Compludo. Me resulta difícil imaginar un momento más bello para adentrarme en estas tierras frondosas y frescas. El otoño tiñe sus árboles y plantas de tonos dorados, rojizos, amarillos y ocres que me envuelven y acompañan en mi caminata. Me siento inmerso en el entorno que me va a revelar la vida y motivos de aquellos bercianos que transitaron por estos lugares, y que va a completar las múltiples lecturas que he ido recopilando. Decido aceptar, por lo menos durante esta caminata, la teoría de Aniceto Núñez, que imagina la amistad entre Prisciliano, Egeria, Máximo y Teodosio. Es posible que su interpretación no esté desencaminada, puesto que parece haber bastantes indicios de que los cuatro eran contemporáneos y procedían del Bierzo. Podría ser que mis paseos con João, Martinho, Tania y Laura por las orillas del Mondego, a las afueras de Coímbra, me ayuden a recrear esa situación de amistad juvenil. Hablábamos, seguramente como ellos, de lo divino y de lo humano. Me parece importante encontrar un apoyo para poder identificarme con esos personajes tan lejanos en tiempo y

condición de vida, pero tan similares en cuanto a motivaciones y actitudes. En esa etapa de adolescencia y primera juventud, unos y otros estábamos sin acabar de moldear, con los sentimientos a flor de piel brindándonos sensaciones dulces y amargas, pero ni la gente del entorno que nos veía pasar y reír juntos ni nosotros mismos podíamos aventurar los enredos o traiciones que vendrían más tarde. Afortunadamente para mí, nuestras desavenencias fueron pasajeras, aunque en el caso de los cuatro bercianos, imbuidos de poder político (Máximo y Teodosio) o espiritual (Prisciliano y Egeria), los enfrentamientos se convirtieron en tragedia. El emperador Máximo firmó la sentencia de muerte de Prisciliano; Teodosio, emperador de Roma y de las tierras de Oriente, mandó decapitar a Máximo, que había usurpado fraudulentamente el poder de Occidente y que trató de derrocarle con un golpe de Estado. Egeria se libró de participar en esos horrores. Tengo que leer más sobre Egeria y repasar sus escritos para conocer qué la llevó a recluirse en un cenobio de mujeres, apartándose del mundo. Por su carácter no encaja que pudiera resignarse a vivir en un convento. Era independiente y valerosa. Y probablemente las mujeres que la rodeaban en el cenobio eran también inteligentes y capaces, mujeres que no deseaban ver sus vidas dominadas por hombres impuestos y a menudo violentos o ausentes por su continua dedicación a las guerras. En sus escritos, Egeria se refiere a sus compañeras nombrándolas «venerables dueñas y hermanas», o «dueñas y la luz mía». ¿La ayudarían estas hermanas a preparar su peregrinación a Tierra Santa?

En su biografía se especula sobre la posibilidad de su parentesco con Elia Flacila, primera mujer de Teodosio, y también se ha barajado la hipótesis de que fuera hermana de Gala, a quien se considera pareja de Prisciliano. Trato de recrear interiormente el aspecto físico de Egeria; no tengo referencias, pero sí de cómo imaginó el poeta Méndez Ferrín a su hermana Gala en el hermoso poema «Estirpe» que dedica a Prisciliano:

Te envidiaban, Maestro, a Gala,
la «puella» dulce y oscura

como la carne de higo de diversos azúcares constituida...

De forma semejante voy construyendo a Egeria, con la mirada firme de Encina, a veces dura y otras tierna, pero siempre incisiva, y con el cutis blanco y delicado de Bárbara, que le correspondería por su ascendencia noble. Sus escritos denotan gran cultura, además de ingenio y de una profunda religiosidad. No puedo concebir a Egeria, casada con un patán presuntuoso de aquella época. Podría haber sido, eso sí, una buena compañera de un hombre culto y refinado como Prisciliano, quien, además, defendió siempre la igualdad entre mujer y hombre.

Cruzo un arroyo saltando de una piedra a otra. Imagino a los cuatro bercianos montados a caballo, y eso me conduce a Bárbara y a su abuelo; a Bárbara con sus intentos de suicidio; a Bárbara y a la caricia de sus labios. Quiero instalarme en el pasado, pero este hilo conductor no me lo permite. Un poco más adelante, un grupo de castaños parece hacerme guiños. Me siento a su sombra y saco los apuntes que tomé en Astorga sobre la vida de Egeria para que me reconduzcan a donde quiero estar. Recojo un puñado de castañas para entretener el hambre que no he satisfecho en El Acebo por el ansia de adentrarme en este valle.

El viaje de Egeria fue muy osado para una mujer de aquella época. De pronto se me ocurre que pudo haber estado enamorada de Prisciliano y que para no interferir en los amores de su hermana Gala se retiró a un convento y, más adelante, optó por alejarse viajando para saciar lo que ella misma llamó su *ilimitada curiosidad*. He decidido permitirme hoy todas las licencias de la imaginación para adentrarme en hechos de los que tenemos poca referencia. Está claro que mi tendencia a interpretar las actitudes de Egeria como consecuencia de amores truncados viene dictada por mi propia historia. Pero vuelvo a cerrar el camino de mi corazón leyendo las notas biográficas del viaje de Egeria.

> Se sabe que visitó los Santos Lugares (Egipto, Palestina, Siria, Mesopotamia, Asia Menor y Constantinopla) en un largo viaje entre 381 y 384, recogiendo sus impresiones en su libro *Itinerarium ad Loca Sancta*, libro que tuvo cierta difusión por narrar de forma

> minuciosa y amena el viaje. Atravesó el sur de la Galia (hoy Francia) y el norte de Italia; cruzó en barco el mar Adriático. Se sabe que llegó a Constantinopla en el año 381. De ahí partió a Jerusalén y visitó Jericó, Nazaret y Cafarnaúm. Partió de Jerusalén hacia Egipto en 382, visitó Alejandría, Tebas, el mar Rojo y el Sinaí. Visitó luego Antioquía, Edesa, Mesopotamia, el río Éufrates y Siria. Transcurridos tres años, quiso regresar a su tierra vía Constantinopla, pero no llegó a culminarlo y murió supuestamente en esa ciudad. No hay constancia de la fecha, el lugar y las circunstancias de su muerte…

¿Llegaría a tener conocimiento de la muerte de Prisciliano, dictada por Máximo en el año 385? ¿Sería fulminante para ella esta historia de traición y muerte? Teodosio, según ella misma nos cuenta en sus escritos, se mantuvo fiel a la amistad con ella y se ocupó de protegerla cuando cruzaba tierras peligrosas, enviándole séquitos de soldados que le brindaban cuidados y ayuda, así como abades y obispos que la recibían y la agasajaban.

Retomo la marcha porque el sol está cayendo y en la sombra las plantas rezuman humedad. Aspiro el aire cuyo aroma vegetal se ve ahora reforzado con el olor a hojas húmedas y a tierra mojada. No sé por qué me he centrado en Egeria si Prisciliano era el eje principal de mis investigaciones. Quizá por lo que me dijo Eugénie de que necesito una mujer a mi lado. Le doy la razón, aunque quiero aprender a vivir tranquilo en soledad, para descubrirme y conocerme. Sólo cuando alcance esta condición de independencia podré unirme a una mujer en armonía. A partir de ahora seré más curioso, como me aconseja Encina, y me atreveré a indagar en la vida del otro, y me haré también preguntas sobre mis actitudes y razones. Hoy, por primera vez, me he permitido indagar sobre Egeria, mi compañera de viaje. No me he atenido solamente a los fríos datos, he ido un paso más allá de lo que antes me permitía el respeto, y creo que gracias a ello he empezado a conocerla.

En el fondo del valle se divisan las casas de Compludo. Siento el cansancio, ojalá encuentre un refugio para dormir.

24

Simón
Compludo

—Tenemos dos casas rurales con varias plazas para dormir, pero hoy ya están ocupadas.

—¿No habrá algún rincón donde yo pueda resguardarme?

—Veo que viene bien equipado con esterilla y con saco, puedo ofrecerle el antiguo pajar de nuestra casa, lo tengo habilitado para ello; ya son muchos los que pasan por aquí y de alguna forma hay que atenderlos, siempre me ha gustado dar cobijo a quien lo necesita. No hay duchas ni servicios, pero a la puerta corre una fuente de aguas bravas y un poco más abajo un arroyo fresco y umbroso.

Es una mujer generosa y de aspecto sano. Acepto encantado su ofrecimiento. Me conduce por las calles del pueblo hasta su casa. Me señala, al pasar, la iglesia dedicada a los santos Justo y Pastor. El rumor de la fuente anuncia que estamos cerca. Es una casa similar a las demás del pueblo, con muros de piedra y tejado de pizarra. Subimos unas escaleras exteriores. El pajar está vacío y limpio, tiene suelo de maderos. Es amplio.

—No se extrañe si por la noche llega alguien más, ya saben que aquí tienen refugio. Hasta diez personas han llegado a dormir bajo este techo.

No sé cómo agradecer su generosa amabilidad, se lo digo y me sonríe. Me informa de que puedo cenar en Casa Candi, no lejos de mi pajar. Me indica dónde está. Dejo extendida la esterilla y el saco a modo de cama, y a su lado coloco la mochila, de la que sólo extraigo un cuaderno con los apuntes que anoté en la biblioteca de

Astorga. Quiero perfilar más la historia de Prisciliano antes de adentrarme en san Fructuoso, que fue ermitaño en estas montañas. Como en el pajar no tengo mesa ni luz, trataré de leer algo en Casa Candi. En el comedor hay cinco montañeros sentados a una mesa. Me ofrecen sitio para cenar con ellos, pero prefiero estar solo; les señalo a modo de explicación los papeles que quiero estudiar y parecen entenderlo. Mantengo el deseo de permanecer lo máximo posible en el siglo IV. El entorno paisajístico y la luz tenue me lo permiten, pero las ruidosas conversaciones de los comensales de al lado me sacarían de ese tiempo si tuviera que participar en ellas. Como ruido de fondo, pueden pasar. En toda época ha habido parloteo, risas y brindis con entrechocar de vasos en las cantinas. Mientras espero la cena, aprovecho la luz de una lámpara cercana para leer lo que Sulpicio Severo escribió sobre Prisciliano, contemporáneo suyo. Me parece interesante comprobar que, a pesar de no compartir las ideas y métodos del maestro, lo describe de la siguiente forma: «Era agudo, inquieto, elocuente, culto y erudito, con extraordinaria disposición para el diálogo y la discusión...».

La camarera, no sé si será Candi, me trae un humeante cocido berciano. Aparto los textos y me dedico con agrado a degustar el cocido y a reponer mi energía. Una vez satisfecho continúo leyendo: «Podían verse en él grandes cualidades, interiores y físicas. Podía mantenerse despierto largo tiempo, soportar hambre y sed, poco ávido de bienes, expresamente parco en su uso...».

—¿Me permites que te interrumpa?

Un joven, que parece caminante por su tez tostada y sus botas similares a las mías, se ha detenido junto a mi mesa y sonríe. Le miro con expresión interrogante y algo tensa.

—Ya noto que no deseas ser molestado, perdona, pero quería presentarme. He supuesto que tú eres mi compañero de habitación.

—¿Vas a dormir en el pajar? —Ante su gesto afirmativo, recojo mis papeles y le ofrezco asiento a mi mesa.

—No, de verdad, te he visto muy enfrascado en tus papeles y no quiero interrumpirte.

—A veces un buen diálogo vale más que cien páginas escritas.

—Conmigo no lo creas, yo no soy un erudito, y tú pareces serlo.

—¿En qué lo notas?

—En la barba.

Nos reímos los dos y toma asiento. Se llama Tomeo. Le aclaro que yo tampoco soy un erudito, sino un estudioso de los movimientos sociales a lo largo de la historia.

—¿Es tu trabajo?

—En cierto modo, pero también lo hago por pura curiosidad, trato de encontrarles sentido. Y en cuanto a la barba, quiero afeitármela, pero no encuentro ni el lugar ni el momento.

—En eso sí puedo ayudarte. Trabajé un tiempo de ayudante de barbero en el pueblo de mi padre y aquí soy amigo de la gente, llevo muchos años vagando por estas tierras. Soy montañero, y el aire que se respira en este valle me llena los pulmones y también el espíritu. Con eso quiero decirte que puedo conseguir sin problema la herramienta para afeitarte. La gente de aquí es autosuficiente, y son abiertos y generosos. Si quieres mañana montamos la barbería al lado del río.

Le sirven a Tomeo el caldo berciano. Me pregunta qué movimientos sociales me traen por aquí, y le explico que estoy siguiendo la huella de Prisciliano y la repercusión que tuvo su ascetismo en la Tebaida berciana.

—Querrás decir la repercusión que sigue teniendo. —La camarera le revuelve el cabello con la mano libre y le sonríe; él responde con un guiño, se nota que es cliente asiduo y querido—. Prisciliano es mi héroe, mi maestro. ¿Por qué piensas que ando yo tan enamorado de estos montes y de este valle? Él estuvo aquí porque descubrió la magia de este lugar o él se la imprimió, pero desde luego éste es un espacio santo, ya verás cómo lo notas cuando lleves un tiempo por aquí.

—¿Qué quieres decir con «santo»?

—Quiero decir que aquí las ideas se mueven de forma diferente. No tienes más que ver a la gente cómo es. No existe ansia de poseer. El que tiene un rinconcito aquí sabe que lo tiene todo.

—Pero imagino que lucharían por conservarlo si alguien se lo quisiera arrebatar.

—¡Hombre! Son humanos. Y el humano, ya se sabe, defiende su territorio como cualquier otro animal. Pero me refiero a que una vez asentados aquí viven satisfechos, hay mucha dulzura en el ambiente.

—Me parece que tú tienes mucho de místico.

—Yo no sé lo que soy, pero aquí me siento bien, en plena naturaleza. Pues igual sí que soy místico. Me parezco a Fructuoso, ya verás cuando te lo encuentres.

—Es el siguiente que quiero investigar después de Prisciliano. Es decir, los tengo a todos estudiados en los papeles. Aquí he venido a conocerlos, a recuperar parte de su espíritu y de su amor por la naturaleza.

—No sé cuántos días piensas quedarte, pero al menos deberían ser una quincena para empaparte de lo que estos montes emanan.

—Ahora no voy a poder, aunque estoy de acuerdo contigo. Antes de llegar al trágico final de Prisciliano y los suyos, debería conocer a fondo sus enseñanzas y su forma de vida.

—Se trata de la eterna lucha entre el bien y el mal. Y en esta historia, como en tantas otras, las acciones pertenecen a uno de los dos bandos según los intereses de quien las nombre. Prisciliano tenía un conocimiento profundo de las plantas y de la conciencia. Los obispos que lo persiguieron y lo denunciaron como hechicero y hereje eran ellos mismos corruptos y libidinosos…

—Te refieres a Idacio, e Ithacio, entre otros, ¿no? El obispo Sulpicio Severo fue contemporáneo de ellos y los describe bien. —Busco en mis papeles y leo—: «Ithacio era audaz, imprudente, suntuoso, esclavo del vientre y de la gula…».

—Pues el otro era igual, ambos representantes de esa Iglesia unida al Imperio, que estaba en gran parte corrompida por el vicio y que rechazaba los movimientos de espiritualización y de pobreza. Pero a lo que vamos: la muerte de Prisciliano hizo que su doctrina se perpetuara en el tiempo. Fue una agresión bárbara a toda la gente que lo seguía y le quería. Era fácil en aquel tiempo acusar de

hechicería por practicar curaciones y salvar almas. Lo mismo ocurrió con Jesucristo. El uno resucitó y subió a los cielos, y el otro mandó estrellas para señalar dónde estaba su tumba cuando empezaban a olvidarlo. De ahí que ahora se hagan todas esas peregrinaciones a la tumba del que llaman Santiago. Para mí está claro que quien está ahí enterrado es Prisciliano, y a él tanto le da que le llamen de una manera o de otra, el caso es que peregrinen por estas tierras sagradas y que se siga manteniendo viva la energía. Hay peregrinos que hacen el Camino hasta veinte veces porque sólo en él encuentran esa energía sagrada.

—O sea, que tú estás convencido de que el que está en la tumba es Prisciliano.

—Yo sí, pero qué más da. Seguro que Santiago, pasara o no por estas tierras, también fue buena gente, y ahora ambos representan lo mismo.

—¿Lo ves? A veces una conversación da para mucho.

—Consíguete el poema de José Luis Méndez Ferrín, dice cosas muy bellas.

—Lo tengo. ¿Y tú dices que no eres erudito? Conozco a poca gente que haya leído a Méndez Ferrín.

—En Galicia y en El Bierzo somos muchos.

Acabamos de cenar. Tomeo me informa de que en Casa Candi también se puede desayunar. Es noche sin luna y las hojas amarillas del suelo parecen alumbrarnos. Me acompaña hasta la casa del pajar y nos despedimos.

—Yo vendré tarde —me dice—, tengo que visitar a gentes de aquí. Mañana a las diez te espero en el río, si no nos vemos antes.

Siento la tentación de leer a Méndez Ferrín con la linterna, tal como hacía cuando niño de noche en la cama, y antes de que me venza el sueño consigo leer unos cuantos versos del largo poema «Estirpe», que el poeta dedica a Prisciliano:

La lluvia llenaba los ríos y enlodaba las vegas.
Las minas no rendían el metal preciado.
La peste de los caballos entristecía a los hombres solitarios.
Nuestro Doctor,

aquel que proclamaba, tembloroso, pálido, apologético,
el ayuno dominical, la virtud de la pobreza,
la meditación en la montaña, la dignidad de las mujeres
y la necesidad de la manumisión de los esclavos,
fue decapitado en la cárcel de Tréveris.
Malditos sean el verdugo Hydacio, el Itacio prostibular
y las almas necias de los Santos y de los Obispos,
del Papa y del Emperador que en aquella hora
abrieron el torrente
de sangre libre y limpia que no para de fluir.

El poeta deja indicada la situación de crisis o penuria que vivía el pueblo, cuyas gentes temían al futuro y desesperaban del presente, y quizá por eso el discurso de Prisciliano prendió como yesca.

Apago la luz de la linterna; permanezco en la oscuridad escuchando el sonido del viento en las vigas, el rumor de la fuente y el del río cercano. Y por unos instantes antes de dormirme, siento la felicidad que en estas tierras descubrió Prisciliano.

25

Simón
Fructuoso

—Ahí tienes un espejo —dice Tomeo señalando la lámina de agua de la pequeña charca del río—. ¿Qué te parece?

Me paso la mano por las mejillas, y me siento como desnudo. El agua refleja una cara extraña, movida por ligeras ondas, en la que no me reconozco.

—Espero irme acostumbrando con el tiempo, pero no me cabe duda de que has hecho un buen trabajo.

Tomeo ríe.

—Ahora lo mejor es una buena ducha para quedar limpio y fresco; he respetado tu melena, ya sabes que Prisciliano y los suyos llevaban el pelo largo.

—Yo nunca he llevado el pelo largo, lo que tú llamas melena es un cabello corto algo crecido.

—Da igual cómo lo nombres. Un poco priscilianista sí pareces. Para la ducha, conozco una pequeña cascada no lejos de aquí.

—¿Bromeas? El agua está helada.

—¿No querías sentirte como los ermitaños que habitaron estas laderas? ¿Piensas que tuvieron duchas de agua caliente en algún momento? No tienes más que leer las crónicas de Valerio para saber cómo las gastaban aquí en invierno. Todo esto es muy romántico y muy bello visto así, en un día de otoño soleado como hoy, pero ríete tú de lo que es vivir aquí en invierno, en solitario y dentro de una cueva.

—Se me ponen los pelos de punta al pensarlo, aunque tienes razón: me ducharé en la cascada. He perdido costumbres

saludables de mi juventud y quiero recuperarlas.

Pienso en Bárbara y en el gozo de la vida salvaje que disfrutó con su abuelo. En esos años debió de ser feliz. Quiero indagar más sobre su vida y sus miedos, y, sobre todo, deseo sentirme capaz de devolverle la salud y la felicidad. Por todo ello debo mantenerme en forma.

Estamos subiendo una cuesta bastante empinada.

—Te noto muy pensativo.

—Estoy preparándome para la ducha bautismal.

—No te preocupes, yo te acompañaré en la experiencia. A mí me encanta bañarme en las cascadas, siempre me aumentan la energía.

El paseo es magnífico. Vamos acompañados por el rumor del agua y el canto de pájaros diversos. De vez en cuando la brisa mueve las hojas de los árboles marcando el contrapunto. La vegetación es frondosa: robles, castaños, acebos, alisos, más las plantas que apartamos a nuestro paso, helechos, zarzas, aulagas… Y de pronto, la cascada descolgándose de un risco más elevado y formando una charca redonda en su caída.

No hablamos, procuro no pensar. Nos desnudamos rápidamente y sigo a Tomeo, que no duda. El agua está helada, pero saltamos bajo la cascada frotándonos piernas y brazos. El sol asoma por entre las copas de los árboles. Nos tumbamos desnudos en una pequeña pradera inundada de luz.

—Hace tiempo que no sentía una felicidad tan a flor de piel.

—Ya estás preparado para recibir a Fructuoso.

—Ya lo estoy sintiendo.

¿De dónde viene esa afirmación? ¿Estaré experimentando la felicidad que pudo sentir el santo? Quiero empaparme bien de las vivencias de Fructuoso antes de abandonar el valle de Compludo. Tomeo se despide porque va a seguir subiendo monte arriba. Yo decido volver al pajar y a mis papeles. Me siento bien y pletórico. Quiero aprovechar la fuerza que me ha brindado la ducha de la cascada.

Fructuoso de Braga llegó al Bierzo a principios del siglo VII acompañando a su padre, de estirpe regia, a visitar las posesiones

familiares en El Bierzo. ¿Por qué muchos de esos santos ascetas provenían de familias nobles o adineradas? Aquí conoció las teorías que practicaban Prisciliano y sus seguidores como en la Tebaida egipcia, la renuncia de lo mundano en busca de la perfección espiritual. Supo que había llegado a su lugar, y no dudó en abandonarlo todo y fundirse con el entorno de sus ancestros. Era un joven de «rostro resplandeciente, inundado de una suave alegría, mirada de ángel, sereno y reposado». En medio de esta naturaleza encontró la paz que buscaba, lejos de la Corte y sus enredos, y fundó un monasterio de disciplina ascética. Su ejemplo cundió, y pronto las laderas de los montes que rodean el valle de Compludo se poblaron de seguidores. Fructuoso dejó entonces el valle que tanto amaba, buscando mayor soledad y aislamiento, y se mudó a Montes de Valdueza, donde fundó otro monasterio. Pronto aquellos valles se llenaron de hombres y mujeres sujetos a la *Regula monastica communis* de Fructuoso. «De nuevo, el espíritu de Prisciliano inundaba la tierra berciana. Familias enteras, monjes y monjas en el mismo monasterio constituido por "casas", como estableció Paconio en las arenas egipcias.»

Una vez consolidados los monasterios, Fructuoso abandonó la vida monacal para entregarse al puro ascetismo, en soledad y en contemplación de la naturaleza. «Con los pies descalzos, se internaba en lugares boscosos, llenos de maleza, ásperos y escabrosos, empleando el tiempo por cuevas y roquedos en ayunos tres veces mayores, y en velas y oración multiplicadas... En un momento dado, en las quebraduras de una roca, vestido con una capa de pieles de cabra, hacía fervorosa oración.»

Necesito salir, enfrentarme otra vez a esos helechos, al agua serpenteando entre piedras y plantas, a los árboles, a los pájaros, para sentirme Fructuoso, para entenderle, para fundirme con él. Hay una parte de Fructuoso, y acaso también de Prisciliano, que no comparto, y es su renuncia a la carne, a la materia que nos compone. Establezco con él una conversación mientras me interno en los bosques abandonando los senderos. ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene vivir en nuestra piel, renunciando a nuestro ser? Comprendo el abandono de la corte y sus fastos, me uno al sentimiento de

querer cambiar la escala de valores de la sociedad en que vivimos y crear una escala personal, única, quizá incomprensible para los seres que hasta el momento nos han rodeado; rechazo, como tú, Fructuoso, a la persona en que me han convertido las ideas y conductas impuestas desde la infancia, pero no renuncio a mi ser material en aras del espiritual. Yo quiero convivir con ambas facetas de mi existencia.

¿No habrá sostenido Fructuoso este debate interior? ¿No conformarán ese debate las «tentaciones» que se presentan a los santos?

Decididamente, Fructuoso, yo no aspiro a santo. Quiero ser hombre con todas sus consecuencias, pero, como tú, busco lo que la vida me tiene reservado y que todavía no he alcanzado. ¿Por qué no quise participar de la fiesta de la vida con Tania? Ella se quejaba de mi encierro en los libros. Quizá no quise participar de su fiesta porque no era la mía. Encina me ha entregado una clave para descubrir cuál es mi fiesta. Debo abrirme a la curiosidad. Anselmo, el compañero de Bárbara, sintió curiosidad por lo que ella le contaba de las plantas, y ella se unió a él. Bárbara me comentó que se siente más vegetal que humana, que se comunica con las plantas, que las oye, que las escucha. Y no he indagado más, me he quedado en la superficie sin interesarme realmente por lo que me estaba contando, sin querer entender. Y a eso lo he llamado respeto. Ahora sé que lo que me dijo Bárbara era muy importante, y quizá ya sea demasiado tarde para cambiar de actitud, quizá Anselmo no es tan generoso como parece y habiendo sentido el peligro de perderla se la ha llevado lejos, donde yo no pueda localizarla. Porque no me siente digno, no me he interesado por ella ni he indagado en su esencia vegetal. ¿Y ella? Ella sí se interesó por mí, y descubrió al pájaro que me habita y que yo desconocía. Cierro los ojos y trato de rememorar el sueño que le conté: el vuelo rasante, la visión más aguda, más perspicaz. Seguramente, hasta que no use mi capacidad de visión, de indagación, no lograré un vuelo en altura. También deberé dirigir la curiosidad hacia mí mismo. Cuando Encina quiso indagar sobre mi tristeza en la adolescencia, yo cerré la puerta. No me interesaba

lo suficiente mi propia vida. O quizá no me interese revivir sufrimientos pasados. Ya no sé si estoy conversando con Fructuoso, con Bárbara, con Encina o conmigo mismo. Soy consciente de que una puerta se está abriendo en mi interior, como le ocurrió a Victoria. Quizá este camino que todos compartimos sea un solo camino y un solo caminante repartido en muchas facetas. Volveré a conversar con Spinoza para ver si me aclara este nuevo paso. Me estoy perdiendo.

Acaba de llegar Tomeo y me pide que le acompañe a la herrería.

—No puedes irte sin conocerla, y ahora es un buen momento porque no es hora programada de visita. El guarda es amigo mío y me ha dejado las llaves para que te la enseñe. Si quieres, puedes dejar algo para contribuir en su conservación. No te voy a contar nada. Todo lo que yo te pueda decir lo encuentras en Internet. Desecha todas las teorías sobre cuándo se construyó, si en un siglo o en otro, y quédate con la versión de que fue construida a la vez que el monasterio de San Fructuoso. A pesar de las restauraciones posteriores, muy bien hechas, conserva el primitivismo de una época anterior a la medieval.

Me gusta entrar en este recinto que se me antoja sagrado. Tomeo pone la maquinaria en funcionamiento, sin palabras que interfieran nuestro viaje al siglo VII. Sólo escucho el chirrido de la rueda de piedra cubierta de verdín haciendo girar las aspas, los canjilones goteando, el martillo golpeando sobre el yunque, todo ello al ritmo que marca el caudal del río. Y Fructuoso se presenta en mi imaginación, contemplando el hierro al rojo vivo a punto de convertirse en los goznes y bisagras diseñados para fijar las puertas y ventanas del monasterio.

—Piérdete un rato por estos bosques —me indica Tomeo al salir de la herrería—. Voy a buscar a alguien que quiero presentarte.

Parece como si Tomeo adivinara mis pensamientos, mi deseo íntimo de fundirme con el bosque. Algo mágico tiene esta tierra que me hace sentir parte del todo. ¿Se parecerá esta sensación a la que describe Bárbara cuando afirma pertenecer al mundo vegetal?

Me siento al pie de un castaño centenario y apoyo la cabeza en su tronco. No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado cuando aparece Tomeo con una mujer joven. Es Delia, me dice, mi compañera, la mejor mujer del entorno.

Delia me mira y después baja los ojos. Parece una mujer sencilla. Sonríe, y vuelve a mirarme como diciendo: «Ya ves qué cosas dice Tomeo».

—Delia, te dejo un momento con Simón. Voy a intentar localizar a Juan para ver si nos deja su choza para estos días.

Nos quedamos los dos frente a frente. Se me ocurren muchas preguntas que hacer a Delia: ¿de dónde ha salido? ¿Es realmente la compañera de Tomeo? ¿A qué se dedica? ¿Es estudiante, es pastora, es eremita? Todavía no sé preguntar, me pesa mucho el respeto a la intimidad de la persona, pero me interesa saber, y eso ya es mucho. Le digo simplemente:

—Cuéntame.

Se ruboriza y me contesta:

—¿Y qué quieres que te cuente? Antes de preguntar, cuéntame tú.

Tiene razón. Le cuento sobre mis estudios, mi trabajo, la investigación que estoy llevando a cabo sobre los eremitas. Le hablo de Fructuoso y de mi incapacidad para comprender su ascetismo, su renuncia a los placeres del cuerpo. Se ríe, y me contesta que la conciencia de Fructuoso se había ampliado tanto que ya no le cabía en el cuerpo, y que el cuerpo para él ya no era más que un estorbo, «¿lo entiendes?». No lo entiendo, pero sí comprendo que Tomeo esté enamorado de esta chica aparentemente simple y no demasiado agraciada, salvo cuando escucha y cuando habla, salvo cuando te cuenta con absoluta sencillez un misterio que tú no abarcas.

De una manera fácil, Delia y yo nos hemos hecho amigos. La conversación entre nosotros ya fluye con naturalidad. Tomeo regresa y parece muy satisfecho. Se dirige a Delia:

—Ya tenemos choza. —Y la abraza.

Le pido a Tomeo que me explique cómo llegar a Montes de Valdueza sin pasar antes por Santiago de Peñalba, que deseo dejar

para el final. Me pide papel y lápiz y traza un recorrido.

—Desde Compludo vete a San Cristóbal de Valdueza, ahí tienes que ir sí o sí, no puedes dejar de visitar el tejo milenario, ya te contará él lo que te quiera contar. Llévate bocadillo y fruta para reponerte bien porque a partir de ahí tendrás que buscar pequeños senderos que te lleven a Montes de Valdueza. Los senderos han de conducirte hacia el sudoeste, ¿entendido? Llegarás molido, ahí te conviene pillar una cama, no creo que tengas problema.

Se despiden los dos sonrientes.

Los veo alejarse sin pena. No sé si volveré a verlos, pero sé que ya son amigos míos del alma, amigos del Camino.

26

Simón
Montes de Valdueza - Valerio

Sentado en los tableros de mi pajar con las piernas cruzadas y ayudándome con la luz de la linterna, repaso las notas que recogí en Astorga. Desayuno muy temprano en Casa Candi, donde también me preparan un bocadillo para el mediodía. Anoche me despedí de los amables lugareños que me dejaron utilizar el pajar. Estoy deseando comenzar mi andadura hacia los montes que también cobijaron al beatífico Fructuoso y a su discípulo Valerio, quien no gozó de la paz de su maestro por causa del excesivo rigor en su ascetismo y por hostigar a los que no cumplían sus ideales de pureza. Ello influyó en que no lo admitieran en el monasterio de Compludo, al que él aspiraba. Así lo cuenta él mismo en sus escritos: «Oprimido por las olas del mar del mundo, y juguete del furioso vendaval levantado por el enemigo, no pude llegar al puerto que tanto deseaba».

Valerio es un luchador exaltado en busca del bien, aunque continuamente amenazado por demonios y persecuciones. Su controvertida personalidad se me presenta como una catedral con sus santos y sus demonios. Según algunos relatos, padeció desequilibrios psicológicos que cursaban con episodios de manías persecutorias o alucinaciones con representación del maligno, producidos al parecer por una excesiva mortificación. Sin embargo, en los periodos de calma era extremadamente generoso y atendía con sus enseñanzas a los muchos peregrinos que acudían a buscar consuelo en las palabras del hombre santo que vivía siempre apartado en los lugares más inhóspitos, sobre todo en invierno,

cuando el rigor del clima ahuyentaba a los visitantes y solía permanecer solo.

> Estaba yo morando en la montaña de la que a menudo hablo, reducido por la ilimitada pobreza y penuria. Allí, en las estaciones benignas, aparecían muchos jóvenes buscando mi orientación, pero llegaba el tiempo impetuoso y amenazador, y ellos partían y yo quedaba solo, enclaustrado y consumido, tan abatido que cierto humilde religioso queriendo consolarme prometió quedarse conmigo. Pero las crueles nevadas y temibles vientos nos tenían atrapados y aquel pobre hombre falleció sojuzgado por la despiadada pobreza y yo quedé junto a su cuerpo varios días, angustiado por la sentencia inmediata de muerte.

Valerio acabó sus días en el monasterio de Montes de Valdueza, fundado por san Fructuoso, y, como él, veneró la naturaleza del entorno que le confirió días de paz, tal como cuenta en su escrito.

> Es un lugar parecido al Edén y tan apto como él para el recogimiento, la soledad y el recreo de los sentidos. Cierto es que está vallado por montes gigantescos, pero no por ello creas que es lóbrego y sombrío, sino rutilante y esplendoroso de luz y de sol, ameno y fecundo, de verdor primaveral... Aunque en la rígida pendiente de la montaña ni un solo rincón encontramos donde edificar, con la ayuda de Dios, el trabajo de nuestras propias manos y la pericia de los artesanos, en muy poco tiempo allanamos un pequeño espacio donde pudimos edificar un breve remedo de claustro. ¡Qué delicia contemplar desde aquí los vallados de olivos, tejo, laureles, pinos, cipreses y los frescos tamarindos, árboles todos de hojas perennes y perpetuo verdor! A este inmarcesible bosque le llamamos Dafne por sus emparrados rústicos de cambroneras que brotan espontáneas y trepan por los troncos y forman amenísimos y compactos toldos, y refrescan y protegen nuestros miembros de los rigores del estío y nos proporcionan mayor frescor que los antros de las rocas o la sombra de las peñas, mientras que el oído se regala con el muelle del cantar del arroyo que a la vera corre y la nariz se embriaga con el nectáreo perfume de las rosas, los lirios y toda clase de plantas aromáticas. La bella y acariciadora amenidad del bosque calma los nervios y el amor auténtico, puro y sin fingimientos inunda el alma.

La descripción de Valerio me anima a ponerme en marcha.

Me despido de mi pajar y lleno la cantimplora en la fuente. La perspectiva de una larga caminata en solitario por estos parajes idílicos me inunda de alegría. Me impresiona la vida de Valerio, continuamente asediado por sus demonios y al mismo tiempo tan amante de la naturaleza. Recuerdo ahora las palabras de Bárbara: «Yo conozco a mis demonios». No hice demasiado caso a esa frase que, sin embargo, me perturbó. No le pedí, y creo que ahora sí lo haría, que me hablara de esos demonios, ni me interesé por conocerlos para ayudarla a combatirlos. Imagino la terrible soledad que significa convivir con alucinaciones y seres dantescos que los demás no perciben ni cuya existencia aceptan. Comprendo el temor de Bárbara a separarse de Anselmo, que consigue aliviar ese estado angustioso de visiones de presencias malignas que ella soporta. Valerio peleó en solitario durante muchos años con ese suplicio, y sólo al final de sus días halló la paz.

Respiro hondo para afrontar la fuerte pendiente que me conduce hasta Espinoso de Compludo. Llegado allí, evito la tentación de repostar en la taberna y continúo la marcha hasta el tejo, que al cabo de un rato aparece majestuoso y solitario. Después de contemplar largamente la envergadura de su copa, me cobijo a su sombra y saco los alimentos y la cantimplora de la mochila. Junto al tejo hay un cementerio y una vieja ermita abandonada. Me siento afortunado de no tener puertas abiertas al más allá. Me conformo con el aquí y el ahora. Disfruto hincando el diente al bocadillo de jamón serrano y bebiendo el agua fresca de mi cantimplora. Ni rastro de ángeles o demonios. Mi puerta hacia ese misterio se mantiene cerrada y en esta hora magnífica lo celebro con placer. Aparece una mujer tocada de un pañuelo negro, del brazo de una joven que supongo será su hija. Van al cementerio y se paran a conversar conmigo. La mujer mayor me habla del tejo y de sus recuerdos de infancia y juventud.

—Este *teixo* siempre estuvo conmigo y con todos los chiquillos que vivíamos por aquí. Cuando ya teníamos edad de tontear, cogíamos las púas de sus ramas y las lanzábamos al elegido que nos gustaba. De ahí viene la expresión «tirarse los tejos».

Las invito a compartir mi merienda, pero no aceptan. Van al

cementerio a cumplir con sus difuntos. Una vez saciado el apetito duermo una siesta ligera, para reiniciar después el camino hacia Montes de Valdueza, donde me espera el monasterio de San Pedro de Montes.

Lo encuentro en estado ruinoso. Una valla de hierro cerrada con llave impide el acceso a su interior. La soledad del paraje se completa con una belleza impresionante: el canto de los pájaros, la frondosidad de la vegetación, el liquen que cubre las piedras centenarias. Busco un resquicio entre la puerta y la valla por el que colarme al interior, pero no lo encuentro. Podría aventurarme a saltar y tratar de penetrar en ese recinto que conserva sin duda el rastro de personas que allí vivieron en tiempos de Fructuoso: el rastro de Prisciliano, que descubrió la espiritualidad del valle, o los terrores de Valerio, que en las noches se veía asediado por repugnantes olores y estruendos que lo mantenían en vela, y durante el día por enemigos reales entre los monjes que lo maltrataban con violencia despiadada. No me siento preparado para esa experiencia y aplazo el momento.

Observo el cambio que se ha operado en mí. Tania se sorprendería de mi espíritu aventurero, ella que me reprochaba haber adoptado la fórmula de permanecer inmerso en mis papeles, viviendo la vida a través de los descubrimientos narrados por otros en vez de aventurarme, como ella hacía, por caminos propios. Ahora comprendo a Tania cuando se metía en el personaje que iba a representar y cuando buscaba las motivaciones que justificaran los actos a los que ella iba a dar vida. Yo me quejaba entonces de sus bruscos cambios de humor y de carácter. Me satisface estar solo. Los sentimientos que remueven mi interior en mi inmersión en esta experiencia sólo me afectan a mí. Este cambio de método, adentrándome en el corazón de la historia que quiero recrear, esta nueva necesidad de vivir las sensaciones a flor de piel, confiere a mi estudio una nueva dimensión. Permanezco merodeando por el lugar, empapándome de la humedad y la fragancia que desprende, durante un lapso que no sabría medir. Sé que regresaré con el permiso de entrar y permanecer en el monasterio el tiempo que necesite para recrear esa tebaida que se formó también en los

montes que lo rodean. Necesito saber qué fuerza transmitió Prisciliano a Fructuoso, quien, no siendo amigo de discursos ni de gloria, consiguió, como él, motivar a tantas personas a abandonar sus vidas cotidianas e implicarse en una vida espiritual apartados del mundanal ruido. Seguiré leyendo todo papel que caiga en mis manos y relate lo que aquí aconteció, pero reconozco que lo que yo vengo buscando no sólo lo puedo hallar en documentos sino también en los lugares que propiciaron esas circunstancias, ese rastro priscilianista que resurgió dos siglos después de Fructuoso en san Genadio, otro eremita que se encargó de la reconstrucción del monasterio, destruido por las razias musulmanas. Bajo la influencia de san Genadio se construyeron nuevos eremitorios y se levantó la iglesia de Santiago de Peñalba, cerca de la cual está la cueva donde se retiró finalmente el santo y que lleva su nombre. Pero esta historia la viviré mañana.

Tal como me indicó Tomeo, encuentro un hostal en el pueblo, que me acoge. Las fuerzas ya sólo me alcanzan para cenar y retirarme a dormir.

27

Simón
Santiago de Peñalba - Genadio

Durante los cinco años de nuestra convivencia, Tania y yo hicimos juntos un único viaje largo. Lo preparé minuciosamente, leí todo lo que encontré de interés sobre Perú, sobre su historia, sus ciudades y su política. A ella esas lecturas no le interesaban. Lo que esa tierra me quiera transmitir, decía, me lo contará cuando esté allí. Le parecía que los datos que yo recogía podían distorsionar la verdad que ella quería recoger directamente de la tierra. En eso, como en tantas cosas, somos distintos, aunque no opuestos; yo diría que complementarios. Tania organizó la llegada a Machu Picchu. Por falta de tiempo tuvimos que renunciar a recorrer el Camino del Inca, que duraba cuatro días, y Tania decidió que durmiéramos en Aguas Calientes y que saliéramos de madrugada tomando el primer bus a Machu Picchu. De esta forma, según ella se había informado, podríamos coincidir con la salida del sol en el santuario de los incas y disfrutarlo prácticamente en solitario porque los visitantes hospedados en Aguas Calientes suelen trasnochar y salir más tarde al día siguiente.

Sucedió tal como le habían anunciado, y llegamos a Machu Picchu al amanecer. La experiencia frente a un espectáculo grandioso fue tan apabullante que se borraron de mi mente todos los datos y me dejé llevar por los sentidos, captando sin esfuerzo el lenguaje de la naturaleza. Nos mantuvimos los dos mudos, cogidos de la mano, contemplando. Tania se volvió hacia mí y me sonrió con amor. Estábamos compartiendo un momento mágico que jamás olvidaríamos. Después nos adentramos en las ruinas y ella

escuchó con interés todo lo que yo supe contarle sobre la cultura y organización del pueblo inca, y sobre los ritos mágicos ligados a la naturaleza. Le hablé de su religión politeísta, de sus dioses: Inti (sol), Quilla (luna), Illapa (relámpago o rayo). Juntamos nuestras dos partes y fuimos uno en plenitud. Fue una lástima que no supiéramos trasladar esa experiencia a nuestra vida cotidiana.

Estos recuerdos, nunca olvidados, aunque sí apartados a un rincón de la memoria, acuden a mi mente al llegar a Santiago de Peñalba después de un recorrido idílico por el valle del Oza, entre robledales y corrientes de agua con cascadas naturales y castaños centenarios cargados de frutos espinosos y de hojas doradas. He madrugado, y disfruto de los rayos del sol naciente iluminando un otoño esplendoroso. Al llegar, siento, como en Machu Picchu, la sacralidad telúrica del lugar que me atrapa en su embrujo. Echo de menos la mano de Tania y su sonrisa. La sustituyo mentalmente por Egeria, Prisciliano, Fructuoso, Valerio y Genadio invitándolos a redescubrir estos parajes conmigo. Ellos convirtieron su sentimiento religioso en un misticismo panteísta que transmitieron a sus seguidores, y por intereses de poder político unos fueron torturados y decapitados por herejes y otros alcanzaron los altares convertidos en santos.

El pueblo, con sus casas de piedra y tejados de pizarra, emerge entre la vegetación otoñal. Los hostales o casas rurales se anuncian con discreción. No me dejo tentar por su aparente confort porque necesito la austeridad que me permita acercarme a las condiciones de vida de los eremitas y a su tiempo. Me dirijo, pues, a la casa que me indicaron los amigos de Compludo. Una joven sobrina de la familia me abre la puerta y me recibe con simpatía. Ella ya está informada de lo que necesito y me acompaña a un pajar de condiciones similares al anterior. Hay también un pilón cerca de la escalera de piedra de la entrada y no muy lejos discurre un arroyo. Cuando me asomo al río, me llevo instintivamente la mano a la barba desaparecida y que ya está pujando por volver a salir. Dejo la mochila en el pajar y me acerco a la iglesia, cuyo tejado de pizarra apenas sobresale de los otros tejados del pueblo. La iglesia es prerrománica de estilo mozárabe, construida con

piedra caliza y lajas sin desbastar. Formó parte del monasterio fundado por san Genadio entre los años 931 y 937 antes de retirarse a vivir a una cueva junto al río Silencio para entregarse a la meditación. De nuevo me encuentro con otro gigante de una vida santa. Genadio renuncia a los privilegios de su cargo de obispo de Astorga, y, tras la fundación del monasterio de Peñalba, entre otros, se retira al silencio y a la meditación en condiciones ascéticas. Siento un nerviosismo especial frente a la belleza de esta iglesia. Algo me indica que este templo contiene un mensaje importante y que no debo precipitarme. De momento, recorro su fachada observándola con minuciosidad. Me detengo frente al pórtico de acceso, cuya perfección me sorprende: dos arcos gemelos de herradura, apoyados en tres columnas y capiteles de mármol blanco.

—Una maravilla, ¿verdad? —Una mujer mayor, a la que no he oído llegar, se ha situado a mi lado—. Dicen que es la puerta más perfecta de todo el arte mozárabe.

Se presenta. Se llama Elvira y tiene casa en el pueblo, aunque en invierno vive en Ponferrada.

—Venga, le mostraré algo que le va a interesar.

Me conduce a la fachada sur y me muestra una ventanita estrecha que da a la actual sacristía. En seguida me llama la atención, antes de que ella me lo indique, la piedra del dintel sobre el arco de la ventana en la que están grabadas ocho figuras primitivas similares a grabados rupestres. Mientras contemplo, atónito, los grabados, Elvira me aborda de nuevo.

—¿Ha desayunado? Le invito a un café; acabo de comprar este pan reciente y el estómago me está pidiendo un buen desayuno.

Acepto encantado su invitación.

—Quiero enseñarle un libro que le puede interesar —me anuncia camino a su casa.

Elvira empuja una verja que da paso a un patio donde una escalera de piedra, similar a la de mi pajar, nos conduce a la planta alta de la pequeña vivienda. Entramos a una salita iluminada por un sol que ha ido elevándose en el cielo y que se desparrama sobre

una mesa redonda flanqueada por dos sillas que parecen preparadas para nosotros. Elvira me indica que tome asiento mientras ella prepara el café. Me trae, para entretenerme, el libro del que me acaba de hablar: *Los últimos priscilianistas*, de David Gustavo López.

—El autor es un entusiasta de este lugar —me explica mientras me lo entrega—, compró aquí una casa y viene a menudo.

Abro el libro, que yo ya descubrí en una librería de Astorga y había dejado reservado junto a otros para recoger al regreso de mi camino. Elijo una página al azar y leo el título «Los ermitaños del dios Sol». Cierro el libro y los ojos. La adoración al dios sol me ha devuelto a Machu Picchu y a Tania.

—Precisamente —le cuento a Elvira cuando aparece con dos tazas de café humeantes— estoy estudiando a los eremitas que habitaron esta zona, entre ellos a Prisciliano, pero antes de leer más sobre ellos quiero sentir, y ahora mismo no quisiera alejarme de este momento presente y de este estado de bienestar.

Tengo la cálida impresión de que Tania se vuelve hacia mí con una sonrisa aprobadora. Elvira ha ido colocando sobre la mesa una cestita de mimbre con rebanadas de pan, mantequilla y mermeladas.

—¡Qué curioso! —me dice—. Yo no tenía noticia de que Prisciliano hubiera pasado por aquí, aunque sí sus seguidores, pero comprendo muy bien lo que dices.

Me anima a que empiece a comer, ella también parece deseosa de disfrutar el desayuno. Me alegra que ya haya empezado a tutearme.

—Sentir, eso es lo primero. Este lugar no deja a nadie indiferente, por algo será. Por esta zona se retiraron muchos santos a vivir en cuevas porque el lugar es sagrado y lo descubrieron. Y tienes razón, tú también tienes que descubrirlo antes de meterte en los libros, pero después léelo, es interesante; si quieres te lo presto.

Le explico que lo reservé en Astorga y se alegra.

Inti, el sol de los incas, Mitra, el dios sol mencionado en los Vedas, el sol de Prisciliano, de Fructuoso, de Valerio, de Genadio, preside nuestra mesa. Al despedirnos, Elvira me señala el camino a

la cueva de San Genadio.

—Dentro de poco va a llegar un autobús de turistas, ve allí en seguida para que puedas disfrutar del silencio que buscó Genadio.

Me despido de ella agradeciéndole su acogida.

—La iglesia no va a cambiar de lugar —me dice riendo al sentir mi titubeo al mirar hacia el monumento.

—Tienes razón —le contesto, desprendiéndome de la tentación de volver a ella.

Le propongo encontrarnos por la tarde. Ella me habla de Aromas del Oza, un pequeño restaurante donde preparan platos exquisitos. Me cita allí para una cena temprana en la que podré comentarle mis impresiones.

Mientras camino por una senda hacia el refugio de Genadio, disfruto de la vegetación de ribera junto al arroyo de Peñalba y de los robles rojizos agrupados en pequeños bosques. Cruzo un puente y encuentro al poco la señal de desvío hacia la cueva. A partir de ahí remonto el curso del río Silencio, que atravieso por otro puente de madera. Pronto doy con el recóndito refugio de san Genadio. Desde la entrada de la cueva, contemplo el panorama que se extiende hacia El Bierzo y hacia Peñalba, y que, en dirección este, abarca el impresionante Valle del Silencio. Comprendo la elección de Genadio: el silencio que reina en el entorno es impresionante. Me hace gracia la leyenda que he escuchado de que cierto día san Genadio, sintiéndose molesto por el murmullo del río, que le impedía concentrarse en su meditación, dio un golpe de cayado en el suelo, pidiendo silencio, y el río se escondió bajo tierra para acallar su rumor. Logro, gracias al consejo de Elvira, pasar una hora de soledad en la cueva meditando con una concentración nunca antes conseguida, como si la presencia de Genadio se hubiera colado dentro de mí. Interrumpo la meditación cuando oigo un murmullo de voces que se aproxima y me acuerdo del autobús del que me habló Elvira. Me habría gustado poderlo silenciar, como Genadio logró acallar el rumor del río. Me pregunto cuánto habría durado mi meditación de no haberla interrumpido bruscamente. Sentí como nunca la armonía entre cuerpo y mente alejándome de pensamientos profanos.

La senda entre la cueva y Santiago de Peñalba es circular, y como he llegado por el camino de abajo, de donde vienen las voces, tomo ahora el de arriba, que me asombra más, si cabe, por su belleza superior.

A mediodía concluyo mi visita a la iglesia y me retiro después a mi pajar solitario a tomar un ligero refrigerio de barritas energéticas y a dormir un rato para reponerme del madrugón. Me encanta la soledad de mi refugio, donde poder dormir tranquilo y acaso volver a meditar como en la cueva de San Genadio.

Al atardecer me acerco a Aromas del Oza, donde me ha citado Elvira. La encuentro sentada a una mesa junto a una mujer anciana.

—Es mi madre, quiere conocerte porque tiene cosas que contar. Ella ya ha cenado, es de poco comer, pero quiere acompañarnos.

Saludo a doña Remigia, que es una mujer guapa, de rostro marcado por surcos profundos en el que destacan unos ojos grandes que parecen indicar nobleza y bondad.

—En estos valles —cuenta— ha habido muchos santos cobijados, algunos de los que se habla, como Genadio, y otros que no se mencionan. Esos que no se mencionan son los míos, gente que se echó al monte para huir de los fascistas que los perseguían a muerte. Gente que no quería matar. Pronto cumpliré cien años, pero nunca olvidaré el dolor que viví entonces.

—Mi madre anduvo con los maquis y vivió huida en el monte.

—Lo fui a la fuerza, metieron preso a mi marido y a mí me buscaban para lo mismo.

—Yo tampoco olvidaré el día en que nos despedimos —dice Elvira conmovida—, estuvimos abrazadas toda la noche las tres: mi hermana Lucía, madre y yo. Salió de madrugada tratando de no despertarnos, pero la oímos y corrimos tras ella. Nos despidió en la era volviendo a abrazarnos y después estuvimos años sin tener noticias. Nos crio mi tía Lucía.

—Ése es el dolor más grande, dejar a los hijos. Después tienes que espabilar para sobrevivir y ya no tienes ni tiempo de acordarte. Por todas partes andaba yo indagando qué habían hecho

con mi Juan. Nadie sabía nada cierto, hasta que un compañero me informó que había estado con él. A mi marido lo habían hecho prisionero y, después de un tiempo en la cárcel, lo habían enviado a trabajar a las minas de wolframio en Ponferrada. Cuando lo supe creí morir. Mi hombre era bueno, generoso, y el compañero me confirmó que seguía en las mismas. Escaparon unos cuantos, lo tenían bien planeado, pero en el último momento él no pudo unirse porque ya estaba enfermo. —La voz de la anciana es grave, cavernosa, como si brotara de la profundidad de la tierra—. Imaginé qué doloroso debió de ser para él extraer el wolframio que luego utilizarían para fabricar los cañones de los alemanes nazis. Según me contaba este amigo, Germán se llamaba, allí en esas minas del diablo todo era polvo que entraba por la nariz hasta los pulmones, y era un polvo muy peligroso porque el wolframio se aleaba con arsénico, y muchos jóvenes murieron de silicosis, con los pulmones totalmente podridos. —El rostro de doña Remigia se arruga en un gesto de dolor—. A este pobre Germán de poco le sirvió el éxito de su huida, porque acabaron dando con él y lo fusilaron. Pero, como le digo, esos hombres que andaban escondidos en las cuevas eran los verdaderos santos, porque se ocupaban los unos de los otros, sabíamos que nos rondaba la muerte…

—¿Había más mujeres?

—No cuando yo anduve por aquí, pero fue poco tiempo. Cuando supe de él me fui en busca de más noticias y me encaminé hacia Ponferrada. Allí sí encontré a otras mujeres, también solidarias. Yo digo que en tiempo de necesidad los ricos no pueden ser buena gente, no pueden serlo cuando ven a otros caer muertos de hambre y hacen la vista gorda para no socorrerlos.

—A partir de entonces mi madre ya no quiso poseer nada. Cuando murió Lucía y heredó la casa que había sido de los abuelos, se instaló en una pequeña habitación y regaló todo lo que había dentro a los más necesitados. Ella sólo se quedó con un catre para dormir, una escudilla y cubiertos para comer un poco de lo que sus hijas le llevamos.

—Lo demás me sobra. Y también sobran muchas palabras. Yo

ya me retiro porque usted ha venido a recoger la vida de esos santos, y en su libro no habrá hueco para los míos.

Remigia se pone en pie.

—Sí aparecerán en mi libro —le contesto—. Y, si usted quiere, escribiré otro libro sólo para los suyos, aunque en ese caso deberemos hablar más.

—Hablaremos, hablaremos —dice Remigia levantándose. Un hombre que tomaba café en otra mesa se acerca y la toma del brazo—, pero no ande apartándolos, únalos a todos en una misma historia, así es como merecen estar.

—Es mi hijo —dice Elvira—, que vive con ella y estaba esperándola para acompañarla a la casa. Es impresionante lo mucho que la quieren los nietos.

Elvira parece inmersa en los recuerdos despertados por su madre.

—Fue tan dolorosa la despedida como el reencuentro años después —afirma al cabo de un rato—, ya te puedes imaginar. Nos llegó una desconocida que era nuestra madre y que apenas hablaba, que no comía. Por suerte su hermana, ésa sí que era santa, se dedicó a ella en cuerpo y alma. Ésta es nuestra historia, pero tú no has venido aquí para hablar de eso.

—Yo he acudido a esta cena en calidad de amigo, sin pretensión de hablar de nada en concreto. La historia de tu madre, que también es la tuya, me ha conmovido. No tardaré mucho en regresar y quedarme aquí varios días, tendremos tiempo de hablar de todo.

28

Encina en El Bierzo

La abuela se empeñó en ir a las castañas a pesar de encontrarse mal. No puedo disfrutar con ella de la recogida como otras veces. El día es espléndido, soleado y luminoso, pero no hay quien convenza a la abuela para que desista de venir a apañar con nosotras, aunque no tiene fuerza ni para agacharse y ha de permanecer sentada en un tronco caído mientras me va indicando con un bastón los lugares donde se encuentra la castaña de pared, que es más pequeña pero más sabrosa.

La tía Amalia ríe. Escucho las voces de las mujeres, que en momentos así se vuelven como niñas, mientras acumulan montones de castañas que luego guardan en sacos.

—Antes, los comerciantes elegían la castaña de presa o la marela, que son más gordas y lustrosas —me informa la abuela—, y nosotros nos alegrábamos porque preferíamos la otra. Ahora ya lo han descubierto, y la castaña de pared está triunfando.

—Pero han tardado años en darse cuenta.

A la abuela le gustaría que yo fuese una campeona como ella, que acumulara más castañas que ninguna, pero yo no tengo la habilidad de las demás. La tía Beni se da cuenta y de vez en cuanto echa disimuladamente puñados de castañas en mi saco, no sé si para contentarme a mí o a su madre.

Al anochecer tenemos que llevar a la abuela al hospital del Bierzo, en Ponferrada. Le detectan una fuerte infección de orina y la dejan ingresada. El abuelo está tan inquieto que no se puede hablar con él de otro tema que no sea el de la salud de su mujer. A él le parece que esa infección no es lo único, que tiene que haber

algo más, pues nunca la había visto tan enferma. Quiero distraerle con el tema de Prisciliano y de Egeria para poder aportar más anécdotas a Simão, pero es inútil.

Paso las tardes acompañando a la abuela en el hospital. Nos gusta quedarnos a solas en la habitación porque entonces ella puede hablar libremente. La siento rebelde con la imagen que todos tienen de ella, y que es, en realidad, la que ella misma ha ido fomentando. Me estoy enterando de cosas que no sabía. Me escapo a las horas que no son las de visita, diciendo en casa que voy a cualquier otro lugar, y prometiendo al abuelo que pasaré a recogerlo a tiempo de llegar al hospital a la hora autorizada. No me es difícil colarme por los pasillos, cuento con la complicidad de amigas médicas y enfermeras que me encuentro al paso. Hoy es el tercer día de ingreso. Abro sigilosamente la puerta de la habitación y la oigo saludarme con voz animada.

—Pasa, pasa, Encinita, me encuentro fenomenal, diles a tus amigas que ya me pueden dejar ir a casa. Todavía estoy a tiempo de llegar a apañar castañas.

—Pero ¡qué manía!, aquí estás bien abrigada y cuidada. Recuerda cómo sufriste el otro día, no podías ni tenerte en pie. ¿De dónde te viene tanta afición? Yo llevo tres días recogiendo y me duele todo el cuerpo, sobre todo los riñones.

—Al principio duele todo, tienes razón, pero si lo haces bien el cuerpo poco a poco se va haciendo uno con el movimiento y ya no sólo no duele, sino que te pide seguir. A nosotros no nos quedaba más remedio que hacerlo y nos fuimos aficionando. En mi tiempo se trabajaba mucho y la castaña era lo más importante de nuestras vidas. Había pocas cosas que comer y durante todo el invierno se comían castañas. Había que estrujar la imaginación para hacer un menú variado: caldo de castañas, pan de castañas, puré de castañas, desayuno de migas de castaña con leche… Era nuestro alimento principal.

Son historias que ya le he oído muchas veces, pero que me gusta escuchar de nuevo porque en ellas la siento viva.

—¿Los hombres no participaban en ese trabajo, abuela?

—Ya lo creo que participaban y participan. Los hombres

trabajaban como mulos. Estaban las castañas aún sin formar y ya iban los hombres al bosque de Barantés a cortar ramas de avellano. Con ellas vareaban los erizos, que a menudo caían lastimándolos con las púas. Eran trabajos durísimos, pero era el sustento de la familia. Y, una vez recogidos, metían los erizos en las *oriceiras* a madurar.

—Tienes razón, eran tiempos muy duros.

—Pero había mucha alegría. Después de los trabajos nos juntábamos a cantar. Íbamos molidos después de la siega, pero había mucha alegría.

—Y tú, además, encontraste al hombre de tus sueños...

—El hombre de mis sueños, ¡qué dices! Tu abuelo es un buen hombre y tiene muchas cualidades, pero no era el hombre de mis sueños. ¡No sabes cómo lloré el día de mi boda! Y eso que él me decía que después de casados iríamos a bailar todo lo que quisiéramos porque íbamos a ser libres, y eso me animaba, pero ¡qué va! Yo andaba ocupada con el trabajo de la casa y de los animales todo el día, y en seguida me quedé encinta de tu padre. Ya ves la ignorancia que teníamos en aquella época, para mí fue una sorpresa y un susto. ¡Si a mí me hubieran dicho que con eso iba a tener un hijo!, pero era joven e inculta, y no sabía nada de nada. Así que los bailes acabaron antes de empezar.

—*Pobriña*, no lo sabía. Yo siempre os he creído tan enamorados.

—Yo era como tú, a mí me gustaban la aventura y el baile. Ya sabes que siempre te he apoyado cuando andabas buscando la felicidad. Pero ahora veo que a pesar de la libertad que gozáis en estos tiempos no es fácil encontrarla. No creas que no me he dado cuenta de lo mucho que has sufrido, *filliña*, y yo sin poder hacer nada, porque hoy en día los abuelos no contamos. —Quiero interrumpirla, pero no me lo permite porque tiene razón y necesita seguir hablando—. Esos momentos de alegría que te cuento son verdad. La alegría existe y por algún lado tiene que salir, pero mi vida de soltera fue muy dura, y es verdad que la suerte que tuve fue casarme con este hombre que me quiso toda la vida, porque él siempre fue un enamorado perdido de mí, desde que éramos niños,

y todavía sigue lo mismo, ya ves cómo está ahora, derrotado porque estoy en el hospital. Pero yo entonces vivía con la nostalgia de que podía haber aparecido un príncipe azul que me hubiera regalado una vida apasionante, lejos de aquí, como aquel peregrino, ya te contaré. Porque a mí, de soltera, no me dejaron ir a un baile ni a nada. Yo a los dieciséis años me hice amiga de Pedro porque él iba detrás de mí, pero mi padre no lo sabía, y hasta los diecisiete y pico no supieron que yo era su novia. Sin embargo yo no me veía. Y es que no tuve oportunidad de conocer a nadie más que a él porque no me dejaban salir. Sólo podía bailar de vez en cuando en un baile que se organizaba en el pueblo, de día, un ratito y nada más, con los mismos de siempre. Y él me escribía, ¡una cosa tremenda! Me escribía siete cuartillas. Me mandaba las cartas por un chaval de aquí, Raúl, y venga y dale. Yo lo apreciaba, aunque no lo quería como él me quería a mí.

—Cuéntame lo del peregrino, abuela, ahora que no está el abuelo. No nos queda mucho tiempo.

—Aquel peregrino se llamaba Coque y era una cosa divina. Llegó aquí enfermo, había salido al Camino con una hermana por ver si sanaba, pero cuando llegó empezó a ponerse mal y a adelgazar, y la hermana estaba muy preocupada. Ellos traían dinero y los acogió la familia de los Suárez, que tenían la casa enfrente de la mía, y yo sabía la vida toda de esa gente, porque los tenía delante de mi ventana, y veía cómo salían a la huerta y cómo entraban. Yo estaba pendiente de él siempre que podía, porque él se asomaba a la ventana y me saludaba, y, ¡oh, qué guapo que era! —Los ojos de la abuela se iluminan—. La hermana también era muy guapa, de esas que llaman la atención, llevaba unas faldas largas... ¡y tenía un tipo!, ¡y una cara tan guapa!, ¡una melena! Andaba el médico que atendía al hermano loco por ella. Y cuando pasados dos meses le pareció a ella que el hermano se reponía algo, quiso seguir camino porque tenía mucha fe en Santiago, y yo creo que por huir del médico aquel. *Pobriños!*, qué habrá sido de ellos. Yo estaba enamorada completamente, y él me escribía poesías y me las mandaba por uno que estaba de criado en la casa donde lo tenían acogido. De ahí creo que sacó tu abuelo más

adelante la idea de escribirme, y él hacía con los papeles una especie de sobre, parece que aún lo estoy viendo ahora, lo cerraba y me lo mandaba. Yo nunca viera aquellas cosas y me tenía cautivada. Era guapísimo, era precioso. Cuando mejoró, le pidió a Gonzalo que le prestara la bicicleta, casi la única que había en el pueblo, y resultó que era un artista de la bicicleta, y al pasar por delante de mi ventana me pedía que bajara, que me llevaría a dar una vuelta sentada en la barra, y yo me moría de las ganas, pero no me permitían salir, y nos hablábamos por señas para que mi padre no se enterase. Y él hacía filigranas con la bici debajo de mi ventana para consolarme. Andaba para atrás sentado en el manillar, soltaba las manos cuando iba hacia delante y brincaba como hacen los chavales ahora, pero entonces eso no se conocía por aquí. —La abuela sonríe al recuerdo y vuelve a ser la niña de quince años extasiada ante su primer amor—. Era guapísimo y, como estaba fino, fino, por la enfermedad o lo que fuera, era una cara preciosa, a mí me encantaba el chaval. Cuando se marcharon no me pude despedir. Debieron de salir cuando yo estaba retenida en la era, creo que mi padre interceptó una carta que él me dejó. Me lo dijo el criado aquel, pero yo nunca me atreví a preguntar a mi padre. Siempre me quedó la esperanza de que un día volviera y me llevase con él, aunque eso no ocurrió. Y aquí estoy, con mi Pedro que tanto me quiere.

—Creo que fue una suerte, abuela. El amor del abuelo es difícil de igualar.

—Ya te digo que yo a tu abuelo lo quiero y mucho, pero de lo que habría pasado si aquel muchacho hubiera regresado a buscarme eso no se sabe. Tantas vueltas le he dado, y tantas posibilidades he imaginado, que aún ahora lo pienso a veces. La posibilidad que más daño me hacía es que hubiera muerto de aquella enfermedad del pulmón que le afectó mientras estaba aquí, porque eso decían los vecinos que lo atendieron, y se sorprendían también de que no hubieran regresado a verlos o hubiesen enviado una postal o algo al llegar a Santiago.

Me impresiona la tristeza que asoma a los ojos de la abuela. ¡Cómo es posible que un sentimiento enquistado durante setenta

años haya pervivido con tanta intensidad! Creo que el Camino me ha traído aquí para enseñarme lo que desconocía, para restablecer algunos eslabones de la cadena a la que estoy ligada. Le pediré al abuelo que me cuente, no ya de Prisciliano, sino de la vida que vivió él antes de que yo naciera, y que me es tan desconocida.

—Por eso yo nunca he dejado de atender a los peregrinos. —La abuela ha vuelto a tomar la palabra—. Siempre que acojo a alguno pienso que él lo está viendo y lo aprueba.

Me despido de ella y voy a buscar al abuelo.

Desde ayer el abuelo está más animado porque los médicos le anunciaron que probablemente al día siguiente su mujer podría volver a casa, ya curada de la infección. Parece un niño con zapatos nuevos.

—Es que yo no me acostumbro a estar sin ella. Llevamos toda la vida juntos, desde los diecisiete años de ella y los dieciocho míos. Y ahora todavía más juntos, porque yo ya no tengo que salir para la trata del ganado, ni hacer esos trabajos que me retenían fuera de su compañía, porque la vida había que ganarla, y ella trabajó mucho, y yo también. No vayas por la autovía, métete por el interior, tengo que recoger un producto en Cacabelos.

Nos dirigimos a Villafranca, y de allí a Cacabelos. Las viñas son un espectáculo de hojas de color rojo, naranja, violeta... Los cerezos también están restallantes de color, del bermellón al cárdeno. Me alegro de que la impaciencia del abuelo haya disminuido y que no me haga ir por la autovía. Cuando vengo sola siempre tomo este camino para disfrutar del color. Le comento al abuelo lo mucho que echo en falta la naturaleza de este lugar cuando estoy lejos.

—Tu abuela siempre anduvo por el monte —me cuenta—. Ya sabes que ella conoce las plantas y sabe curar con ellas. Pero esta vez no le ha funcionado el invento y ha tardado demasiado en acudir al médico. La he visto mal, muy mal.

Vuelve a angustiarse y yo le doy ánimos.

—Pero ahora ya está curada, abuelo. Ya verás qué guapa la vamos a encontrar.

La encontramos vestida y sentada en el sillón. Recibo una

llamada en el móvil y salgo al pasillo. Es Simão, me anuncia que mañana puedo ir a buscarlo si me viene bien. Me viene de maravilla, ya casi tenía el Camino olvidado y siento la necesidad de salir. Me encanta cómo encaja todo. Cuando regreso a la habitación, la abuela me informa de que una doctora ha pasado hace un rato y le ha entregado el alta. Le han dicho las enfermeras que ya puede irse. El abuelo parece feliz. Ella ya ha recogido todas sus pertenencias en una bolsa y está lista para acompañarnos.

Volvemos a pasar entre viñas y cerezos, ¡ojalá mañana esté el día tan luminoso como hoy para compartirlo con Simão! Siento dentro una alegría parecida a la del abuelo. Él recupera a su esposa y yo recupero el Camino. ¡Qué felicidad!

29

Hacia Ponferrada

Encina llega a Peñalba de Santiago. Encuentra a Simão sentado, leyendo en una terraza cerca de la iglesia. No lo reconoce al principio y luego se sobresalta.

—¡Simão! ¿Qué has hecho?

Simón se pone en pie para recibirla.

—Si te refieres a la barba, te recuerdo que fuiste tú quien me aconsejó que me la afeitara.

—Bueno, pero ahora no me beses porque pinchas. —Se aparta un poco para verle mejor—. ¡Menos mal que te está creciendo de nuevo!, porque tienes pinta de payaso con esa piel tan blanca donde estaba la barba y tan morena en el resto de la cara.

—O sea, que ahora me aconsejas que me la vuelva a dejar, justo después de haber superado picores y escozores.

—Sí, creo que sí. Tengo la impresión de que ese afeitado es más propio de primavera o de invierno.

—Espero que Bárbara no me vea con tus mismos ojos. —Simón parece preocupado.

—No lo creo —contesta Encina, algo picada de que le preocupe más la opinión de Bárbara que la suya—. Ella es más espiritual que yo, seguramente ni se dará cuenta del cambio.

—Había preparado este encuentro con ilusión, pensando que te agradaría que hubiera hecho caso de tu consejo. Y, sin embargo, aquí nos tienes casi discutiendo.

—Tienes razón, Simão, perdóname. No sé lo que me pasa. Soy una mujer imposible.

Simón le hace un gesto para que tome asiento y cada uno pide

una bebida.

—Lo averiguaremos —le dice con suficiencia. Y ante la cara de sorpresa de Encina añade—: Averiguaremos qué te pasa y por qué eres una mujer imposible. Permíteme que sea audaz como tú. Iré por partes. Primero quiero conocerte mejor. Tengo unas cuantas preguntas sobre cosas que me han sorprendido y no indagué sobre ellas a su debido tiempo.

—Bueno, depende de qué cosas sean podré contestarte o no.

—No importa, eso ya es asunto tuyo, pero la audacia para preguntar y para actuar a mi aire con la información que me des es cosa mía.

—No perdonas.

Le gustaría preguntar: ¿qué te ocurrió, Encina? ¿De dónde viene ese dolor que sólo confiaste a Vera? Pero su audacia, recién estrenada, no le da para tanto.

—Empezaré por el principio —dice a cambio—. ¿Qué significa Portugal para ti?

—Esa pregunta me gusta. —Encina parece esponjarse—. Y tengo una buena respuesta. Es toda una historia, ¿te apetece oírla ahora?

—Claro que me apetece, es el primer cabo suelto, después iremos tirando del hilo de la madeja.

—Te advierto que la curiosidad tiene su contrapartida: yo cuento, tú cuentas. Pero no demoremos más, daré respuesta a tu pregunta. En la escuela del pueblo apareció una niña nueva. Era portuguesa, se llamaba Maria Conceição, nombre de difícil pronunciación. La maestra cortó por lo sano y la llamó Conchita alegando que ése era el nombre en español. Todas las niñas la llamaron a partir de entonces Conchita menos yo. Maria Conceição me había parecido desde el primer momento un nombre precioso. Ella me enseñó a pronunciarlo correctamente, el portugués es fácil para nosotros, bercianos o gallegos. No entendí la pereza de la profesora y de las otras niñas en aprender a llamarla correctamente. Maria Conceição y yo nos hicimos amigas. Venía de un pueblo fronterizo con Galicia: Valença do Minho. Nuestros padres también hicieron amistad y cuando llegó el verano me

invitaron a pasar unos días con ellos en Portugal aprovechando un viaje del padre. Fue la primera vez que salí de mi pueblo a lo que a mí me pareció el mundo. El idioma me enamoró, lo entendía bastante por la similitud al nuestro, y me pareció la lengua más bella por la música y la dulzura que contenía. Nunca olvidé esos días mágicos en un ambiente muy grato. Maria Conceição no pudo volver a nuestro pueblo. El trabajo de su padre lo había devuelto de nuevo a su país y aunque quisimos invitarla no se dio la oportunidad de que pudiera desplazarse. No sé por qué no he tratado de contactar con ella desde entonces. La imagino casada y con hijos, como casi todas las amigas de mi edad. Pero me dejó el regalo de la música de su idioma, y por eso detecté tu ligero acento y el más pronunciado de Vera. Supe, desde que os escuché hablar, que seríais importantes para mí.

Simón sonríe ante el relato. Esperaba otra cosa, una historia de amor o algo semejante. Ya no pregunta más, está deseando compartir el paisaje con su amiga, y la anima a una excursión a la cueva de San Genadio, prometiendo compartir con ella las vivencias que ha tenido en el valle. A Encina, que ya conoce el recorrido, le apetece mucho andar, y le cuenta su necesidad apremiante de volver al Camino después de los días de hospital junto a su abuela.

Al regresar de la cueva, Encina le habla de Bárbara, que los ha invitado a tomar un té en su casa. Le dice que Anselmo tiene muchas ganas de conocerle y Bárbara de volver a verlo.

Encina conduce con prudencia por la carretera llena de curvas que lleva a Ponferrada. Simón está nervioso. No tiene ganas de conocer a Anselmo y no sabe cómo comportarse con Bárbara delante de su pareja. Encina percibe su nerviosismo y pone un CD que desea escuchar con él. Es una música muy bella de Amancio Prada, acompañando la recitación de un largo poema de Juan Carlos Mestre, «Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo». La belleza y melancolía de la canción-poema atrapan en seguida la sensibilidad de Simón:

Lloro, Ángel mío, como un caballo joven que huye de su sombra...

Juan Carlos Mestre desgrana las palabras; la música de Amancio Prada destila *saudade* y la naturaleza los envuelve y acompaña en un recorrido inolvidable de música y de color otoñal. Al llegar a Ponferrada, caen las primeras gotas de una lluvia fina.

30

Ponferrada - Anselmo

Bárbara abre la puerta y conduce a sus amigos a una sala luminosa, con vistas al castillo de los templarios. A Simón le sorprenden el orden y la limpieza, la aparente armonía. Bárbara también parece serena y alegre.

—Tengo un regalo para vosotros.

Sale de la habitación y regresa con dos cajas. Entrega una a cada uno.

—¿Está Anselmo? —pregunta Encina antes de abrirla.

—No, no está.

—Abre tú primero —dice Simón nervioso.

Encina saca de la caja una talla pequeña de madera. Se trata de un árbol, una encina, erguida sobre una base también de madera en la que está inscrita con letra casi diminuta la siguiente frase, que Encina lee en voz alta: «En la contemplación de un árbol podríamos pasar enteramente nuestra vida».

—Es una frase de Giner de los Ríos que comparto. —Bárbara habla con emoción—. Y me ha gustado ponerlo ahí.

Encina se queda embelesada con su árbol.

—Es precioso.

Simón tiende la mano para observar de cerca el regalo de su amiga.

—Este árbol parece representar la esencia de Encina, su carácter sólido.

—Yo no sé exactamente lo que tiene este árbol; lo del carácter sólido me parece excesivo, pero me siento representada en él. Muchas gracias, Bárbara.

Simón abre su caja con nerviosismo. En ella aparece la talla de un híbrido con cabeza de águila y cuerpo de león alado.

—¡Déjame ver! —Encina tiende la mano—. La cabeza del pájaro se parece a ti.

—Soy yo mismo —dice Simón sonriendo a Bárbara.

—No he querido representar al clásico híbrido del león alado porque tú tienes más de águila que de león, pero también quería incorporar la fuerza del león a la agudeza visual del pájaro.

La base tiene también la inscripción de una frase en letra menuda.

«El águila simboliza los estados espirituales superiores, pero, ¡cuidado!, también simboliza orgullo y opresión. La fuerza del león vence.»

—No sabía que fueras también escultora —dice Simón, sin atreverse a comentar la frase, que tendrá que meditar.

—No lo soy, pero siempre anduve jugando con la navaja y la madera en mis paseos por los bosques.

—Bárbara es una artista completa, todo lo que toca lo convierte en arte. Yo ya conocí alguna de las pipas que le hiciste a tu abuelo, eran preciosas. ¿Tienes alguna por aquí, Bárbara?

—No, las eché al fuego.

Encina no añade nada. Le parece que ésa es una de las rarezas de Bárbara, hacer para luego deshacer.

—Pensaré en la frase que dedicas a mi animal híbrido, Bárbara. —Simón interviene para cambiar de tema al percibir el disgusto de Encina—. Ahora estoy demasiado emocionado con la representación escultórica, aunque quizá tú me puedas ayudar.

Bárbara parece desconcertada y Encina sale en su ayuda.

—Simón está aprendiendo a preguntar, Bárbara. Creo que es algo bueno entre nosotros que nos preguntemos y nos conozcamos.

—Pero yo nunca sé el porqué de las cosas. Salen de mí sin más. Nunca analizo mis palabras, ni sé por qué las digo o las escribo.

—No te preocupes, Bárbara. Esa respuesta la tendré que descubrir yo mismo.

Se oye el ruido de la llave en la puerta.

—Aquí llega Anselmo —anuncia Bárbara, y parece salvada, como si Anselmo, que en ese momento aparece en la sala, fuera una roca sólida en la que apoyarse.

Anselmo tiene un porte noble, piensa Simón, él también podría ser un árbol; quizá ése fue el motivo de la elección de Bárbara. Desde que Anselmo entra en escena, Bárbara se ocupa de cosas menores, como servir el té o poner en el centro de la mesa un plato de galletas, aunque sin acercarlas a los comensales. No vuelve a participar en la conversación, parece como si se retirara a un rincón de descanso confiando en que Anselmo tendrá todas las respuestas y que ella ni siquiera necesitará escuchar. Anselmo no la anima a entrar en escena, actúa con naturalidad y cordialidad hacia los visitantes. Cuando Bárbara se retira a la cocina a buscar algo, Simón va detrás de ella.

—Sólo una pregunta, Bárbara.

Ella se vuelve con expresión temerosa, no le gustan las preguntas.

—Si hicieras una talla que te representara, ¿serías también un árbol?

—No, ya te dije que yo no he alcanzado ese nivel, aunque me gustaría ser árbol, por eso envidio a Encina. Cuando muera, quizá me convierta en árbol porque es lo que deseo. Hubo un tiempo en que lo deseé más que nada, quería que se cumpliera en mí el mito de Mirra.

—Pero Mirra quiso convertirse en árbol para expiar una relación incestuosa...

—Aparta —dice Bárbara visiblemente molesta y tratando de salir por la puerta con una bandeja cargada de platos y más dulces.

—Me ha dicho Bárbara que acabas de regresar del Valle del Silencio.

Anselmo se dirige a Simón, que aparece cabizbajo detrás de Bárbara. Simón trata de situarse en el lugar donde se encuentra, pero su mente divaga por otros derroteros. Oye por dentro las palabras que un día le dijo Bárbara relativas a gentes que querían separar a la nieta del abuelo porque no entendían su relación.

Anselmo está esperando una respuesta.

—He estado por tierras del Silencio —contesta Simón consiguiendo aterrizar en la sala—, acercándome al valle por Compludo, San Pedro dos Montes, Santiago de Peñalba... Pero pienso volver para quedarme allí un tiempo y perderme por el Valle del Silencio, y sentir. Quisiera saber cómo era ser Fructuoso.

—¿Cómo era ser alguien? —pregunta Encina—. Yo creo que eso no es posible.

—Sí lo es —interviene Bárbara mirando a Simón—. Si alguien intenta ponerse en el lugar del otro acaba por entenderlo. Me gustaría acompañarte, Simón, yo también quiero intentarlo. No te estorbaría, de verdad. Fructuoso tenía seguidores que también se fundían con la naturaleza.

—Eso sería estupendo, si Simón lo ve factible. —Anselmo se ha animado al oír la propuesta de Bárbara.

—Lo pensaré —dice prudentemente Simón—. Si considero que puedo intentar esa experiencia en compañía, tú serías, sin duda, la persona elegida, Bárbara, porque no conozco a nadie que sepa fundirse con la naturaleza como tú. Pero, de momento, voy a seguir un trecho de Camino. Me gustaría, por lo menos, llegar al Cebreiro, entrar en Galicia.

—Yo no voy a seguir el Camino, no me siento preparada, pero si decides que puedo acompañarte en esa otra aventura, avísame o ven a buscarme. Para una experiencia así he estado preparada toda mi vida. Además, sé que la respuesta que vas buscando está en las plantas, y yo te podría servir de intermediaria.

Simón recuerda el relato de Encina sobre los paseos a caballo de Bárbara y su abuelo, el intento de suicidio lanzándose a galope a un valle profundo, con la intención, acaso, de dejar de ser para convertirse en árbol como Mirra. La compañía de Bárbara le atrae y a la vez le asusta, por eso ha preferido aplazar su respuesta.

Cuando terminan el té, Anselmo propone a Simón ir con él a visitar el castillo de los templarios.

—Es la continuación de tu recorrido. Empezaste con Prisciliano en el siglo IV, seguiste con Fructuoso y Valerio en el VII, con Genadio en el X. Entre unos y otros recogerás eslabones perdidos hasta llegar al asentamiento templario de Ponferrada, que

se sitúa en los últimos años del siglo XII. Antes de los templarios están los cátaros, que se mueven por otras zonas y son parecidos en sus planteamientos. Y ahora abrígate, porque se ha levantado un aire muy fresco. Dejamos a las mujeres aquí tranquilas, ellas ya conocen de sobra lo que voy a contarte sobre el castillo.

—Quizá no nos encontréis a la vuelta —dice Encina siempre retadora, aunque lo dice riendo, contenta de quedarse con Bárbara. Ella también necesita un poco de sosiego y ambas saben que Anselmo quiere aprovechar la salida para hablar con Simón a solas.

Simón sigue perturbado. Ha aprendido a querer saber, a no rehuir la realidad de los otros, a darse cuenta de que la vida es mucho más compleja de lo que vemos a simple vista. Pero se siente confuso. Para apartar la preocupación y que no la note Anselmo, comenta con él la impresión de villa noble que le causa la ciudad.

—En tiempos de la Segunda Guerra Mundial esta ciudad fue llamada «la pequeña Nueva York» por el esplendor que alcanzó con las minas de wolframio. En Ponferrada se negociaba la compraventa de este mineral para la fabricación de material bélico. Aquí compradores alemanes concertaban con mineros portugueses, y compradores ingleses con mineros españoles, lo que produjo un aumento del juego, de los cabarets, etc.

A Simão le entristece recordar la conversación con Remigia, la madre de Elvira.

—Un esplendor del que no cabe enorgullecerse —interviene —. Aquí se produjeron hechos terribles. Mejor será que hablemos de los templarios y del castillo.

—Todo lo que yo pueda contarte del castillo lo encontrarás en los libros. Y si quieres introducirte en la época deberías leer la novela de Gil y Carrasco *El señor de Bembibre*, que tiene como protagonistas a los templarios y se recrea en el sentimiento y la descripción del paisaje. Y eso está en tu línea, ¿no?

—No lo sé. Yo no pretendo escribir una novela, lo que quiero es comprender ese movimiento sociológico que llevó a familias enteras a retirarse a una vida menos mundana, más espiritual. No es la experiencia de un santo o de otro, es el movimiento de la

gente que los seguía. Me interesa saber cómo esos hombres pudieron motivar a tanta gente, y por qué no triunfó esa experiencia de vida, aunque sí se manifestó de forma intermitente a lo largo de varios siglos. No sé si será cuestión de una magia telúrica, o de una energía humana capaz de conmover a gente en busca del sentido de nuestra existencia, o si más bien se trató del desencanto de periodos históricos muy duros y de grandes hambrunas lo que motivó esa búsqueda de lo divino.

—Es un conjunto de todas esas cosas.

—Hasta ahora, mi forma de trabajar era totalmente diferente. He elaborado mis escritos con datos recogidos en legajos, libros o censos. Siempre he sido, como se dice, un ratón de biblioteca. Pero esta vez he deseado penetrar en el misterio viviendo mi propia experiencia.

—A eso quería yo llegar. Si te parece nos acercamos al castillo y rodeamos la fortaleza. Yo quiero hablarte de Bárbara.

Simón se siente de pronto nervioso, inseguro.

—Como sabes, Bárbara y yo hemos sido pareja durante varios años. Cuando iniciamos la relación éramos jóvenes ambos, ella tenía veintidós años, yo muchos más, pero joven aún porque así me sentía. Ya no somos pareja, convivimos, como podría convivir un padre con su hija. Bárbara tiene cuarenta años, está en lo mejor de la vida, y yo tengo treinta y cinco años más. De mi salud no es necesario que entre en detalles, quédate con lo de los años. Nos hemos aportado mucho el uno al otro durante este tiempo, eso es verdad. Yo he podido darle cierta estabilidad emocional y ella me ha dado su juventud y su compañía, algo maravilloso, impagable. Bárbara nunca ha estado lo que se dice enamorada de mí, pero me necesitaba tanto que ha confundido esa necesidad con amor. Nuestra vida en común se basaba en un trueque que ya no funciona.

—¿Por qué no? Usted no es muy mayor.

—Tan mayor que me tratas de usted. —Anselmo ríe—. Verás, no se trata de eso, tienes razón, los años son importantes, pero no tanto. Te he dicho que no hacía falta mencionar mi salud, aunque veo que es necesario. El caso es que ha aparecido una enfermedad,

de la que no te voy a hablar, que me anuncia un fin no demasiado lejano. Soy médico, y sé de lo que hablo. La estabilidad de Bárbara corre peligro. Los años que hemos compartido han sido hermosos, pero también muy duros. Ella tenía los nervios desquiciados, ha sufrido mucho. Ahora la siento, en cierto modo, preparada para ser feliz, y me gustaría que iniciara una vida lejos de mí antes de que sea imprescindible que lo haga.

—Algo que me preocupa es su dependencia de las pastillas que toma para calmarse o darse ánimo.

—Eso es pasajero, puro pánico, poco a poco lo irá soltando. Si no nos mantenemos demasiado alejados, yo puedo ayudarla para que así sea. Por eso, la expedición al Valle del Silencio me parece que reúne muchas condiciones favorables. La naturaleza en esos parajes tiene una fuerza increíble y ella necesita esa energía, se alimenta de ella. Y también cuenta la cercanía a Ponferrada. Si surge cualquier inconveniente, yo puedo presentarme con bastante rapidez. No pienses que deseo que esta experiencia te comprometa a vivir con ella de por vida, ni mucho menos. A Bárbara le caes bien, pero, de momento, tampoco está enamorada de ti, y no se trata de que me suelte a mí y se enganche a ti, sino de algo muy diferente. Se trata de que consiga la independencia. Yo diría que de estar enamorada de alguien sería de Encina. Y es natural, de ella tiene grabados los mejores recuerdos de su infancia, los únicos recuerdos buenos. Ella la reconoció y la ayudó, y eso está grabado en el corazón de Bárbara. Encina representa para ella todo lo bueno. Y, además, su nombre de árbol y la distancia a la que se ha situado la convierten en más deseable aún para Bárbara. Por cierto, Nuestra Señora de la Encina es otra pieza que une a los templarios con san Genadio y con el Valle del Silencio. —Anselmo ríe una vez más—. Te vas a encontrar con muchas maravillas, Simón, y no puedes hacerte una idea de lo mucho que puede aportarte Bárbara si decides ir con ella. No te aportará datos, ésos los encontrarás más que sobrados, pero te colmará de todo lo demás, de eso que a nosotros sin ella nos es tan difícil de alcanzar. No sabes cómo te envidio. Ahora, cuando regresemos, borra de tu rostro esa expresión tan grave, la puedes recuperar cuando estés a solas con

Encina. Con ella puedes hablar de todo, ella conoce a Bárbara desde que era niña, y de los detalles que le faltan la he puesto yo al corriente. No te asustes tampoco si cuando estés a solas con Bárbara por el Valle del Silencio te enamoras perdidamente de ella, es lo natural. Ella responderá con creces. Tiene una energía física maravillosa para el amor.

—Ya me ha ocurrido. Quiero decir, que ya me he enamorado de ella.

—Pues no dejes pasar la oportunidad. Bárbara sabe de mi enfermedad, y también que cuando ella encuentre su camino yo me iré a vivir con una hermana y ella podrá visitarme siempre que quiera. Tenía que decirte todo esto para que puedas tomar la decisión que mejor te parezca.

—Gracias, Anselmo.

31

Simón y Encina - Trabadelo

El que llora, el arrobado de juglaría y el que canta para ti epinicios de oro.

La voz de Amancio Prada, las palabras de Juan Carlos Mestre... El músico y el poeta se han convertido en amigos, en compañeros de viaje. Encina baja el volumen de la música y deja mi imaginación desasistida.

—¿Te habló Anselmo de Bárbara?

—¿La emprendemos con la audacia?

—¡Venga!, sabes que yo soy parte de la historia, no me escatimes detalles.

—Me dijo que Bárbara estaba enamorada de ti.

—Eso ya lo sabíamos, pero la misma Bárbara sabe que eso es un espejismo sin visos de realidad.

—Yo no lo sabía.

—¿Qué más te dijo? ¿Te propuso algo?

—Anselmo desea que yo la invite a participar en mi experiencia por tierras del Silencio. Cree que ayudaría a Bárbara a iniciar su independencia y que además será muy provechoso para mí porque lo que ella me puede aportar es algo inefable.

—Yo también lo creo. Para la vida práctica es un desastre, pero cuando vive la naturaleza es como si se colocara en otro plano. Su arte nace de ahí.

—A mí me parece una excelente ama de casa. Tenía todo muy limpio y ordenado.

—Una mujer hace la limpieza todos los días. Anselmo la cuida

como a una joya en estuche de oro.

—Yo no podría hacer eso.

—Recuerda, Simón, que la aspiración de Anselmo es que Bárbara despierte y tome las riendas de su vida.

—Podría dedicarse al arte. ¡Qué maravillosas tallas!, ¿no te parece?

Encina guarda silencio.

Llora el violonchelo en el disco de Amancio Prada. Subo el volumen de la música. Aún sin entender todo el sentido, me gusta escuchar las palabras que me trasladan a Bárbara, como si la canción se convirtiera en un retrato musical.

Oh gota de fuego,
muchacha secreta que has subido
a lo oscuro desde la penumbra encarnada
de lo que es bello y remoto.
Esa carne de rosa o de columna enterrada en el aire
ha entrado como una hebra de luz en mi corazón.

—No tengas miedo, Simón. Puede que caigas en un abismo, pero puede también que desde el fondo te eleves a lo más alto. Lo que no podemos hacer es quedarnos paralizados ante el dolor que presenta lo bello, lo sublime. Hay que ir a por ello con los ojos abiertos, ya ves que he cambiado de opinión. Pero ahora no le des vueltas porque te debes a mí y a los míos, a Trabadelo, mi pueblo. Ya casi estamos llegando. Antes de presentarte a mi familia te quiero presentar el río donde me bañaba de niña, donde nos bañábamos Bárbara y yo.

Como si Juan Carlos Mestre hubiera escuchado la propuesta de Encina, sigue enhebrando palabras:

El otoño era bello, nuestros pensamientos tenían la sonrisa del
niño que se baña en el río.

—Creo —apunta Encina— que las canciones de Mestre tienen algo de los retratos de Bárbara, como si también nos representaran.

—Yo he pensado lo mismo.

Encina aparca el coche cerca del río. Entre hierbas y hojas avanzamos cogidos de la mano.

—¿Te recuerda en algo este Camino al que hiciste hace diez años con Marianela?

—En casi nada. Entre otras cosas porque yo ya no soy el mismo.

—¿Sabes? Me ha costado acercarme a mi familia en medio del Camino, pero ha sido importante haberlo hecho. Mi abuela ha estado enferma, internada en el hospital del Bierzo. He ido a acompañarla cada día y me ha contado historias sorprendentes. Estaba especialmente lúcida y con ganas de comunicar. Me ha hablado de sus quince años y de su primer amor, un amor que no ha logrado desenterrar de su corazón. Y creo que si mi abuelo está tan enganchado a ella es por ser consciente de que parte de su corazón no le pertenece, que todavía tiene que conquistarlo.

—El amor-dolor que se vive en la primera juventud puede tener una potencia devastadora.

—¿Me hablarás del dolor en tu adolescencia?

—No. ¿Me hablarás tú del dolor que has compartido con Vera?

—No, tampoco.

—Entonces estamos equilibrados y si nos apetece podríamos bañarnos en el río.

—Pero no nos apetece, ¿verdad? —Encina parece horrorizada, está empezando a llover.

Le hablo de mi ducha después del afeitado de la barba.

—¿Viste que Bárbara no te ha comentado nada sobre la ausencia de barba, que ni siquiera se ha dado cuenta? —comenta Encina.

—Es verdad. No me fijé en ese detalle porque ya me había olvidado del tema.

—Vayamos a casa. La lluvia se está animando.

El abuelo abre la puerta y me tiende la mano.

—En esta casa siempre han sido bien recibidos los peregrinos. Y en este caso más, por ser amigo de mi nieta.

Pasamos a la cocina, donde está sentada la abuela en una silla baja, remendando calcetines. Observo las estanterías llenas de frascos con hierbas.

—Ya me dijo su nieta que era aficionada a las hierbas.

—No lo creas, eso vino con la necesidad. De chiquilla yo quería alejarme de esto. —El abuelo gruñe—. Y tú lo sabes bien, Pedro, a ti fue a quien más lata di con eso porque me escuchabas. No sirvió de nada, pero al menos me prestabas atención.

Pero tú no me escuchas, tú no me escuchas, tú me habrás olvidado...

Mi mente ha volado de nuevo al poema de Mestre, que he retenido en la memoria.

—No te culpo —sigue diciendo la abuela—. Nos casamos y vinieron tiempos muy duros, y el médico no estaba siempre al alcance, a pesar de vivir cerca de nuestra casa. Tenía una habitación alquilada en la de mis padres, pero él siempre andaba por ahí atendiendo urgencias. Entonces yo me fui a donde una mujer que sabía y ella me enseñó, así podía aliviar algo al necesitado mientras aparecía el médico. Y como vi que era eficaz el remedio, seguí aprendiendo con ella y me aficioné.

El abuelo le lanza una mirada de aprobación.

—Y eso que ésta tenía por entonces un trabajo tremendo con los animales y con la casa, pero siempre ha sido mujer muy fuerte y muy capaz.

—Yo con todo podía, y lo del monte siempre me ha atraído. En el monte me he sentido siempre bien. Lo de las hierbas era una excusa para estar en el monte en toda época, porque unas las recojo en primavera y otras en otoño. Con lluvia calándome hasta los huesos, yo salía al monte. Y no era pura generosidad como creían algunos. Era una necesidad. Y, como la gente me pedía que lo hiciera, en lo otro me echaban una mano.

—Deja la mochila en la habitación —me indica el abuelo—, que te enseñe Encina. Están los mozos preparando el fuego para un magosto. Es época de eso. Ahora, a la caída del sol, vamos para

allá. En la noche se está bien allí, en la palloza, al amor de las brasas. Se empieza asando castañas y patatas, y se acaba echando las chuletas y costillas a la brasa.

—Yo preparo la ensalada —se apunta Encina.

—Y yo me ocupo de la queimada. Empezaremos temprano porque dice Encina que mañana queréis madrugar para reanudar camino.

La casa de los abuelos de Encina es una casa de labor. La lumbre es de carbón y en la cocina hay un fuego bajo. Me recuerda la de mis abuelos paternos en Tras os Montes. Tenía tan olvidada aquella casa que me ha emocionado encontrarme con algo similar.

La lluvia se ha vuelto pertinaz.

—Menos mal que se ha organizado el magosto dentro de la palloza —dice Encina—. Ven, vamos al hórreo a buscar patatas pequeñas para asar con las castañas. Llevaremos también aceite, sal gorda y pimentón.

Se agradece el calor de las brasas dentro de la palloza. De una viga pende una gruesa cadena con un gancho en la punta en el que cuelgan el tambor lleno de castañas y patatas.

—Ven a sentarte junto a nosotros —me ofrece la abuela de Encina—. Aquí no perderás detalle. Yo nunca estoy sentada, pero ahora no me tengo en pie.

—Los años no perdonan —digo por decir algo, porque mis pensamientos han vuelto a escaparse a Bárbara y al Valle del Silencio.

—No son los años —contesta ella algo molesta—, es la dichosa infección. Los años los llevo bien. Es esa infección del diablo, que dicen que se ha curado aunque yo no lo siento así.

Decido abandonar mis pensamientos peregrinos y concentrarme donde estoy y en esta mujer a la que acabo de molestar con mi comentario.

—Estará usted en lo cierto, yo le he dicho una frase hecha carente de valor. Usted me habló antes de su capacidad de trabajo y del monte que regenera su energía, y eso me interesa mucho.

—¿Cómo sabes lo de la energía?

—Me ha parecido comprenderlo cuando conversamos en la

cocina de su casa. Y yo acabo de vivir precisamente eso.

—Encina me contó que te vuelves al Valle del Silencio, con la hija del Parral, ¿no?

—¿Con Bárbara?

—Sí, eso es, Bárbara. Su nombre lo eligió el abuelo, y ese nombre lleva. Decía Julián, el abuelo, que santa Bárbara era patrona de las tormentas, y que esa niña con el cabello encendido era... ¡qué sé yo! Hablábamos mucho con Julián cuando éramos amigos. Más tarde la amistad se estropeó y no volvimos a juntarnos, pero eso ahora no viene al caso. Mira, ese mozo que habla con Encina es Valentín. Fue su primera pareja y acabaron mal, pero mira cómo ríen ahora. Me gusta ver reír a mi nieta, es muy buena gente. Ella se ocupó mucho de esa niña, Bárbara. La mandaba yo que se juntara con ella porque me daba mucha lástima. La madre estaba loca y el padre desesperado. La madre quería tener a la hija todo el día encerrada en la casa, ni a la escuela quería que fuera, y el padre lo contrario, ¡y se armaban unas broncas! Él tiraba por ella para fuera y ella tiraba para dentro. Y cuando la madre conseguía meterla, atrancaba la puerta, y el padre aporreaba la puerta y la llamaba puta, la llamaba de todo, y la pobre niña oyendo todo eso. Y cuando el padre lograba entrar se oía un estruendo porque tiraba los platos todos al suelo. ¡Esa niña tuvo que sufrir! Después el padre desapareció, debió de ir para América, ya no se supo más de él. Tampoco se llevaba bien con su propio padre, y es que Julián era difícil, un hombre raro. Yo creo que a la única persona que quiso de verdad es a la nieta.

—Me contaron que hizo mucho bien al pueblo con mejoras en la agricultura.

—Sí, eso es verdad, pero en lo demás era un hombre difícil.

—¿De quién habláis? —Pedro ha venido a sentarse junto a su mujer y me ofrece un plato con las primeras castañas asadas y un par de patatas.

—Ábrelas y ponles aceite y pimentón. Son nuevas de este año, ya verás qué buenas.

Son buenas las patatas y son buenas las castañas. Pedro me sirve un vaso de vino y también se sirven ellos dos.

—Hablábamos de Julián.

—Julián era una buena persona, siempre dispuesto a ayudar. ¿Te acuerdas cuando hicimos la casa? Trabajó para nosotros como un cantero más, cargando las piedras a hombros y serrando los troncos a mano. Pero un día se le torcieron las ideas con nosotros, como le había ocurrido con tantos otros, y ya no hubo forma de arreglarlo.

—Porque tú también te pusiste tozudo.

—Me puse tozudo porque tenía razón.

—Hemos quedado en que no es tiempo de recordar esas cosas. Lo importante hoy son las castañas. ¡Qué lástima de salud que me ha impedido apañarlas este año! Para mí apañar castañas es lo mejor del mundo, quizá no vuelva a ello nunca más.

—¿Por qué dice eso?

Damiana no contesta. Se escapa al monte con la imaginación. Ya está ahí y empieza a describir.

—Nosotras subimos por la mañana, y a eso de la una sale el sol por detrás del monte, encendemos una lumbre y asamos las castañas; luego hacemos la comida y comemos y hablamos. Es como estar en el cielo: el rumor del viento, las castañas que golpean el suelo, ¡ey! —Cambia de voz y vuelve a mí—. Antes se cogía mucha castaña, no era como ahora, pero no se podía coger un solo fruto que no te perteneciera. Había tres vigilantes, gente del pueblo que se prestaba a ello, y vigilaban para que nadie cogiera castañas de otros. Luego cada uno iba para su casa y se llenaban los tambores. —Me señala el que está en este momento girando sobre las brasas. Es un cilindro de chapa metálica con agujeros, y con una puerta que se abre cuando las castañas han dejado de estallar en el interior—. Y por todo el pueblo se oía el chucu chucu de los tambores asando castañas.

El abuelo aprovecha una pausa para preguntarme:

—¿Qué te parece? ¿Está bueno?

—Delicioso.

—Pues ya verás luego las chuletas, es una carne divina.

La abuela sigue el hilo de su pensamiento y aún está en el monte.

—Algunas veces de estar así apañando venía el aire y te caían encima las castañas, caían donde les cuadraba y a veces te hacían daño. Pero todo compensaba porque las castañas se comían, se vendían y te solucionaban para todo el año. Se vendían las castañas y comprabas calzado y comida. Antes, cuando no había pensiones, no había otra forma de ganar dinero. Tampoco había Seguridad Social. Se pagaba al médico una iguala y la visita. Ni hospitales había, sólo una clínica privada en Ponferrada, y había que sacar el dinero de donde fuera para pagar las consultas.

Una voz fuerte interrumpe las conversaciones.

—¡Brindemos por estos mozos que nos han preparado un magosto como Dios manda!

—Dios o el demonio, eso no se sabe —añade otro riendo.

Se levantan los vasos al aire, algunos han bebido ya de más, pero ponen música y todo es alegría y baile. Encina viene a buscarme, a rescatarme de la abuela, me dice, a quien nunca ha visto tan habladora, y bailamos los dos un rato antes de despedirnos porque al día siguiente queremos madrugar.

32

O Cebreiro - El Santo Grial

Están entrando en A Faba. Simón se detiene a recuperar aliento. La subida es fuerte. Por suerte han iniciado la marcha muy temprano y no hace calor. El sol ha ido abriéndose paso poco a poco entre nubes dispersas. En A Faba se encuentran la sorpresa de un chiringuito de zumos naturales con unas cuantas sillas para dar reposo a los peregrinos.

—¡Uff! —exclama Encina, desprendiéndose de la nueva mochila, mucho más ligera que la anterior, y dejándose caer en una silla—. ¡Esto es como llegar al paraíso!

Se acerca uno de los jóvenes, que también dice llamarse Simón, y Encina encarga un par de zumos y se levanta para charlar con los chicos y ver cómo los preparan.

Simão ha sacado el botiquín de su mochila y se dedica a curarse una rozadura en el tobillo. Encina regresa a su lado.

—Es de piña y plátano —le dice brindándole uno de los vasos —, ¿qué te parece para reponer la energía de la subida?

—Genial, ¿conocías a esos chicos?

—No. No son de aquí. Al que sí conozco algo es al dueño de la casa que están arreglando. ¿Cómo vas tú?

—Tengo el pie un poco fastidiado de nuevo, por eso me ha costado más la subida, pero me encuentro en forma.

—Ya nos queda poco. De aquí al Cebreiro es mucho más llevadero.

Simón termina de vendarse el tobillo y se calza.

—¿Qué más te contó Anselmo en la visita al castillo?

—Hablamos de los templarios. Es otro tema que me interesa,

porque forma parte de ese movimiento espiritual en El Bierzo que estoy investigando. Anselmo me enseñó que la historia de los templarios es similar a la de Prisciliano y a la de los cátaros.

—Era una orden creada para la protección de los peregrinos, ¿no?

—Fue una orden militar religiosa promovida para asistir al principio a los peregrinos que se dirigían a Jerusalén, y más tarde se extendió a las demás rutas de peregrinación de Europa, entre ellas ésta de Santiago.

—¿Te comentó algo sobre las leyendas de tesoros y de magias ocultas? Eso siempre me ha intrigado, porque se cuentan historias fantásticas. Incluso me ha llegado que un gran tesoro podría estar escondido en el castillo de Balboa, que ahora está en ruinas, pero, según parece, pertenecía a la orden templaria. Y Balboa está al lado mismo de Trabadelo. Imagino que todo son fantasías.

—Yo también he oído algo de eso —interviene un mozo sentado en un muro cerca de ellos.

Simão y Encina se giran hacia él al mismo tiempo.

—Me lo contó un amigo, y me confirmó que varios investigadores habían acudido para estudiar el terreno y la torre que aún se mantiene en pie. Y también aseguró haber leído que Wagner se había inspirado en el castillo de Balboa para su ópera *Parsifal*.

Encina le mira sorprendida.

—Siento haberme entrometido en vuestra conversación, pero os he escuchado y el tema me interesa. Lo que no me cuadra es la relación entre Prisciliano y la Orden del Temple.

—Me refería —explica Simón— a que comienzan siendo un grupo pequeño que va extendiendo su poder, en este caso poder político y religioso, y en el otro poder espiritual, pero en ambos casos van ganando adeptos a su causa. La Iglesia empieza protegiendo a ambos y cuando ve el poder que adquieren los persigue a todos a muerte.

—Pero los templarios eran ricos y Prisciliano pregonaba la pobreza y la paz.

—Los templarios empezaron siendo unos guerreros, caballeros

de principios nobles y valerosos, que estaban al servicio de la Iglesia y de los reyes. Por un lado, defendían a los peregrinos, y por otro ayudaban a los reyes en sus luchas armadas contra el islam. Con el tiempo, el grupo inicial creció y sus numerosos miembros se establecieron por toda Europa. Sus conquistas les reportaron grandes ganancias y fama, y el Temple se convirtió en una de las fuerzas más poderosas del mundo medieval; incluso llegó a tener una red financiera internacional y flota propia.

—Y a la Iglesia le alarmó el aumento de poder —especula Encina.

—Efectivamente, al principio Roma los protegía porque luchaban en las cruzadas, conquistaban tierras que llamaban infieles y las evangelizaban. Pero al hacerse tan poderosos y ricos empezaron a ser perseguidos y criticados. A eso se añadió que habían relajado su conducta moral, hasta entonces tan rígida. Y la Iglesia consideró que se alejaban de su doctrina para manejar creencias más atractivas para sus fieles, y acusó a la orden de herejía, de culto al diablo y de prácticas inmorales, las mismas acusaciones con que fue perseguido el priscilianismo. Pero además de las acusaciones de la Iglesia, se organizó una persecución política. El rey Felipe iv de Francia les debía inmensas sumas de dinero, que ellos reclamaron, y el rey mandó al ejército contra los templarios. Se dio una orden de detención de todos los templarios, que en su mayoría fueron torturados y condenados a la hoguera.

Se han acercado otros peregrinos que van reuniéndose en torno a Simão, haciéndole preguntas. Un hombre con acento del país añade algo a su relato:

—Yo he oído decir que la riqueza también les venía de que podían trasmutar oro en plata, y debe de ser cierto porque tenían mucha plata, y eso era antes del viaje de Colón a las Américas, de donde vino ese metal desconocido hasta entonces en las tierras de este lado del océano.

—Y también circula —añade otro peregrino— que ellos llegaron antes que Colón a aquellas tierras y que de allí trajeron la plata.

—A mí lo que me interesa es dónde fue a parar ese tesoro —

interviene el primer muchacho.

—Nunca se ha encontrado, de ahí que se especule tanto sobre su paradero. También se habla del Santo Grial que, según algunos, ellos custodiaban. Pero de eso nos hablarán en O Cebreiro, adonde llegaremos dentro de un rato.

El joven se levanta y se despide. Simón no sabe si satisfecho o no de sus explicaciones. El hombre que ha intervenido también se levanta y pide disculpas a Simón por su intervención.

—Es una conversación entre peregrinos —le tranquiliza Simón—. La verdad no se sabe dónde se esconde, cada uno aporta lo que ha oído o creído oír.

El grupo de peregrinos emprende la marcha hacia O Cebreiro.

Encina y Simón permanecen un rato contemplando el paisaje.

—¿Todo eso te contó Anselmo? —pregunta Encina.

—No exactamente. Hablamos poco de los templarios.

—Imagino que hablaríais sobre todo de Bárbara, ¿hay algo más aparte de lo que ya me dijiste? Si no quieres contármelo, lo entiendo.

—Sí quiero contártelo; además, Anselmo me lo pidió. No sé si te dijo que él está enfermo y que piensa que no va a durar mucho tiempo.

—No, de eso no sé nada.

—Le preocupa dejar a Bárbara desamparada. No es que quiera convertirme en su sustituto, lo que pretende es que yo la ayude a iniciar su independencia de él.

—Ten cuidado, Simón. Ayer te decía que deberías lanzarte, pero con esta nueva información vuelvo a dudarlo. Yo creía que Bárbara siempre tendría la puerta de Anselmo abierta para el regreso.

—No tienes por qué preocuparte. Mi decisión es firme.

Encina espera la continuación con mirada expectante.

—Me refiero a que lo quiero intentar. Sé que Bárbara no está bien y que probablemente no será fácil una relación con ella. No me importa, no busco algo fácil.

—Deduzco que te sientes también caballero valeroso. Dejemos el tema de momento, pero volveremos a él si no te parece mal.

—Siento que Bárbara encierra un tesoro que quiero rescatar, Encina, y ya sabes cómo son esos empeños.

Antes de reanudar la marcha, visitan la casa que están acondicionando los jóvenes ecologistas y la huerta que han sembrado con esfuerzo en un trozo de terreno aparentemente árido y duro. Les desean suerte y siguen camino.

La llegada al Cebreiro es impresionante. Las construcciones en forma de pallozas confieren al pueblo un aire medieval. Las nubes han ido bajando, despejando el cielo y quedándose en forma de niebla en el valle. El espectáculo es hermoso. Se inscriben en el albergue, se duchan con agua fría por avería del calentador y se tumban un rato a descansar. Encina ha traído algunos productos del pueblo para preparar comida, pero se encuentra con la desagradable sorpresa de que la cocina no está equipada, por lo que deciden ir a comer a la hospedería. Toman asiento a una mesa grande compartida con otros peregrinos. En seguida se integran en el grupo y entablan conversación e intercambian experiencias. Simón pregunta por el Santo Grial. Le gusta oír las diferentes versiones en boca de distintos peregrinos.

—*O* Santo Grial de la iglesia de Santa María la Real *e milagreiro* —dice un paisano riendo.

—Aquí es más popular el milagro del Santo Grial que la historia de cómo llegó el cáliz hasta este lugar.

Algunos comensales han terminado de comer, pero se unen a la conversación. Simón pide que le cuenten sobre el famoso milagro.

—Es una leyenda —dice una muchacha sentada al lado de Encina— que cuenta que, en un día de tormenta de nieve, un monje de la iglesia de este lugar, que no contaba que acudiera nadie a oír misa, vio llegar a un campesino andando desde un pueblo vecino. Era un paisano al que no le asustaba el mal tiempo. Y el monje, que no debía de ser demasiado creyente, encontró excesivo el celo de aquel hombre y se burló de él preguntándole a qué venía arriesgar la vida sólo por encontrarse con un trozo de pan y un poco de vino. Y en el momento de la consagración, el monje vio cómo el pan se transformaba en carne y el vino en

sangre, y en ese instante cayó fulminado... No sé si sería de un infarto provocado por el susto, pero quedó muerto en el sitio.

—Bueno —dice otra mujer que parece hermana de la anterior—, cada uno cuenta la historia a su manera. Los hechos parece que están recogidos en documentos de la época, es decir, que a mi entender no son pura leyenda. Ocurrieron en el siglo XIV, y hasta los Reyes Católicos se hicieron eco de ello y acudieron a visitar la iglesia y regalaron la urna de cristal en la que se guarda el cáliz. En la iglesia se encuentran las tumbas del monje y del campesino.

—Y también la de Elías Valiña, conocido como el cura del Cebreiro, principal promotor del Camino.

—Atendió al Camino y también a su bolsillo. De él decían: «*O cura do Cebreiro, o cura peseteiro*».

—Don Elías Valiña tiene bien merecido estar sepultado en la iglesia de la que fue párroco durante muchos años —interviene un peregrino mayor con voz grave—. Era un hombre valioso y gran conocedor del Camino.

—Fue quien inventó lo de las flechas amarillas —dice la primera joven que ha hablado—, él mismo pintó las flechas que van de Roncesvalles a Santiago, y eso tiene su mérito y ha dado mucho juego.

—Y se ocupó de la recuperación, limpieza y delimitación del Camino desde Roncesvalles, y coordinó una de las mejores guías de la Ruta —comenta el defensor de Valiña—. Todo lo referente al Camino lo iba él viviendo desde este lugar donde desarrolló su labor durante años.

—No, si yo no le quito el mérito, pero lo otro también circula en el entorno.

—Para hablar, uno tiene que saber de lo que habla, si no, las cosas se interpretan de manera errónea.

—A Elías lo llamaban «*o cura peseteiro*» por la cantidad de dinero que sacaba dando de comer en su casa a los jefes de la mina cercana y a sus invitados. Yo mismo fui uno de estos últimos. —Ha hablado un peregrino también mayor, hasta el momento silencioso.

—Dejemos las cosas en este punto —interviene Simón—. Se han expuesto aquí dos versiones que no se contradicen. Es cierto,

sin embargo, que emitir una sin la otra puede confundir.

—Es muy difícil encontrar la verdad, estamos todos siendo continuamente engañados, porque no me digáis que lo del milagro de la llegada de Santiago decapitado en una barca de piedra tiene sentido. ¡Una barca de piedra! Ya podían haber encontrado algo más creíble.

—Unas veces la ignorancia procede de la gente del pueblo sin cultura y otras viene de los estudiosos que no se enteran de la vida real. A mí me han contado que las barcas que transportaban la piedra por el Miño y por el Sil para las distintas construcciones eran llamadas «barcas de piedra» no porque fueran de piedra, sino por el material que transportaban. Y seguramente a una de esas barcas debía de referirse la voz popular cuando dijeron que vieron llegar a Santiago en una «barca de piedra».

—Eso ya tiene más sentido, y luego, para hacer encajar la imagen de la leyenda con la realidad, los sabios ignorantes mandaron construir una barca de piedra en Padrón, aplicándole el cuento de que en ella había navegado el Santo Apóstol.

El peregrino de voz grave se levanta de la mesa y se despide, la conversación ya no le interesa.

Encina y Simón pasan la tarde cada uno por su cuenta, visitando el pueblo y su entorno, contactando con diferentes peregrinos, maravillándose de las vistas panorámicas, ya despejadas de nieblas.

Cenan temprano en la hospedería, esta vez en un rincón aislado, lejos de otras conversaciones. A Encina le cuesta despedir a su amigo.

—¿Estás seguro, Simón, de que quieres dejar el Camino mañana? ¿No quieres continuar conmigo hasta Finisterre y regresar después a buscar a Bárbara?

—No, Encina. Tú necesitas hacer el Camino sola, como te habías propuesto, y yo necesito a una mujer a mi lado, y esa mujer es Bárbara. No sé lo que va a ser de nosotros ni quiero imaginarlo. Presiento que nuestro recorrido por el Valle del Silencio va a ser muy rico en sensaciones. Bárbara es el eslabón que me falta para conectar plenamente con la naturaleza, y después no sé lo que

vendrá. Dios dirá.

Encina sonríe al oír estas palabras, tratando al mismo tiempo de encajar el rechazo de Simón.

Al día siguiente, antes de que levanten las nubes que cubren el paisaje, desayunan en la hospedería.

—Me quedé anoche con tus últimas palabras: «Dios dirá», y me parece que ya has abandonado la filosofía de Spinoza para abrazar la fe del Camino —dice Encina.

—No tienen por qué estar contrapuestas, pero tienes razón, *falou un peregrino converso*.

Se abrazan riendo.

Encina ve alejarse a su amigo con cierta pena, pero en seguida recupera la dicha de la libertad. En el Camino, se dice, hay que aprender a soltar para recibir lo nuevo.

Agradecimientos

A los muchos peregrinos, viajeros, amigos y nómadas con los que me he cruzado en el Camino de Santiago y en el camino de la vida, y que me han enriquecido con sus relatos, su energía y su talento.

Mi agradecimiento también a los hospitaleros y generosos vecinos de los pueblos que atraviesa la ruta de peregrinación, algunos de los cuales aparecen en este libro porque el camino sin ellos no sería el Camino.

Por tierras del Silencio
Cristina Cerezales Laforet

Adaptación de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta, © Arkadiusz Makowski / Arcangel

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5746-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta